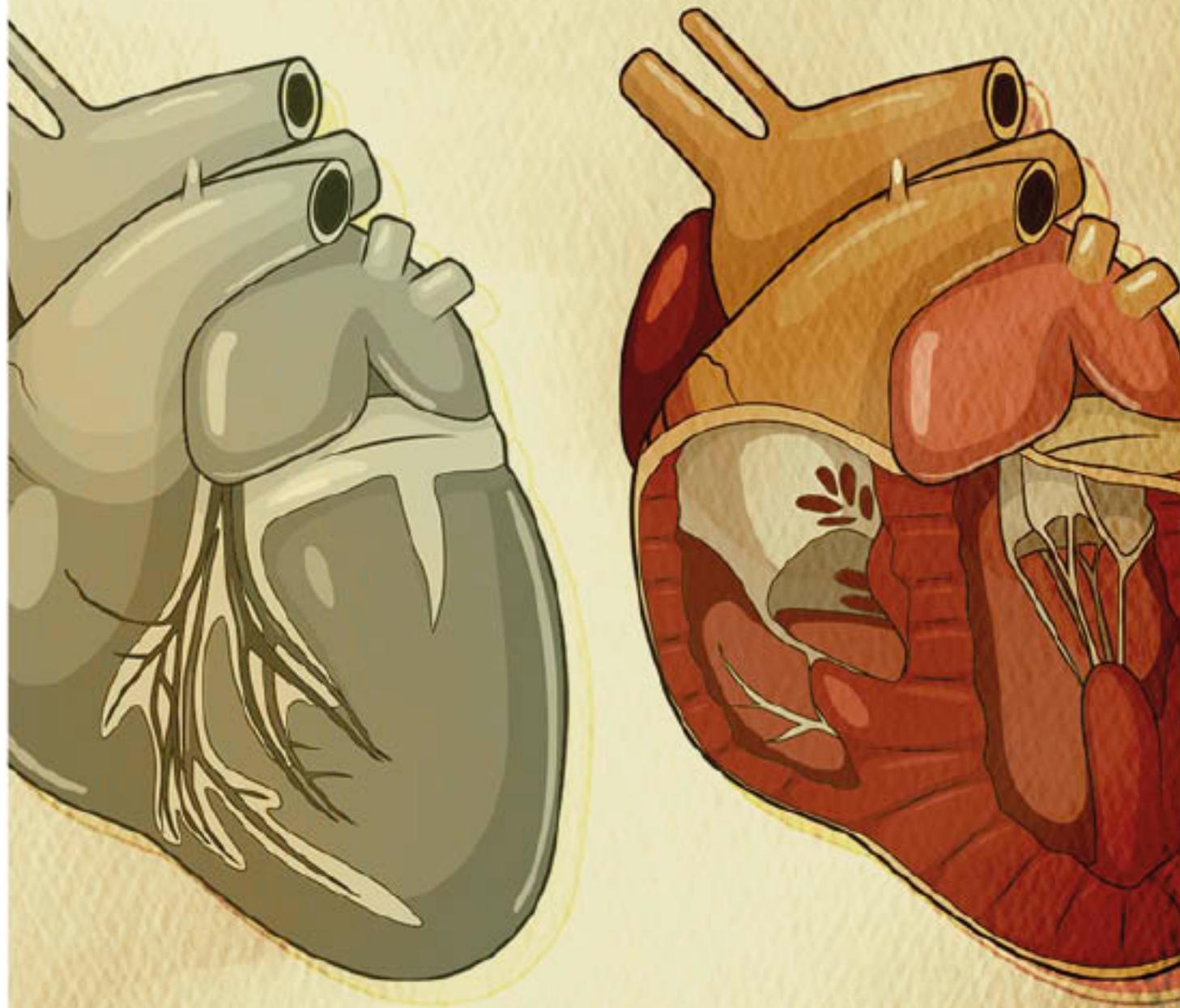


Corazón de perro

Mijaíl Bulgákov



FUNDACIÓN
Carlos Slim



Corazón de perro

Bulgákov, Mijaíl

Teatro

Se reconocen los derechos morales de Bulgákov, Mijaíl

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

¡WUU, WUHU, WUHUHUUHU, HUUUU! Mírenme, me estoy muriendo. La tormenta llega hasta el portal, gritándome su plegaria de los agonizantes y yo grito al mismo tiempo. Se terminó. Estoy acabado. Un bribón con gorra mugrienta —el cocinero de la cantina de empleados del Consejo Central de Economía Nacional— me escaldó el flanco izquierdo. ¡Basura! ¡Y a eso lo llaman un proletario! ¡Dios mío, cuánto me duele! Me quemó hasta los huesos.

Y ahora chilló, chilló. Pero ¿qué gano con chillar?

¿Qué le había hecho yo? Por remover algunos desperdicios no se hubiera arruinado el Consejo de Economía Nacional. ¡Roñoso! ¿Le vieron la facha, a ese incorruptible? Es más ancho que alto. Ah, los hombres, los hombres... A mediodía tuve derecho a mi ración de agua hirviendo; ahora es casi de noche, deben ser las cuatro de la tarde, a juzgar por el olor a cebolla que viene del cuartel de bomberos de la Prechistienka. Como ustedes saben, en la cena los bomberos comen kacha; además es kacha de la peor especie, parece hongo. A propósito de hongos, unos perros amigos míos me dijeron que era el plato del día en el restaurant Bar, en la Neglinaia: hongos con salsa picante a 3 rublos 75 kopecks la porción. Bueno, para quienes les guste... Yo, todavía prefiero lamer un zapato viejo. WUHUUUUUITU... Mi flanco quemado me duele horriblemente y me parece que ahora mi vida ya está trazada: mañana, las llagas van a empezar a supurar ¿y qué podré hacer para curarlas? En verano se puede ir a Sokolniki; allá, el pasto es excelente, es un pasto especial. Además, siempre hay trozos de salchichón que se pueden comer gratis, o papeles grasientos, abandonados por la gente, a los que es posible lamer. Si no hubiese idiotas que provocan ganas de vomitar cuando cantan «Celeste Aída» a la luz de la luna, el lugar sería ideal. Pero ahora ¿adónde ir? ¿Recibieron alguna vez ustedes patadas en el vientre? ¿O ladrillos en las costillas? Pues yo sí, y con demasiada frecuencia. Ya aguanté bastante, me resigné a mi destino y si ahora lloro es tan sólo por causa del frío y del dolor físico, porque mi espíritu permanece vivo... El espíritu de un perro es obstinado.

Pero lo que está destrozado, roto, es el cuerpo; soportó demasiado a los hombres... Y finalmente, esta agua hirviendo que me quemó el pelo dejándome todo el flanco izquierdo sin defensa. Por un sí, por un no, puedo pescar una pulmonía y

entonces moriré de hambre: cuando se tiene pulmonía hay que quedarse acostado bajo la escalera, en la entrada grande; y ¿quién va a recorrer los tachos de basura para alimentar a un perro solitario y enfermo? Si el pulmón me falla no podré hacer otra cosa sino arrastrarme sobre el vientre hasta volverme tan débil que cualquier patán borracho termine conmigo a bastonazos. Entonces los barrenderos me levantarán de las patas y me arrojarán en su carretón...

De todos los proletarios, los barrenderos constituyen la peor calaña, la hez de la humanidad, la categoría más baja. Los cocineros son diferentes. Tomen por ejemplo a ese pobre Ylas, de la Prechistienka: ¡cuántas vidas salvó! Cuando se está enfermo lo que más se necesita es algo para comer. Era entonces, dicen los viejos perros, cuando Ylas tenía un hueso con un poco de carne alrededor. ¡Bendita sea su alma! Era un hombre importante, había sido cocinero en la casa de los condes Tolstoi: nada que ver con el Consejo de Alimentación. Lo que maquinan allí dentro sobrepasa el entendimiento canino; esos puercos prefieren la sopa de repollo con tocino rancio y los pobres diablos no se dan cuenta de nada: llegan, comen, y hasta son capaces de pedir más.

Conozco a una dactilógrafa en la sección nueve que gana 45 rublos; de acuerdo, tiene un amante que le compra medias de seda. ¡Pero cuántas afrentas soporta en cambio! Por ejemplo, él no puede hacer el amor normalmente, como todo el mundo lo hace, a la francesa. Dicho sea entre nosotros, qué gentuza, esos franceses. Por cierto, cuando comen no se privan, y lo acompañan todo con vino tinto. Si...

Esta dactilógrafa, pues, con sus 45 rublos no puede costearse el Bar, ni siquiera ir al cine, y el cine es el único consuelo que una mujer tiene en la vida. Está allí tiritando, haciendo muecas, pero come... Reflexionen un poco: 40 kopecks por dos platos que juntos no valen ni 15, porque el ecónomo se guardó 25. ¿Creen que ella merece tal cosa? Tiene algo en el pulmón izquierdo, además de una enfermedad francesa que le contagió el amante, le hicieron una retención sobre su sueldo y en la cantina le dan de comer podredumbre. Sale... Corre hasta el portal, en las piernas lleva puestas las medias que le regaló el amante. Tiene frío en las piernas y el vientre, porque la ropa de lana que usa se asemeja a lo que me queda de pelambre y su calzón de encaje es sólo una apariencia de ropa interior. Otro regalo del amante. Si se le ocurriese usar uno de franela, él le diría: ¡Qué elegancia, querida! ¿Crees que no estoy harto de mi Matriona y de sus bombachas de franela? Llegó mi hora: soy Presidente y todo cuanto puedo robar es para los cuerpos de mujer, las colas de langosta y el buen vino. Pasé bastante hambre cuando era joven; ahora me llegó el turno... Y la vida del más allá no existe.

Ah sí, la compadezco. Pero me compadezco aún más a mí mismo. No lo digo por egoísmo, no, sino porque evidentemente las condiciones no son comparables. Ella, en su casa, al menos está abrigada. Mientras que yo, en cambio... ¿Adónde puedo ir?

¡WHUHUUUUUU!

—Chist, chist, pequeña bola, pobre bola, ¿por qué gimes, quién te hizo daño?

Como una vieja bruja cabalgando en su escoba, la tormenta sacude la puerta y viene a aullar en los oídos de la joven, levanta su falda hasta las rodillas descubriendo las medias color crema y una angosta franja de encaje mal lavado. Ahoga las palabras y hace volar la nieve sobre el perro.

—Dios mío... Qué tiempo... Y me duele el vientre. ¡Es el tocino de la sopa! ¿Cuándo terminará todo esto?

Agachando la cabeza, la joven parte a desafiar la tempestad, traspone el portal, avanza por la calle vacilando y desaparece en un torbellino de nieve.

El perro permanece en el lugar con su flanco mutilado; sofocado, se ovilló contra la pared helada y tomó la firme decisión de jamás apartarse de ella, de morir allí, bajo el portal. Lo invade la desesperación: se siente tan enfermo, tan solo, tan asustado, tan lleno de amargura que a sus ojos asoma un débil llanto, el cual no demora en secarse. El flanco herido está erizado de matas de pelos congelados entre los que aparecen, siniestras, las huellas rojas de la quemadura. Hasta donde puede llegar la ignorancia, la estupidez, la crueldad de los cocineros...

Lo había llamado «Bola»... ¿Cómo, Bola? Bola quiere decir un perro bien redondo, rechoncho, tonto, que come los mejores manjares y tiene padres nobles; él, en cambio, sólo es un mendigo flaco y tullido, un perro vagabundo... Gracias, de todos modos, por la palabra amable.

En la acera opuesta se abrió la puerta de una tienda profusamente iluminada y de ella salió un ciudadano. No un camarada, sino un verdadero ciudadano; mejor aún, un «señor». Al verlo de cerca no cabe duda alguna, es realmente un señor.

¿Creen que lo reconozco por el abrigo? Absurdo. Hoy en día muchos proletarios usan abrigo. Por supuesto, el cuello no es igual, pero de lejos uno se puede equivocar. Mientras que si se confía en los ojos, ya sea de cerca o de lejos, resulta imposible equivocarse. Los ojos son lo más importante que existe: algo así como un barómetro. Descubren al que tiene el corazón endurecido, que por cualquier insignificancia es capaz de plantarle a uno la punta de su zapato en las costillas, y al que le teme a todo el mundo: a esta clase de lacayos, resulta un verdadero placer morderles la pantorrilla... ¿Tienes miedo? Toma, agarra esto. Ya que tienes miedo, te lo mereces... Grrr-grrr... ¡Uauu! ¡Uauu!

El señor cortó con paso decidido a través del torbellino de nieve para llegar hasta el portal. «Se nota que éste no va a comer carne averiada; y si llegasen a servírsela, provocaría un buen escándalo: escribiría a los periódicos para decirles: ¿Este alimento me enfermó, a mí? Filip Filipovich».

Se aproxima. Se ve que come hasta hartarse, que no roba ni pega puntapiés, y también que no teme a nadie; y si no tiene miedo, es porque jamás tiene hambre. Este



señor es un trabajador intelectual; usa barba en punta bien recortada y bigote entrecano y abundante como el de un altivo caballero francés, pero a través de la tempestad se desprende de él un olor desagradable. Un olor de hospital. Y de cigarro.

«Me pregunto qué demonio pudo haberlo atraído a la cooperativa de la Economía Central. Está muy cerca... ¿Qué espera? Uau u uuuii... ¿Qué habrá ido a comprar en este negocio miserable? ¿No le basta con el mercado del Okhonyi Riad? ¿Qué?... ¡Salchichón! Señor, si supiese con lo que hacen ese salchichón, ni siquiera se habría acercado a este negocio. Démelo a mí».

Juntando sus últimas fuerzas, como enloquecido, el perro abandona el refugio del portal para arrastrarse por la acera. Encima de su cabeza, el disparo de un trueno y la tempestad que agita las enormes letras de un cartel de tela: «¿PODEMOS REJUVENECER?».

«¡Evidentemente, es posible! ¡El olor me rejuveneció y me reanimó llenó de ondas ardientes mi estómago vacío desde hace dos días; el olor, más fuerte que el del hospital, el divino olor carne de caballo picada con ajo y pimienta! Lo sé, huelo en el bolsillo derecho del abrigo el salchichón. Justo encima de mi cabeza. ¡Oh, amo mío! ¡Mírame! Me muero. Esclava es nuestra alma y vil es nuestro destino».

El can se aproxima arrastrándose sobre el vientre como una serpiente con los ojos anegados en lágrimas. «Mire la obra de ese cocinero. Pero jamás querrá dármele. ¡Oh, conozco tan bien a los ricos! En el fondo, ¿para qué que ese trozo de caballo podrido? Sólo el Mosselprom vende semejantes venenos. Hoy, usted comió gracias a las glándulas sexuales masculinas, una celebridad mundial... ¡Uauuuuuu! ¿Qué hacemos en esta tierra? Aún soy demasiado joven para morir y la desesperación es un pecado mortal. Lo único que me queda por hacer es lamerle las manos».

El enigmático señor se ha inclinado hacia el perro con un movimiento que hace centellar la montura de oro de sus anteojos. Sin quitarse los guantes pardos, abre el papel que inmediatamente es llevado por el viento, toma un pedacito de salchichón — Cracovia Extra— y se lo da al perro.

¡Oh, hombre desinteresado! ¡Wu-u-u-uuuuu!

—Chist, chist —susurra el señor, y agrega con un tono extraordinariamente severo—: ¡Agarra, Bola, agárralo!

Bola, de nuevo. Esta vez ya estoy bautizado. Pero puede usted llamarme como quiera. Por su gesto admirable...

En un abrir y cerrar de ojos el animal rasga la piel. Muerde el Cracovia, profiriendo un breve grito y lo traga en un santiamén al mismo tiempo que la nieve que lo cubre; en su apresuramiento le faltó poco para comerse también el piolín, casi se atraganta, se le llenan los ojos de lágrimas.

¡Le lamo cien veces las manos, beso la botamanga de su pantalón, oh, benefactor mío!

—Ahora basta...

El señor había hablado con voz brusca, en tono de mando. Se inclina hacia Bola, lo mira fijo a los ojos, escudriñándolo y pasa inopinadamente una mano enguantada y acariciante por el bajo vientre del perro.

—¡Ajá! —dice con aire entendido—, y no tienes collar... Muy bien, muy bien; eres exactamente lo que yo buscaba. Sígueme. Por aquí, chist, chist —agrega chasqueando los dedos.

¿Seguirle? ¡Lo seguiría hasta el fin del mundo! ¡Aunque me golpee con sus botines de fieltro, no diría ni una palabra!

A todo lo largo de la Prechistienka brillaban lamparillas. El dolor en el flanco era intolerable. Pero por momentos Bola lograba olvidarlo, pues se hallaba demasiado ocupado en no perder de vista, a través de la multitud, la milagrosa aparición del abrigo, y en hallar la manera de expresarle su amor y su veneración, lo cual hizo por lo menos siete veces durante el trayecto desde la Prechistienka hasta la calle Obukhov. Besó uno de los botines bienamados en la esquina de la calle Miortvyi; para abrirse paso lanzó un rugido salvaje que aterrorizó a tal punto a una transeúnte que la hizo caer sentada sobre un mojón; en dos o tres oportunidades profirió gemidos lastimosos para mantener la compasión de su salvador.

En un momento dado, un desvergonzado gato de albañal salió de un caño de desagüe, como un gato salvaje, y a pesar de la tormenta olfateó el Cracovia. A Bola se le subió la sangre a la cabeza sólo con pensar que el opulento excéntrico que recogía a los perros heridos en los portales pudiese también llevarse consigo a ese ladrón que pretendía saborear los productos del Mosselprom. Por lo tanto mostró sus dientes al intruso en forma tan amenazadora que éste, silbando como un globo que se desinfla, trepó por el caño hasta el segundo piso. —¡Frrr! ¡Uau!—. ¡Buen viaje! Si hubiese que abastecer con productos del Mosselproni a todos los piojosos que infestan la Prechistienka...

El señor había sido sensible a tanta servicialidad, ya que al llegar frente al cuartel de bomberos y cuando pasaban por debajo de una ventana de la que salía el delicioso bramido de un corno inglés, gratificó al perro con otro trozo de salchichón, algo más pequeño que el primero —debía pesar unos veinte gramos.

«Tipo raro. ¡Me quiere conquistar! No se aflija, no pienso irme. Lo seguiré dondequiera me lo ordene».

—¡Chist, chist, por aquí!

«¿En la calle Obukhov? Desde luego. Conozco muy bien esta calle».

—¡Chisssttt!

«¿Aquí? Con todo gus... Bueno, no. No, perdóneme, hay un portero. Y no existe nada peor que eso. Es muchísimo más peligroso que un barrendero. Una raza

decididamente odiosa. Aún más repugnante que los gatos. Descuartizadores con librea de botones dorados».

—Vamos, no temas nada, avanza.

—Mis respetos, Filip Filipovich.

—Buenos días, Fiodor.

«¡Vaya! ¡Alguien importante! ¡Dios de los perros, mira adónde me conduce mi destino! ¿Quién podrá ser este hombre que hace entrar a los perros de la calle en un edificio, a la vista de un portero? Ese canalla no dijo ni “mu”. Me miró de reojo pero se mantuvo digno bajo su gorra galonada. Como si fuese algo absolutamente normal. ¡Lo respeta, lo considera, no puede con él! ¡Pues sí, yo estoy con ÉL, entro con ÉL! ¿Qué? ¿Me has tocado? ¡Agárrate esto! Ah, morder la pantorrilla callosa de un proletario... Si no eres tú, será tu hermano... Todos los escobazos que recibí, ¿eh?».

—Vamos, ven aquí.

«Comprendo muy bien, no se preocupe. Donde usted vaya, iré yo. Indíqueme tan sólo el camino, no me quedaré atrás a pesar de mi flanco lastimado».

Voz en la escalera:

—¿No hay correspondencia para mí, Fiodor?

Voz deferente, desde la planta baja:

—No señor, nada. (Luego, casi a media voz, en tono confidencial, apresurado). En el departamento número tres pusieron nuevos.

El gran benefactor de perros interrumpió súbitamente su ascensión. Se inclina sobre la barandilla y pregunta, aterrorizado:

—¿Qué-é?

El ojo alerta, el bigote erguido.

Abajo, el portero levanta la cabeza, pone sus manos a ambos lados de la boca, como una bocina:

—Tal como le digo: son cuatro.

—¡Por Dios! Imagino lo que ocurrirá. ¿Y cómo son?

—Pasables...

—¿Y Fiodor Pablovich?

—Fue a buscar ladrillos y biombos. Van a hacer tabiques.

—¿Qué novedad es ésta?

—Van a agregar gente en todos los departamentos, menos en el suyo, Filip Filipovich. Hace un rato hubo una reunión y nombraron un nuevo comité. Los demás... despedidos.

—¡Es increíble! ¡Ay, ay, ay! Chist, chist.

«Ya voy, ya voy. Hago todo lo que puedo pero mi flanco me hace demorar. Permítame lamerle el botín».

Abajo, la gorra del portero ha desaparecido. En el rellano de mármol, los tubos de la calefacción irradian un suave calor. Unos peldaños más... y aquí está el Hermoso Piso.

II

Cuando el olor de la carne se huele a tres kilómetros, no vale la pena de aprender a leer. Sin embargo, si usted vive en Moscú y tiene tan sólo un poco de seso, quiéralo o no, termina por saber leer sin necesidad de haber tomado lecciones. Entre los cuarenta mil perros de Moscú, ninguno ha de ser tan estúpido como para no saber deletrear la palabra salchichón.

Bola había empezado a aprender por los colores. Desde la edad de cuatro meses había observado, diseminados por todo Moscú, grandes carteles de un azul verdoso que llevaban la leyenda M. S. P. O. —comercio de carne. Evidentemente, hay que repetirlo, no servían para nada ya que el olor bastaba. Pero una vez se equivocó: engañado por un pérfido color azulado, y privado momentáneamente del olfato debido a emanaciones de nafta, Bola había entrado en el negocio de artículos eléctricos de los hermanos Polubizner, en la Miasniskaia. Allí fue donde trabó relaciones con el hilo eléctrico: ¡al lado de eso el látigo del cochero no era nada! Este memorable acontecimiento marcó el comienzo de la educación de Bola. En cuanto salió empezó a darse cuenta que «azul» no siempre significa «carne»; aullando de dolor, con la cola entre las patas, recordó que en el extremo izquierdo de los carteles de las carnicerías había siempre una cosa roja o dorada parecida a un pequeño trineo.

Luego los progresos fueron más rápidos. Aprendió la «A» en Glavryba en la esquina de lo Mokhovaia, después la «B»... Le resultaba más fácil empezar por el final de la palabra porque al principio había una mayúscula.

Las pequeñas chapas de mayólica colocadas en las esquinas de las calles de Moscú significaban, con toda seguridad, «queso». En cuanto al pequeño grifo negro de samovar con que comenzaba el letrero del expropietario Téhichkin, evocaba montañas de queso de Holanda, dependientes brutos odiados por los perros, aserrín en el piso y el espantoso olor del innoble bakstein.

También estaban los lugares de los cuales brotaban sonidos de acordeón (que bien valían «Celeste Aída») y olor a salchichas: entonces era muy fácil deletrear en los carteles blancos las primeras letras de la palabra «Prohi...», que querían decir «Prohibido blasfemar y dar propinas». Algunas veces entre los jugadores estallaban

riñas, se golpeaban a puñetazos y también a patadas o a servilletazos, aunque esto último ocurría con menor frecuencia.

Una vidriera llena de mandarinas y jamones rancios era G-a... Ga... Gastronomía. Oscuras botellas que contenían un desagradable líquido... V-l-Vi... Vino... Vinos, la antigua casa Elisséiev Hermanos.

Al llegar a la puerta de su lujoso departamento del Hermoso Piso, el desconocido tocó el timbre. El perro, que lo había seguido hasta allí, alzó la vista hacia la gran chapa negra cubierta de letras doradas, colocada junto a la ancha puerta de vidrio esmerilado color rosa. Identificó inmediatamente las tres primeras letras: P-R-O... Pro. Luego seguía una especie de porquería panzona que significaba Dios sabe qué «¿No será un proletario?», se preguntó Bola sorprendido. «No, es imposible». Levantó el hocico, husmeó de nuevo el abrigo y llegó definitivamente a esta conclusión: No, esto no huele a proletario. Es una palabra sabia, pero vaya uno a saber lo que quiere decir.

Tras el vidrio rosado se encendió de pronto una alegre luz que hizo resaltar aún más el color negro de la chapa. La puerta se abrió sin ruido y apareció una hermosa joven que llevaba un delantalcito blanco y una cofia de encaje. El perro se sintió invadido por un calor divino; la falda de la joven olía a violetas.

«Así es como entiendo la vida», apreció el can.

—Sírvase entrar, señor Bola —exclamó irónicamente el señor.

Bola obedeció agitando alegremente la cola. En el fastuoso vestíbulo se amontonaba una multitud de objetos. Lo primero que impresionó a Bola fue el gran espejo que llegaba hasta el suelo y reflejaba la imagen de su doble destrozado, roído, gastado hasta la raíz de su pelambre. También observó las terribles astas de reno que dominaban el lugar, numerosos abrigos y botas y la pantalla de opalina de la luz del cielorraso.

—¿Dónde encontró semejante cosa, Filip Filipovich? —preguntó sonriendo la joven mientras le ayudaba a quitarse el pesado abrigo de zorro plateado con reflejos azules—. Pero... ¡está lleno de piojos!

—Estás diciendo tonterías. ¿Dónde ves piojos? —respondió el señor martillando las sílabas.

Libre de su abrigo, ahora se lo veía vestido con un traje negro de paño inglés. Una cadena de oro le cruzaba el abdomen, poniendo una nota cálida y discreta en su atuendo.

—Quédate quieto... Deja de moverte, imbécil. Piojos... ¡Hmmm! ¡Ajá!, una quemadura. Pero ¡quieres quedarte quieto! ¿Quién te puso en este estado?

«Fue el cocinero, esa carne de patíbulo» quiso gemir el perro, alzando una mirada conmovedora.

—Zina —ordenó el amo— llévalo inmediatamente a la sala de curaciones y dame un guardapolvo.

La mujer silbó, chasqueó los dedos y el can, tras vacilar un instante, la siguió. Entraron en un angosto corredor débilmente iluminado, pasaron frente a una puerta barnizada, en el extremo del corredor dieron una vuelta hacia la derecha y se hallaron en una habitación oscura en la cual reinaba un olor que inmediatamente le desagradó. Un chasquido seco y la oscuridad se convirtió en luz enceguedora, una verdadera luz diurna que parecía surgir de todas partes.

«¡Ea, no!, gimió Bola para sí, perdóneme pero no me entregaré. Que se vayan al diablo, ellos y su salchichón. Ahora comprendo donde me atrajeron: a un hospital para perros. Me van a hacer tomar aceite de ricino y usarán cuchillos para cortarme el flanco... ¡como si ya no me doliese bastante!».

—¿Adónde vas? —exclamó la que llamaban Zina.

Retorciéndose para huir, el perro se ovilló sobre sí mismo y, con su flanco sano fue a golpear la puerta con tal violencia que todo el departamento tembló. Luego, arrojándose hacia atrás empezó a girar como un trompo, volcando un balde blanco que desparramó en el suelo una multitud de copos de algodón. Las paredes, contra las cuales se adosaban armarios llenos de instrumentos resplandecientes, comenzaron a girar en torno de él, luego un delantal blanco y el rostro deformado de una mujer se abalanzaron a su encuentro.

—¡Qué haces, maldito animal, quédate aquí! —gritaba Zina, desesperada.

«¿Dónde estará la escalera de servicio?», se preguntó. Tomó impulso y se arrojó de cabeza contra un vidrio con la esperanza de encontrar una salida.

Volaron ruidosamente mil añicos y se rompió un gran frasco esférico del que se volcó, esparciéndose por el piso, una inmundicia rojiza de olor horrendo. Entonces se abrió la verdadera puerta.

—¡Quédate quieto, pedazo de bruto! —gritó el señor con el guardapolvo a medio poner y saltando para agarrarlo por la cola. ¡Zina, préndelo del pescuezo, vaya granuja!

—¡Bondad divina, qué perro!

La puerta se abrió aún más y otro personaje de sexo masculino, que también vestía guardapolvo, entró en la habitación. Pisoteando fragmentos de vidrio, no reparó en él sino que se dirigió al armario, que abrió, inundando el cuarto con un olor dulzón y empalagoso. Luego se echó con todo su peso sobre el animal, el cual no desperdició la oportunidad de morderlo en un tobillo, justo encima del botín. El personaje profirió un grito de dolor, pero no renunció. El liquido empalagoso quitaba el aliento y mareaba. Sintió que las patas se le aflojaban, dio todavía algunos pasos vacilantes y se desplomó en medio de los filosos trozos de vidrio. «Bueno, todo terminó, pensó seminconsciente. ¡Adiós Moscú! Ya no volveré a ver a los hermanos Tchiclikin, ni a los proletarios, ni al salchichón de Cracovia. Habré merecido muy bien mi paraíso de perro. Hermanos, desolladores, ¿por qué me trataron así?».

Entonces se acostó definitivamente sobre el flanco y reventó.

Cuando resucitó experimentaba un leve mareo y sentía algunas náuseas, pero el dolor en el flanco había desaparecido, reemplazado por una deliciosa sensación de ausencia. Levantó lánguidamente un párpado y vio por la comisura del ojo derecho, las vendas apretadas que le sostenían el vientre y los flancos.

«Estos hijos de perra se salieron con la suya, pensó confusamente, pero hay que reconocer que lo hicieron bien».

—De Sevilla a Granada...

En las quietas tinieblas de la noche...

Canturreaba distraídamente una voz en falsete por encima de su cabeza.

Sorprendido, el perro abrió bien grandes ambos ojos y divisó a dos pasos de él una pierna de hombre posada sobre un taburete blanco. El pantalón y el calzoncillo arremangados dejaban al descubierto una piel amarillenta maculada con sangre seca y tintura de yodo.

«¡Dios mío!», pensó, «Es el que mordí. Es obra mía. Tanto peor para mí».

—Se oyen las serenatas
y los hombres que pelean.

—La voz dejó de cantar para preguntarle: —¿Por qué mordiste al doctor, bribón? Y por qué rompiste el vidrio, ¿eh?

—¡Wu-u-u-u-uu! —trató de gemir.

—Bueno, basta. Quédate quieto, idiota.

—¿Cómo hizo para traer un perro tan nervioso, Filip Filipovich? —preguntó una agradable voz masculina. La parte inferior del calzoncillo se deslizó hacia el pie. Brotó un olor a tabaco; se oyó un leve ruido de frascos en el armario.

—Con suavidad. Es el único medio posible cuando se trata de una criatura viviente. Por medio del terror nada se obtiene de ningún animal, cualquiera sea su nivel en la escala de la evolución. Es lo que siempre sostuve, lo que sostengo y seguiré sosteniendo. Algunos creen que se puede lograr algo por el terror. ¡No, no y no: el terror jamás sirve para nada, ya sea blanco, rojo o pardo! El terror paraliza por completo el sistema nervioso. ¡Zina! Compré para este vagabundo un rublo y 40 kopecks de salchichón de Cracovia. Hazme el favor de darle de comer cuando se le terminen las náuseas.

Se oyeron rechinar astillas de vidrio bajo la escoba y una voz de mujer que replicaba con coquetería:

—¡Cracovia! Como si no hubiese bastado con comprarle 20 kopecks de sobras en la carnicería. ¡De buenas ganas me quedaría yo con el Cracovia!

—Prueba de hacerlo y tendrás que vértelas conmigo. Es un veneno para el estómago humano. A tu edad eres todavía como un niño que se lleva a la boca todas

las porquerías que encuentra. Te lo advierto: ni el doctor Bormental ni yo nos ocuparemos de ti cuando tengas cólicos...

Entretanto, varios timbrazos leves habían sonado en el departamento, al mismo tiempo que se oían con intermitencias ruidos de voces procedentes del vestíbulo. Zina salió de la habitación.

Filip Filipovich arrojó una colilla en el balde, abrochó su guardapolvo, se alisó el bigote frente al espejo y le espetó al perro:

—Chist, aquí; es la hora de la consulta.

Bola se levantó sobre sus patas aún débiles, temblando y vacilando un poco, pero muy pronto se reanimó y siguió al amplio guardapolvo de Filip Filipovich. Entró de nuevo en el angosto corredor y, al pasar, observó en el cielorraso el globo que ahora lo iluminaba. La puerta barnizada se abrió y pasó al consultorio detrás de Filip Filipovich: quedó deslumbrado por el esplendor del lugar. Había una sorprendente profusión de luz: en las molduras del cielorraso, en la mesa, en las paredes, en los vidrios de los armarios, por todas partes resplandecían lámparas. Entre la multitud de objetos que se le revelaban, Bola reparó con especial interés en una enorme lechuza posada sobre una rama apoyada en una de las paredes.

—¡Acuéstate! —ordenó Filip Filipovich.

Enfrente se abrió una puerta de madera labrada, por la que entró el hombre que había sido mordido. En la brillante claridad de esta habitación, ahora se lo veía joven, muy apuesto, con breve barba cortada en punta. Tendió una hoja de papel y anunció:

—Un viejo cliente...

Y salió sin esperar respuesta mientras Filip Filipovich, alzando los faldones de su guardapolvo, se instalaba ante su escritorio y adoptaba de pronto un aire extraordinariamente serio e importante.

«No, no es a un hospital donde llegué, es otra cosa, pensó el perro turbado, dejándose caer sobre la ornamentada alfombra junto a un pesado sofá de cuero, pero tendré que aclarar este asunto de la lechuza...».

La puerta se abrió suavemente y entró un personaje que lo asombró, a tal punto que lo hizo proferir un leve ladrido.

—¡Silencio! Vaya... amigo mío, está usted desconocido.

El recién llegado dirigió a Filip Filipovich un saludo confundido y respetuoso.

—Es que usted es un mago y un encantador profesor —pronunció con cierta turbación.

—Quítese el pantalón, querido amigo —ordenó Filip Filipovich levantándose.

«Dios mío, pensó el perro, ¿quién será este bicharraco?».

El bicharraco tenía cabellos perfectamente verdes que adquirirían sobre la nuca un matiz herrumbre-tabaco. Su rostro estaba surcado de arrugas pero tenía la tez rosada como la de un bebé. Arrastraba sobre la alfombra la pierna izquierda completamente

tiesa y saltaba como un títere sobre la derecha. En la solapa de su chaqueta, de excelente hechura, lucía una piedra preciosa que parecía un ojo alerta en acecho.

Fascinado, el perro había olvidado su propio malestar.

—¡Uau, uau! (Ladrado discreto).

—¡Silencio! ¿Cómo duerme, amigo mío?

—Oh... ¿Estamos solos, profesor? Es increíble —prosiguió turbado el visitante—. Palabra de honor, hace veinticinco años que no veo una cosa igual (el fenómeno comenzó a desabrocharse el pantalón), créame, profesor, todas las noches son decenas de muchachas desnudas. Es positivamente un encantamiento. Usted es un mago.

—Hmmm... —murmuró Filip Filipovich con aire preocupado, examinando las pupilas del paciente.

Una vez terminada la tarea de desabotonarse, éste se quitó el pantalón rayado. Debajo del mismo usaba un calzoncillo realmente increíble, de color crema, perfumado, bordado con gatos de seda negra.

Bola no pudo tolerar los gatos y lanzó un ladrido que sobresaltó al fenómeno.

—¡Ay!

—¡Espera un poco, tú! —No tema nada, no muerde.

«¿Con qué no muerdo?» —el perro estaba estupefacto.

De uno de los bolsillos del pantalón se había deslizado un pequeño sobre que mostraba una hermosa muchacha con abundante cabellera suelta. El fenómeno pegó un salto, se agachó y lo levantó ruborizándose violentamente.

—De todas maneras tenga cuidado —le previno Filip Filipovich con tono agrio, agitando un dedo amenazador—. ¡No abuse demasiado!

—Yo no ab... —empezó a rezongar el fenómeno mientras seguía desvistiéndose—. Vea, querido profesor, fue sólo para hacer una experiencia.

—¿Y entonces? ¿Qué resultado logró? —preguntó Filip Filipovich, severo.

El fenómeno agitó una mano extática.

—Jamás había conocido nada igual, lo juro ante Dios, desde hace veinticinco años. La última vez fue en 1899, en París, en la calle de la Paix...

—¿Y por qué se le pusieron verdes los cabellos?

El rostro del interlocutor adquirió una expresión sombría.

—Esa maldita mixtura... Usted no puede saber, profesor, lo que me dieron esos desvergonzados en vez de tintura. Mire un poco —balbuceó el individuo, buscando un espejo con la vista— merecerían que le rompan la cara —y agregó de pronto, enfurecido—: Y ahora, ¿qué se puede hacer, profesor?

—Pues bien... Hágase rapar completamente.

¡Profesor! —se lamentó el visitante— ¡cuándo crezcan mis cabellos seguirán siendo canosos! Además, no podré mostrarme en mi empleo: ya hace tres días que no

aparezco por allí. ¡Ah profesor, si pudiese encontrar un medio para rejuvenecerme también los cabellos!

—Ya lo hallaremos, ya lo hallaremos —musitó Filip Filipovich.

Con los ojos brillantes, el profesor se inclinó para examinar el vientre desnudo del paciente.

—Pues bien, todo anda a las mil maravillas. Para decirle la verdad, yo mismo no esperaba semejante resultado. Hay que sufrir para ser bella, dice el refrán, pero vale la pena... Puede vestirse, amigo mío.

—Yo soy la más bella...

—Tarareó el paciente con voz chillona y, radiante, comenzó a vestirse.

Cuando estuvo listo, dando pequeños brincos y prodigando en su torno efluvios perfumados, entregó a Filip Filipovich un fajo de billetes blancos y le estrechó tiernamente ambas manos.

—Es inútil que vuelva antes de dos semanas —dijo Filip Filipovich—, pero le ruego que sea prudente.

—¡Profesor! —le respondió desde la puerta la voz extasiada—. ¡Quédese perfectamente tranquilo!

Y el fenómeno desapareció después de una última carcajada voluptuosa.

Un timbrazo prolongado resonó en el departamento, la puerta barnizada se abrió nuevamente, volvió a entrar el «mordido» y tendiendo una hoja de papel a Filip Filipovich declaró:

—La edad indicada no corresponde. Probablemente cincuenta y cinco o cincuenta y seis. Ruidos cardíacos ahogados.

Desapareció. Entró una mujer vestida en forma llamativa, que usaba un sombrerito con plumas, inclinado con picardía hacia un costado. Un collar reluciente le adornaba el cuello flácido y arrugado, y bajo los ojos, los párpados ennegrecidos le formaban extrañas bolsas. Tenía las mejillas pintadas como las de una muñeca. Exteriorizaba una tremenda agitación.

—¡Señora! ¿Qué edad tiene? —preguntó Filip Filipovich con voz dura.

La dama se asustó y palideció bajo el caparazón rojo que le cubría el rostro.

—¡Le juro, profesor, si supiese cuál es mi drama!...

—¿Qué edad tiene, señora? —repitió Filip, Filipovich con tono aún más duro.

—Palabra de honor... Pues bien, cuarenta y cinco...

—¡Señora! —Filip Filipovich casi gritaba. ¡Me están esperando! Por favor no me retrase, usted no es la única...

El pecho de la mujer se agitaba como una marejada.

—Se lo diré, pero sólo a usted... Usted es una lumbrera de la ciencia. Pero le juro que semejante prueba...

—¿Qué edad tiene? —preguntó Filip Filipovich ahogándose de rabia, con la mirada relampagueante.

—¡Cincuenta y uno! —dijo la paciente con una mueca de dolor.

—¡Quítese la bombacha, señora! —ordenó Filip Filipovich con tono más suave, señalándole el amplio biombo blanco situado en un ángulo del consultorio.

—Le juro, profesor —musitó la mujer desquitándose con los broches de presión de su corsé— es ese Moritz... Le hablo como a un confesor.

—De Sevilla a Granada...

—Entonó maquinalmente Filip Filipovich. Apretó el pedal de un lavabo de mármol. El agua brotó ruidosamente.

—¡Lo juro por Dios! —decía la dama, mientras un rubor natural le invadía el rostro formando manchas debajo de su maquillaje—. ¡Ya lo sé, es mi última pasión! ¡Qué canalla! Oh, profesor, es un tramposo profesional, todo Moscú está enterado. No puede evitar de correr tras todas las infames modistillas que encuentra. Pero es tan diabólicamente joven...

Mientras hablaba entre dientes, la mujer sacó debajo de su enagua un trozo de encaje arrugado.

El perro sintió que se le enturbiaba el cerebro y que toda la sangre le reflúa hacia las extremidades.

«¡Que se vaya al diablo!», pensó, quedándose púdicamente adormecido con la cabeza apoyada sobre las patas; «no voy a esforzarme por comprender algo de este asunto; de todas maneras no llegaré a entender nada».

Lo despertó un tintineo y vio a Filipovich que arrojaba tubos centelleantes en una palangana.

La dama de las mejillas pintadas, con las manos apretadas contra el pecho, lanzaba miradas llenas de esperanza hacia el profesor. Éste frunció el ceño, se sentó con gesto grave ante su escritorio y escribió algo.

—Señora, le pondré ovarios de mona —declaró mirándola con severidad.

—¿De mona, profesor, es posible?

—Sí —fue la respuesta inexorable.

—¿Y cuando tendrá lugar la operación? —preguntó ella con voz débil. Se había puesto lívida.

—De Sevilla a Granada...

Hmm... El lunes. Usted se internará en la clínica por la mañana. Mi asistente la preparará.

—Oh, no quiero ir a la clínica. ¿No sería posible aquí en su casa, profesor?

—Bueno, en mi casa sólo opero en casos extremos. Le costará muy caro: 50 rublos.

—¡De acuerdo, profesor!

Se oyeron nuevos ruidos de agua y el sombrero con plumas se agitó por última vez. Aparece luego un cráneo pulido como una bola de billar; se precipita para estrechar las manos de Filip Filipovich...

El perro se había quedado adormecido. Las náuseas habían pasado, el flanco ya no le dolía y lo invadía un suave calor. En su sueño logró tener una agradable visión: arrancaba un buen puñado de plumas de la cola de la lechuza... Una voz excitada chilló encima de su cabeza:

—En Moscú me conocen demasiado, profesor. ¿Qué debo hacer?

—Señor —gritaba la voz indignada de Filip Filipovich— esto se vuelve intolerable. Un poco de dignidad... ¿Qué edad tiene la chica?

—Catorce años, profesor... Usted comprende, si la cosa llega a saberse yo estaría perdido. Muy pronto tengo que cumplir una misión en el extranjero.

—Amigo mío, no soy hombre de leyes... Espere dos meses y cátese con ella.

—Estoy casado, profesor.

—¡Ah, señores, señores!

La puerta se abría y se cerraba, los rostros cambiaban, los instrumentos sonaban en los armarios y Filip Filipovich trabajaba sin detenerse.

«Lugar raro —pensaba Bola—, pero no hay nada que objetar. ¿Para qué diablos necesitó de mí? ¿Tendría acaso la intención de hacerme vivir aquí? ¡Qué caso, éste! ¡Le bastaría hacer una sola guiñada para conseguir un perro estupendo! Aunque, después de todo, es posible que yo sea lindo. ¡Es mi suerte! Pero esta porquería de lechuza es una... desvergonzada».

Se despertó por completo al final de la tarde, cuando los campanillazos ya habían dejado de sonar en el preciso instante en que la puerta se abría para dar paso a visitantes de tipo singular. Eran cuatro, jóvenes y vestidos muy modestamente.

¿Qué querrán, éstos?, se preguntó sorprendido.

El recibimiento de Filip Filipovich fue muy poco cordial. De pie junto a su escritorio parecía un general observando al enemigo. Las aletas de su nariz aquilina estaban dilatadas. Los recién llegados hollaban la alfombra.

—Si hemos venido a verlo, profesor —empezó a explicar el que tenía en la cabeza una mata de cabellos abundantes y ondulados de unos treinta centímetros de espesor por lo menos—, es por el motivo siguiente...

—Señores, hacen mal de pasear sin galochas con semejante tiempo —los interrumpió suavemente Filip Filipovich—. Primero, van a pescar un enfriamiento; segundo, ensucian mis alfombras. Y todas son alfombras de Oriente.

El melenudo calló y el cuarteto, en conjunto, se puso a observar con extrañeza a Filip Filipovich. El silencio se prolongó algunos segundos y fue el profesor quien lo quebró tamborileando con sus dedos en una bandeja de madera pintada sobre su escritorio.

—En primer lugar no somos señores —terminó por articular el más joven, cuya tez hacía pensar en un durazno.

—En segundo lugar —cortó Filip Filipovich— ¿es usted un hombre o una mujer?

Los cuatro volvieron a callar, boquiabiertos. Esta vez fue el melenudo quien reaccionó.

—¿Y qué diferencia hay, camarada? —exclamó con soberbia.

—Soy una mujer —reconoció el durazno con campera de cuero, ruborizándose de pronto violentamente. Tras ella, otro de los intrusos, un rubiecito que usaba gorro de piel, se ruborizó también sin razón aparente.

—En ese caso, puede quedarse con la gorra puesta; en cuanto a usted, mi Apreciado Señor, le ruego que se quite la suya —expresó Filip Filipovich con tono grave.

—Yo no soy su Apreciado Señor —repuso vivazmente el rubiecito, quitándose el gorro.

—Si nosotros vinimos a verle, profesor —reanudó el melenudo— es...

—Ante todo, ¿quién es «nosotros»?

—Nosotros es el nuevo comité de administración del edificio —precisó el melenudo, conteniendo su ira—. Yo soy Schwonder, ella es Viazemskaia y éstos son los camaradas Petrushkin y Charovkian. Por lo tanto, nosotros.

—¿Ustedes son quienes ocuparon el departamento de Fiodor Pavlovich Sablin?

—Somos nosotros —respondió Schwonder.

—¡Dios mío! ¡La casa Kalabukov se acabó! —exclamó desesperado Filip Filipovich juntando las manos.

—¿Qué, profesor? ¿Le da risa?

—¿Quién habla aquí de reír? Estoy completamente desesperado. ¿Y que pasará ahora con la calefacción central?

—¿Se burla de nosotros, profesor Preobrajenski?

—¿Qué motivos los han traído a mi casa? Hablen pronto, estoy a punto de cenar.

—Nosotros somos el comité de administración del edificio —repuso con odio Schwonder— y venimos a verlo a raíz de la asamblea general de los inquilinos, en la cual se planteó la redistribución racional de los departamentos...

—¿Quién planteó qué? —rugió Filip Filipovich—. Exprese su pensamiento con mayor claridad.

—Se planteó el problema de la redistribución racional.

—¡Basta! Comprendí. ¿Saben ustedes que en virtud de un decreto del 12 de agosto de este año, mi departamento queda eximido de toda nueva ocupación o redistribución racional?

—Lo sabemos —respondió Schwonder—, pero después de un detenido examen, la asamblea general llegó a la conclusión de que, al fin de cuentas, usted ocupa una superficie excesiva. Netamente excesiva. Para usted solo utiliza siete habitaciones.

—Vivo y trabajo yo solo en siete habitaciones —respondió Filip Filipovich— y quisiera tener una más. Necesitaría una biblioteca.

El cuarteto permaneció mudo.

—¡Otra más! ¡Ea, ea! —exclamó por fin el rubiecito que se había quitado la gorra—. ¿Y eso es todo?

—¡Increíble! —gritó el adolescente que había resultado ser una adolescente.

—Tengo una sala de espera que, como pueden ver, es también biblioteca; con el comedor y mi consultorio, son tres; la sala de curaciones, cuatro; la sala de operaciones, cinco; mi dormitorio, seis y la habitación de servicio, siete. Finalmente, todavía me siento apretado... Pero dejémoslo, no es grave. Mi departamento queda exento de redistribución racional y basta de discutir. ¿Puedo ir a cenar?

—Perdone, dijo el cuarto, que parecía un enorme escarabajo, pero es precisamente del comedor y de la sala de curaciones que venimos a hablarle. La asamblea general le solicita que, en nombre de la disciplina proletaria, renuncie al comedor.

—Ni siquiera Isadora Duncan —agregó la mujer con voz chillona.

Filip Filipovich cuyo rostro se había encendido con un tinte purpúreo, no emitió el menor sonido, esperando lo que habría de seguir, como si presintiese algún acontecimiento.

—En cuanto a la sala de curaciones —continuó Schwonder— la puede juntar muy bien con el consultorio.

—¡Ah! —dijo Filip Filipovich, con voz extraña—. ¿Y dónde tomaría mis comidas?

—En el dormitorio —respondió a coro el cuarteto.

El tinte purpúreo del rostro de Filipovich se había vuelto grisáceo y empezó a hablar con voz ligeramente ahogada:

—Tomar mis comidas en el dormitorio, leer en la sala de curaciones, vestirme en la sala de espera, operar en la habitación de servicio y hacer los análisis en el comedor... Es muy posible que Isadora Duncan lo haga. Quizá se vista en su gabinete privado y haga disección de conejos en el cuarto de baño. Tal vez. ¡Pero yo no soy Isadora Duncan! (De pronto lanzó un rugido y del tinte grisáceo pasó al amarillo). Seguiré comiendo en el comedor y operando en la sala de operaciones. Transmítanselo a la

asamblea general. Y les ruego humildemente volver a sus ocupaciones y dejarme la posibilidad de tomar mis comidas en el lugar donde las toman las personas normales, es decir, en el comedor, no en el vestíbulo o en el cuarto de los niños.

—En tales circunstancias, profesor, y teniendo en cuenta su obstinada oposición —dijo Schwonder muy agitado—, nos veremos obligados a elevar una queja contra usted ante nuestros superiores.

—¿Ah, con qué así es la cosa? —La voz de Filip Filipovich adquirió un tono de temible cortesía—. Aguarden un momento, por favor.

«Éste es un hombre», pensó el perro con entusiasmo; «realmente, es mi tipo. ¿Qué les pasará, a éstos? ¡Ni pensarlo! Todavía no lo sé, pero tendrán su merecido... ¡Dale! Ah, si pudiese prenderme de ese gran pelele, morderle los tendones de la pantorrilla... Grrr... Grrr...».

Filip Filipovich había tomado el auricular del teléfono y comenzaba a hablar:

—Por favor... Sí, se lo agradezco. Quisiera comunicarme con Piotr Alexandrovich, por favor. El profesor Preobrajenski... ¿Piotr Alexandrovich? Me alegro mucho de oírlo. Muy bien, muchas gracias... Piotr Alexandrovich, su operación queda anulada. ¿Qué? Pues... Anulada, suprimida... Bueno, como todas las otras operaciones, además. He aquí la razón: suspendo todas mis tareas en Moscú y en Rusia en general... Hace un momento, cuatro personas, entre las cuales hay una mujer vestida de hombre, vinieron a mi casa; dos de ellas tenían revólveres y trataron de aterrorizarme con el objeto de apoderarse de mi departamento.

—Permítame, profesor —exclamó Schwonder con el rostro demudado.

—Perdóneme... no puedo repetir todo lo que me dijeron. No me agradan las estupideces. Me basta con decirle que me propusieron renunciar a mi sala de curaciones. En otros términos, que me obligan a operarle a usted en el lugar donde hasta ahora disecaba mis conejos. No sólo no puedo hacerlo, sino que tampoco tengo derecho a trabajar en semejantes condiciones. Por tal razón pongo término a mis actividades y me marché a Sotchi. Puedo dejarle las llaves a Schwonder. Que él lo opere.

Los cuatro se quedaron paralizados de asombro. La nieve se les derretía sobre los calzados.

—¿Qué se puede hacer?... Pues, me siento yo mismo muy fastidiado... ¿Cómo?... ¡Oh, no, Piotr Alexandrovich! ¡No! Esto no puede durar, llegué al colmo de mi paciencia... Y es la segunda vez desde agosto... ¿Cómo? Hmmm... Como quiera. Aunque con una sola condición: por quien usted quiera, cuando quiera y lo que quiera, pero que sea un papel que prohíba a Schwonder o a cualquier otro acercarse a la puerta de mi departamento. Un papel definitivo. Efectivo. ¡Verdadero! Una coraza... Que ni siquiera se mencione más mi nombre... Por supuesto. Para ellos, estoy

muerto... Sí, sí, se lo ruego... ¿Quién? Ah, ah... ¡Es diferente!... Ah, ah... Bien, aquí se lo paso.

Filip Filipovich se volvió con perfidia hacia Schwonder:

—Por favor: le van a hablar.

—Permítame, profesor —dijo Schwonder furioso y desconcertado a la vez—, usted cambió el sentido de nuestras palabras.

—Le ruego no emplear tales expresiones.

Con aire extraviado, Schwonder tomó el teléfono:

—Escucho... Sí... El presidente del comité del edificio... No señor, hemos actuado de acuerdo con las disposiciones... Por cierto, el profesor tiene una posición totalmente excepcional... Estamos al corriente de todos sus trabajos... Le dejamos cinco habitaciones... Muy bien, ya que es así... Bien...

Colgó el receptor; tenía el rostro arrebatado.

«¡Qué tapa! ¡Qué hombre!», apreció el perro para sí mismo, «debe saber cómo actuar, sin duda. Ahora puede pegarme cuanto quiera, ya no me moveré de aquí».

Los otros tres consideraban boquiabiertos al desdichado Schwonder.

—Es una vergüenza —musitó tímidamente este último.

—Si llegásemos a tener una discusión —adelantó la mujer—, le demostraría a Piotr Alexandrovich que...

—Perdónenme ¿quieren iniciar esa discusión desde ahora?... —inquirió cortésmente Filip Filipovich.

Los ojos de la mujer relampaguearon.

—Comprendo su ironía, profesor, nos marchamos... Pero antes, y tan sólo en mi calidad de director de la sección cultural del edificio...

—Di-rec-to-ra —corrigió Filip Filipovich.

... quisiera proponerle (la mujer se interrumpió y sacó de su chaqueta algunas revistas con ilustraciones en colores, aún húmedas de nieve) comprar algunas revistas a beneficio de los niños alemanes. A 50 kopecks el número.

—No, gracias —respondió brevemente Filip Filipovich, lanzando un vistazo torvo a las revistas.

Todos los rostros expresaron un total asombro. El de la mujer se ruborizó.

—¿Por qué se niega?

—No las quiero.

—¿Los niños alemanes no le inspiran lástima?

—Sí.

—¿Repara en gastar 50 kopecks?

—No.

—¿Entonces por qué?

—No quiero.

Un silencio.

—Sabe, profesor —comenzó a decir la joven con un profundo suspiro—, si usted no fuese una celebridad científica europea y si ciertas personas no interviniesen a su favor de manera tan indignante (el rubiecito le tiró el faldón de la chaqueta, pero ella no le hizo caso), personas que con seguridad algún día hemos de desenmascarar, usted merecería ser arrestado.

—¿Y por qué? —preguntó Filip Filipovich con curiosidad.

—¡Usted odia al proletariado! —replicó la mujer con altivez.

—Así es, el proletariado no me gusta —asintió tristemente el profesor, y oprimió un botón. En alguna parte sonó un timbre. Se abrió la puerta del corredor.

—Zina, puedes servir la cena. ¿Me permiten, señores...?

Los cuatro abandonaron en silencio el consultorio del profesor, atravesaron la sala de espera y el vestíbulo y se oyó cómo se cerraba ruidosamente tras ellos la pesada puerta de entrada. El perro se irguió sobre sus patas traseras e inició ante Filip Filipovich una pantomima de acción de gracias.

III

Los platos decorados con flores paradisíacas y bordeados con una ancha banda negra, contenían anguilas en escabeche y finas rebanadas de salmón. En la pesada bandeja de madera había un trozo de queso a punto, y en un baldecillo de plata nimbado de nieve estaba el caviar. Entre los platos brillaban algunas frágiles copas y tres botellones de cristal llenos de vodkas de varios colores. Todos estos objetos estaban dispuestos sobre una mesita de mármol arrimada al imponente aparador de roble tallado, en el que resplandecían la platería y el cristal. En medio de la habitación, como un altar, se levantaba una mesa maciza cubierta por un mantel blanco; en la mesa aguardaban dos cubiertos con las servilletas dobladas en forma de tiaras papales y tres botellas oscuras.

Zina llevó una fuente de plata con su tapa, de la que salía una especie de ronroneo. El aroma que la misma exhalaba era tal que el perro sintió inmediatamente que se le hacia agua la boca. «¡Los jardines de Semíramis!», pensó, golpeando el suelo con su cola como si ésta fuese un bastón.

—Tráelo aquí —ordenó ávidamente Filip Filipovich—. Doctor Bormental, deje ese caviar, por favor.

Y si quiere seguir mi consejo, deje también la vodka inglesa y sírvanos esta simple vodka rusa.

—El bello mordido, que había trocado su guardapolvo por un traje negro de excelente calidad, se encogió de hombros, sonrió cortésmente y llenó las copas de vodka incolora.

—¿Destilada con la bendición del Estado? —preguntó.

—Dios nos guarde, amigo mío —respondió el dueño de casa—. Ésta es alcohol. Daría Petrovna fábrica ella misma una vodka notable.

—Sin embargo dicen que la del Estado es muy buena: 30 grados.

Filip Filipovich lo interrumpió paternalmente:

—En primer lugar, la vodka debe tener 40 grados y no 30. Segundo: sólo Dios sabe lo que meten en ella. ¿Es usted capaz de decirme lo que les puede pasar por la mente?

—Cualquier cosa —aseguró el mordido.

—Comparto esa opinión —agregó Filip Filipovich apurando su copa de un sorbo—. Mmm... Doctor Bormental, hágame el placer de probar esto: si me pregunta qué es, me habrá convertido para siempre en su enemigo mortal.

De Sevilla a Granada...

—Tarareó.

Y uniendo el gesto a la palabra, clavó con su tenedor de plata de anchos dientes algo que se asemejaba a una albondiguilla oscura. El mordido siguió su ejemplo. La mirada de Filip Filipovich se iluminó.

—¿Es malo? —preguntó con la boca llena—. ¿Malo? Conteste, querido doctor.

—Es incomparable.

—Vaya si lo es... Observe, Iván Arnoldovich, los únicos que comen fiambres fríos y sopa son los propietarios que todavía no se hicieron estrangular por los bolcheviques. Todo hombre que conserva un poco de respeto humano sirve fiambres calientes. Y entre todos los fiambres calientes moscovitas, éste es el que figura en primer termino. En cierta época, los había suntuosos en el Slavianski Bazar. ¡Toma, agarra!

—Usted alimenta al perro en el comedor: después no habrá manera de sacarlo de aquí —sentenció una voz de mujer.

—No importa. El pobre animal está muerto de hambre.

Filip Filipovich tendió al can un bocado incrustado en el extremo de su tenedor: Bola lo hizo desaparecer con la rapidez de un prestidigitador y Filip Filipovich, riendo a carcajadas, introdujo el tenedor en el bol enjuagados. De los platos subían ahora olorosos vapores de langostinos; el perro permanecía en la sombra del mantel, como un centinela que monta la guardia junto a un polvorín. Filip Filipovich se colocó un extremo de la servilleta en el cuello y comenzó su sermón:

—El alimento, Iván Arnoldovich, no es cosa sencilla. Hay que saber comer y pienso que la mayoría de la gente no sabe absolutamente comer. No sólo hay que saber qué es lo que se debe comer, sino también dónde y cuándo (Filip Filipovich agitó su cuchara con un gesto de persona muy entendida). Y de lo que se debe hablar mientras se come. Si, señor.

Si usted se preocupa por su digestión, escuche mi consejo: durante las comidas nunca hable de bolchevismo ni de medicina. Y sobre todo, jamás de los jamases lea diarios soviéticos antes de comer.

—Hmmm... Es que no existen otros.

—Entonces no lea ninguno. En mi clínica realicé treinta experimentos. ¿Qué resultado cree que obtuve? Los pacientes que no leían los diarios están perfectamente bien, mientras que todos aquellos a quienes hice leer Pravda perdieron peso...

—Mm... —manifestó el mordido con aire interesado (El potaje y el vino le habían dado colores).

—Y eso no es todo. Reflejo rotuliano disminuido, apetito débil, estado general depresivo.

—Diablos...

¡Pero vamos! ¿Qué estoy haciendo? Me he puesto a hablar de medicina...

Filip Filipovich se reclinó en el respaldo de su silla y llamó con la campanilla. Zina apareció, servicial. El perro tuvo derecho a recibir un gran trozo de esturión blancuzco que no le agradó, e inmediatamente después a una rebanada bien jugosa de rosbif. Después de haberla engullido, experimentó súbitamente deseos de dormir y sintió que ya no podía soportar la presencia de más alimentos. «Extraña sensación», comprobó, tratando de levantar sus párpados pesados, «ni siquiera la comida... Pero hay que ser idiota para fumar después de comer».

Un desagradable humo azul llenaba el comedor. El perro soñaba con la cabeza extendida sobre sus patas delanteras.

—El Saint-Julien es un vino muy bueno —alcanzó a oír a través de su sueño— pero hoy en día ya no se lo encuentra.

Un coro de voces que parecía venir de arriba o del departamento vecino se filtraba a través del cielorraso y de las alfombras.

Filip Filipovich llamó; apareció Zina.

—¿Qué ocurre ahora, Zinuchka?

—Mantienen otra asamblea general, Filip Filipovich.

—¡Otra más! —exclamó Filip Filipovich abrumado—. Esta vez se acabó la casa Khalabukov de veras. Marcharnos, ¿pero a dónde? Todo está previsto: para empezar, cantos todas las noches, luego el agua que se hiela en las cañerías, la caldera de la calefacción central que estalla, y así sucesivamente... ¡Cae el telón sobre la casa Khalabukov!

—Se hace demasiada mala sangre, Filip Filipovich —observó Zina sonriendo, al llevarse una pila de platos.

—¡Cómo para no hacerse mala sangre, cuando pensamos cómo era antes esta casa! ¿Comprende?

—Usted lo ve siempre todo con demasiado pesimismo, Filip Filipovich —objetó el hermoso mordido—. Muchas cosas han cambiado.

—Usted me conoce, amigo mío. ¿Verdad? Soy el hombre de los hechos, el hombre de la experiencia. Soy enemigo de todas las hipótesis infundadas. Ello se sabe muy bien, no sólo en Rusia sino en toda Europa. Cuando digo algo, es porque existe como base un hecho preciso del cual deduzco una conclusión.

Y este hecho es el siguiente: los abrigos y las galochas de nuestra casa.

«Las galochas... ¡Qué estupidez! La felicidad no está en las galochas» pensó el perro; «pero lo cierto es que se trata de un ser excepcional».

—Tomemos el caso de las galochas. Vivo en ésta desde 1903. Y durante todo el tiempo que transcurrió entre esa época y marzo de 1917, no se recuerda, y lo subrayo en rojo, no se recuerda para nada que haya desaparecido un solo par de galochas de nuestra entrada de la planta baja, a pesar de que la puerta principal no estaba siquiera cerrada con llave. Considere que hay doce departamentos y que yo recibo a muchos enfermos. Un buen día de marzo de 1917 desaparecieron todas las galochas, de las cuales dos pares me pertenecían, así como tres bastones, un abrigo y el samovar del portero. Desde entonces ya no hay galochas en la entrada. Y no hablo de la calefacción central. Ya no digo nada. Cae por su propio peso: del momento que hay revolución social, la calefacción es inútil. Y me pregunto: ¿por qué, desde el momento en que comenzó esta historia, toda la gente se puso a subir y bajar las escaleras de mármol con botas y galochas embarradas? ¿Por qué hay que guardar las galochas bajo llave? ¿Y hacerlas vigilar por un soldado para impedir que las roben? ¿Por qué sacaron la alfombra de la escalera? ¿Carlos Marx había escrito en alguna parte que la entrada de la casa Khalabukov que da sobre la Prechistienka debía ser condenada para obligar a la gente a dar la vuelta por el pequeño patio? ¿Cuál es la ventaja? ¿Por qué un proletario tiene que venir a ensuciar el mármol en vez de dejar sus galochas abajo?

—En realidad, Filip Filipovich, es que un proletario no tiene galochas —trató de afirmar el mordido.

—¡Es usted quién lo dice! —tronó Filip Filipovich, sirviéndose una copa de vino—. Estoy en contra de los licores después de las comidas: producen pesadez y son malos para el hígado... Nada de eso ¡ahora el proletario tiene galochas! ¡Las mías! Las que desaparecieron en la primavera de 1917. Y hay que preguntar: ¿quién las escamoteó? ¿YO? Imposible. ¿El burgués Sablin?

(Filip Filipovich levantó un dedo señalando al techo). Resulta cómico pensarlo. ¿El fabricante de azúcar Polozov? (Filip Filipovich hizo un gesto hacia un personaje imaginario). ¡De ninguna manera! Pues bien... ¡Pero por lo menos podrían sacárselas en la escalera! (El rostro de Filip Filipovich empezaba a volverse púrpura). ¿Y por qué diablos haber suprimido las flores que adornaban los rellanos? ¿Por qué la corriente eléctrica, que en veinte años sólo faltó dos veces, falta ahora regularmente una vez por mes? Doctor Bormental, la estadística es algo terrible. Usted, que está al corriente de mis últimos trabajos, lo sabe mejor que nadie.

—Es la ruina, Filip Filipovich.

—No —replicó Filip Filipovich con un tono de absoluta seguridad—, no. Usted el primero, estimado Iván Arnoldovich, evite emplear esa palabra. Es un espejismo, un humo, una ficción. (Filip Filipovich, extendiendo ampliamente sus dedos cortos hizo aparecer sobre el mantel dos sombras semejantes a dos tortugas). ¿Qué es esta ruina?

¿Una vieja con un bastón? ¿Una bruja que rompe todos los vidrios, que apaga todas las lámparas? No existe nada parecido. ¿Qué subentiende esa palabra para usted?

Desenfrenado, Filip Filipovich dirigía sus miradas al desdichado pato de cartón pintado que colgaba con la cabeza hacia abajo al lado del aparador, y dio él mismo la respuesta:

—Le diré lo que es: si cada día, en vez de operar, organizase coros en mi departamento, para mí sería la ruina. Si en los baños, y perdone la expresión, me pusiese a orinar al lado del inodoro y si Zina y Daría Petrovna hiciesen lo mismo, sería el comienzo de la ruina para los baños. Lo cual quiere decir que la ruina no está en los retretes sino en las cabezas. Y me río cuando esos palurdos gritan: ¡Alto a la ruina de la economía! (Filip Filipovich tenía el rostro tan congestionado que el mordido abrió la boca).

¡Se lo juro, me río! Tendrían que empezar por golpearse la cabeza contra una pared hasta que se hayan librado de todas sus alucinaciones, después de lo cual cada uno tendría que arremangarse y ponerse a trabajar, y la ruina se detendría de por sí. ¡No se puede servir a dos dioses! ¡No se puede limpiar los rieles del tranvía y al mismo tiempo ocuparse de la suerte de algunos vagabundos españoles! ¡Nadie puede lograrlo, doctor, y sobre todo hombres que, desde el punto de vista del desarrollo, tienen por lo menos doscientos años de atraso con respecto a los europeos, hombres incapaces de abotonarse ellos mismos el pantalón!

Filip Filipovich estaba fuera de sí, tenía las aletas de la nariz dilatadas. Con todas sus fuerzas exaltadas por una comida abundante, tronaba como un profeta antiguo y su rostro lanzaba relámpagos plateados.

Sus palabras producían el efecto de un sordo gruñido subterráneo en el espíritu del perro somnoliento. De pronto le aparecía la imagen de los estúpidos ojos amarillos de la lechuza, de pronto era el rostro repugnante del cocinero con su sucio gorro blanco; también estaba el altivo bigote de Filip Filipovich en la luz deslumbrante del comedor luego un trineo que pasaba rechinando y desaparecía inmediatamente, mientras que en su estómago, bañados por los jugos gástricos, terminaban de disolverse los restos de la rebanada de rosbif.

«Tendría éxito en las reuniones públicas», pensó confusamente Bola, «es un tipo de primera. ¡Además, no parece irle tan mal!»

—¡A la guardia! ¡Policía! (Filip Filipovich chillaba). ¡Quiero un policía, un policía y nadie más, con o sin gorra roja! Un policía por persona para moderar los entusiasmos vocales de nuestros ciudadanos.

Usted dice que es la ruina. ¡Y yo, doctor, le digo que nada habrá cambiado en esta casa ni tampoco en ninguna otra casa, mientras no se hayan hecho callar a esos cantantes! Cuando dejen de dar sus conciertos, la situación de la casa mejorará de por sí.

—Usted sostiene principios contrarrevolucionarios, Filip Filipovich —bromeó el mordido—; quiera Dios que nadie lo oiga.

—No hay peligro —respondió fogosamente Filip Filipovich—, ninguna contrarrevolución. A propósito, he ahí otro término que no tolero. Es imposible saber qué se oculta detrás. Por eso le digo: en mis palabras no hay contrarrevolución. Hay buen sentido y experiencia de la vida.

Tras esa frase, Filip Filipovich sacó de su cuello el extremo de la bella servilleta arrugada, a la que enrolló como una bola y colocó junto a una copa de vino medio llena. Inmediatamente el mordido se levantó y expresó su gratitud con un «mercí».

—Un instante doctor —lo detuvo Filip Filipovich sacando una billetera del bolsillo de su pantalón. Frunció el entrecejo, contó algunos billetes y se los tendió al mordido:

—Le debo 40 rublos por el día de hoy Iván Arnoldovich. Sírvase...

La víctima del perro agradeció cortésmente Y ruborizándose, deslizó el dinero en el bolsillo de su chaqueta.

—¿No me necesita esta noche, Filip Filipovich?

—No, se lo agradezco, amigo mío. Mañana no haremos nada. Primero, porque el conejo se murió y segundo, porque esta noche representan «Aída» en el Bolchoi. Hace mucho que no la escucho. Me agrada sobremanera... ¿Recuerda el dúo?... Tari-rarin...

—¿Pero dónde encuentra tiempo, Filip Filipovich? —preguntó respetuosamente el médico.

—Quien jamás se apresura siempre encuentra tiempo para todo —explicó sentenciosamente el dueño de casa—. Evidentemente, si empezara a correr a todas las reuniones y a cantar como un ruiseñor durante todo el día en vez de ejercer mi profesión, jamás lograría nada. (Filip Filipovich hurgó en el bolsillo de su chaleco y sacó su reloj de repetición que, bajo sus dedos, desgranó algunas notas celestes). Son las 8... Llegaré para el segundo acto... Estoy de acuerdo con la división del trabajo. En el Bolchoi se canta; yo, opero. Todo está bien así. Y no hay ruina... Ahora, Iván Arnoldovich escúcheme atentamente: en cuanto tenga un muerto utilizable, ponga los órganos en una solución fisiológica y ¡tráigalos inmediatamente aquí!

—No se preocupe, Filip Filipovich, los anátomo-patólogos me lo prometieron.

—Perfecto. Entretanto vamos a poner a este mendigo neurasténico en observación, trataremos de conquistarlo. Espero que su flanco sanará pronto.

«Se preocupa por mí», pensó Bola. «¡Excelente hombre! Ya sé quién es. Es el Encantador, el brujo, el mago de las fábulas de perro... No es posible que todo esto sea un sueño. ¿Y si fuese un sueño? (Se estremeció dormido). Si despertase y de pronto: nada. Ya no habría pantalla de seda, ni calor, ni estómago lleno sino nuevamente el portal, el frío terrible, el asfalto helado, la gente mala, el hambre... Dios, qué horror...».

Pero nada de eso se produjo. El portal se desvaneció como una pesadilla y no volvió.

Evidentemente, la ruina no era tan amenazadora. Dos veces por día, los acordeones grises ubicados bajo las ventanas se llenaban de un suave calor que difundían a través de todo el departamento.

Era claro que Bola había ganado el premio mayor de una lotería canina. Dos veces por día, al menos, sus ojos se llenaban de lágrimas de gratitud para el Sabio de la Prechistienka. Y todos los espejos del vestíbulo y de la sala de espera reflejaban su imagen, satisfecho y resplandeciente.

«¡Qué hermoso soy! Tal vez sea un príncipe perro desconocido, incógnito», se decía al contemplar en la profundidad de los espejos su figura de pelambre color café y de aspecto complacido. «Es muy posible que mi abuela haya pecado con un terranova. Es cierto, tengo una mancha blanca sobre el hocico. Me pregunto de dónde proviene. Filip Filipovich es un hombre de buen gusto, no habría recogido al primer bastardo que encontrara».

En el término de una semana, el perro engulló tanto alimento como hambre había sufrido durante los últimos cuarenta y cinco días que había pasado en la calle. Y ello, sólo en lo concerniente a cantidad. Respecto a la calidad de lo que se comía en casa de Filip Filipovich, no valía la pena mentarlo siquiera. Aún sin tener en cuenta que Daría Petrovna compraba todos los días 18 kopecks de sobras de carnicería en el mercado de la Smolenskaia, basta con mencionar las comidas de la noche en el comedor, a las cuales él asistía, a pesar de las protestas de la elegante Zina. Durante esas comidas, la divinidad de Filip Filipovich quedó definitivamente consagrada; pues él se erguía sobre sus patas traseras y le mordisqueaba la chaqueta; había aprendido a reconocer la manera como Filip Filipovich tocaba la campanilla de la puerta... dos timbrazos breves y sonoros, timbrazos de patrón, y corría ladrando a recibirlo en el vestíbulo. El amo aparecía arrebujaado en su abrigo de piel de zorro plateado, en el que brillaban millares de lentejuelas de nieve, oliendo a mandarina, a cigarro, a perfume, a limón, a agua de Colonia, a paño, y su voz resonaba por toda la casa como una trompeta de mando.

—¿Por qué despanzurraste la lechuza, maldito animal? ¿Qué te había hecho? Ea, te lo pregunto... ¿Y por qué rompiste el profesor Mechnikov?

—Hay que pegarle latigazos aunque sea por lo menos una vez, Filip Filipovich —decía Zina, indignada—, de lo contrario se volverá completamente insoportable. Mire lo que hizo con sus galochas.

—No pegaremos a nadie —se irritaba Filip Filipovich—. Recuérdalo: sé buena de una vez por todas. Tanto el hombre como el animal, sólo se deben tratar por medio de la persuasión. ¿Comió carne hoy?

¡Por Dios! Desvalijó la casa. ¡Vaya pregunta la que me hace, Filip Filipovich! Me sorprende que no reviente.

—Déjalo saciar su hambre... —¿Qué te había hecho la lechuza, bribón?

—¡Wuuuuuu! —lloriqueó Bola, servil, acostándose sobre el vientre con las patas separadas.

A pesar de sus protestas, fue arrastrado por el cuello a través del vestíbulo hasta el consultorio del doctor. Se lamentaba, mostraba los dientes, se aferraba a la alfombra, se paraba sobre las patas traseras como en el circo. La lechuza, en jirones, yacía sobre la alfombra en medio de la habitación; de su vientre desgarrado salían recortes de trapo rojo que olían a naftalina. Sobre la mesa se hallaban los trozos de un busto de yeso convertido en añicos.

—No limpié nada a propósito para que usted pudiese admirar el espectáculo — proclamó Zina indignadísima—. Saltó sobre la mesa, el muy canalla, y ¡clac!, ¡se le prendió de la cola! Antes de que yo tuviese tiempo de reaccionar, ya la había hecho pedazos. Póngale el hocico encima para que aprenda a arruinar las cosas.

Y empezaron los alaridos. El perro, que parecía estar pegado a la alfombra, fue llevado hasta la lechuza y le apoyaron el hocico encima; se echó a llorar amargamente y pensó: «Pégume, pero no me expulse del departamento».

—Hay que llevar la lechuza hoy mismo al taxidermista. Y tú, Zina, toma estos 8 rublos y 16 kopecks para el tranvía, y vete al almacén de Muir a comprarle un buen collar y una cadena.

Al día siguiente pusieron a Bola un ancho collar brillante. La primera vez que se vio en un espejo quedó horrorizado y, con la cola entre las piernas, se refugió en el cuarto de baño meditando la manera de librarse del collar.

Pero muy pronto comprendió que era un imbécil. Zina lo llevó a pasear, sujeto de la cadena, por la calle Obukhov. El perro caminaba como un detenido, temblando de vergüenza. Pero al llegar a la Iglesia de Cristo en la Prechistienka, comprendió toda la importancia que un collar otorga en la vida. La rabia y la envidia se leían en los ojos de todos los demás canes que se cruzaban con él, y cerca de la calle Miotvyi, una especie de bastardo flaco y de cola cortada lo trató con sus ladridos de «lacayo» y «basura de lujo». En el momento en que atravesaban los rieles del tranvía, el miliciano miró el collar con respeto y satisfacción. Y a su regreso se produjo un acontecimiento absolutamente insólito: Fiodor, el portero, abrió la puerta principal para hacerlo entrar y dirigiéndose a Zina observó:

—Mira ese mendigo que había recogido Filip Filipovich; está gordo como un fraile.

—No es extraño, come como cuatro —explicó la hermosa Zina, con las mejillas sonrosadas por el frío.

«Un collar tiene el mismo valor que un porta documentos», pensó astutamente el perro. Y meneando la grupa subió al Hermoso Piso como un gran señor. Después de

haber reconocido los méritos del collar, Bola hizo su primera visita a la parte principal del paraíso, cuyo acceso le había sido categóricamente rehusado hasta entonces: el reino de Daría Petrovna, la cocinera.

El departamento íntegro no valía dos pulgadas del reino de Daría. Cada día, en la hornalla ennegrecida y con paredes revestidas de azulejos, las llamas chisporroteaban furiosamente, el horno crepitaba. En medio de un torbellino purpúreo, reluciente de grasa, el rostro de Daría Petrovna vivía el eterno tormento del fuego. En su peinado, que siguiendo la moda le cubría las orejas y se levantaba sobre la nuca formando un abanico de cabellos claros, resplandecían veintidós brillantes de pacotilla. En las paredes colgaban de los ganchos cacerolas doradas y toda la cocina concentraba olores, borbotaba y chirriaba en los recipientes cubiertos...

—¡Lárgate! —gritó Daría Petrovna—. ¡Afuera, granuja, vagabundo! ¿No comiste ya bastante? Espera un poco, vas a ver...

«¿Qué ocurre? ¿Por qué ladrar así? (El perro parpadeaba con ojos enternecedores.) ¿Granuja, yo? ¿No observó mi collar?».

Bola poseía un don especial para conquistar el corazón de la gente. Dos días más tarde había encontrado un lugar donde acostarse junto al balde del carbón, y desde allí miraba trabajar a Daría Petrovna. Ésta, utilizando un cuchillo de hoja angosta y bien afilada, había cercenado la cabeza y las patas de unas desdichadas perdices indefensas y, verdugo implacable, después de desprender la carne de los huesos y destripar las avejillas, se puso a desmenuzar algo con la cuchilla de picar. Bola se entretenía con una cabeza de perdiz. Daría sacó de una jarra de leche trozos de pan remojados, los mezcló sobre la mesa con una pasta de carne, agregó sal, crema y empezó a preparar croquetas. La hornalla roncaba como un incendio; en la sartén, la grasa hirviendo crujía y saltaba. La puerta de la hornalla se abrió de pronto, descubriendo un terrorífico infierno del que brotaban lampos de llamas.

Por la noche las fauces ardientes se apagaban y por la ventana de la cocina, encima del visillo blanco, entraban, densas y graves, las sombras de la Prechistienka, iluminadas por una estrella solitaria. El piso estaba húmedo, las cacerolas resplandecían misteriosamente; sobre la mesa había una gorra de bombero. Bola, acostado sobre la hornalla tibia como un león de piedra sobre su zócalo, e irguiendo una oreja curiosa, miraba a un hombre agitado, con bigote negro y ancho cinturón de cuero que besaba a Daría Petrovna detrás de la puerta entreabierta de la habitación que ésta ocupaba con Zina. El rostro de la cocinera ardía íntegramente con los tormentos de la pasión, excepto la nariz cubierta por un polvo cadavérico. Un rayo de luz iluminaba la figura del bigotudo sobre el cual pendía aún una rosa de papel.

—¡Eres un verdadero demonio! —murmuraba en la penumbra Daría Petrovna—. ¡Detente! Zina está por llegar. Pero ¿qué te pasa? ¿Tú también te hiciste rejuvenecer?

—¡No hace falta —contestaba el bigotudo con voz ronca, conteniéndose apenas—, con lo ardiente que eres!

Ciertas noches, cuando la estrella de la Prechistienka quedaba oculta por los pesados cortinados del consultorio, si no había representación de «Aída» en el Bolchoi, ni reunión en la Sociedad de Cirugía de la U.R.S.S., el dios se retiraba a ese cuarto y se instalaba en un mullido sillón. Las luces del cielorraso estaban apagadas. Sólo brillaba una lámpara verde sobre el escritorio. Bola permanecía entonces extendido en la penumbra, sobre la alfombra, y sus ojos no se desprendían de las cosas terribles que sucedían ante su vista. Había recipientes de vidrio que contenían cerebros humanos bañados en un líquido turbio de olor acre y repugnante. Los brazos del dios, desnudos hasta el codo, estaban revestidos en sus extremos por guantes de goma rojos y los gruesos dedos ágiles se desplazaban sobre las circunvoluciones. Algunas veces el dios tomaba un pequeño cuchillo brillante y con infinitas precauciones recortaba un trozo de los cerebros amarillos y elásticos.

—Hacia las orillas del Nilo Azul...

—Tarareaba a media voz el dios, mordisqueándose el labio y recordando los coros del Bolchoi.

Era la hora en que la calefacción llegaba a su punto máximo. El suave calor se elevaba hacia el cielorraso y de allí se expandía por toda la habitación; en la pelambre del can despertaba la última pulga aún no eliminada por Filip Filipovich, pero ya condenada.

«Zina se ha ido al cine», pensó el perro; «cenaremos cuando regrese. Hoy debe haber costillas de ternera».

* * *

Desde la mañana de aquel terrible día, Bola se sintió asaltado por un presentimiento. De pronto comenzó a proferir breves gruñidos y engulló su desayuno —media taza de natillas de avena y un hueso de cordero de la víspera— sin apetito alguno. Anduvo por la sala de espera con aire molesto y dirigió algunos ladridos a su imagen reflejada en un espejo. Pero luego, después que Zina lo hubo llevado consigo a pasear por el bulevar, el día se desenvolvió normalmente. Esa tarde no había visitas porque, como sabemos, el profesor no recibía los martes. El dios se encontraba en su consultorio y tenía frente a sí algunos gruesos volúmenes ilustrados con figuras abigarradas. Era un poco antes de la cena. Bola recordó que como segundo plato había pavita al horno, tal como lo había comprobado en la cocina y ello le infundió nuevo vigor. Al pasar por el corredor oyó el campanilleo desagradable e inesperado

del teléfono en el escritorio de Filip Filipovich. Éste tomó el receptor, escuchó durante algunos instantes y de pronto se entusiasmó.

—Muy bien, tráigalo inmediatamente. ¡Inmediatamente!

Empezó a agitarse, tocó el timbre y ordenó a Zina servir la cena sin demora.

—¡A la mesa! ¡A la mesa!

Enseguida hubo gran ruido de platos en el comedor. Zina echó a correr en todas las direcciones; en la cocina, Daría Petrovna protestaba porque la pavita no había terminado de cocinarse. El perro volvió a sentirse invadido por una extraña turbación.

«No me gusta el alboroto en el departamento...», dijo para sí. Apenas terminaba de formular ese pensamiento cuando el alboroto adquirió un aspecto aún más desagradable. En primer lugar debido a la aparición del mordido, doctor Bormental. Había traído consigo una valija que olía mal y sin darse tiempo de quitarse el abrigo se precipitó, con la valija en la mano, hacia la sala de curaciones. Filip Filipovich abandonó, sin terminarlo, su pocillo de café, cosa que hasta entonces jamás había sucedido, y corrió al encuentro de Bormental, lo cual también era totalmente inusitado.

—¿Cuándo murió? —preguntó a gritos.

—Hace tres horas —respondió Bormental. Con el sombrero cubierto de nieve todavía puesto en la cabeza empezaba a abrir la valija.

«¿Quién murió?», se preguntó el perro, enfurruñado y de mal humor, refugiándose entre las piernas del profesor. «No soporto a la gente que se agita».

—¡Sal de ahí! ¡Vamos, rápido!

Filip Filipovich se desgañitaba en gritos hacia todas las direcciones, hacía sonar todas las campanillas —al menos así le pareció al perro. Apareció Zina.

—¡Zina! Dile a Daría Petrovna que tome nota de las llamadas telefónicas, hoy no recibo a nadie. Te necesito. ¡Doctor Bormental, se lo suplico, más de prisa, más de prisa!

«Esto no me gusta nada, absolutamente nada». Bola se amoscó, como ofendido, y fue a vagar por el departamento mientras todo el alboroto se concentraba en la sala de curaciones. De pronto Zina apareció vestida con un guardapolvo que parecía una mortaja y echó a correr de la sala de curaciones a la cocina y viceversa.

«Después de todo, podría irme a comer. Que se las arreglen», pensó el perro. Pero lo esperaba una sorpresa.

—No le den nada a Bola —ordenó una voz que venía de la sala de curaciones.

—¿Cómo lo vigilaremos?

—¡Enciérrenlo!

Y lo encerraron en el cuarto de baño.

«Brutos», pensó, sentado en la penumbra del cuarto de baño, esto es sencillamente una idiotez.

Y pasó un cuarto de hora en un extraño estado de ánimo, vacilando entre la ira y el abatimiento; todo le parecía gris, confuso... «Muy bien, ya verá mañana lo que haré con sus galochas, querido Filip Filipovich; ya tuvo que comprar dos pares, comprará otro par más. Para que aprenda a encerrarme».

Pero de pronto un pensamiento furioso le atravesó el espíritu; le volvió a la memoria un fragmento de su primera infancia: un inmenso patio soleado cerca de la barrera Preobrajenski, el sol que se reflejaba en las botellas, trozos de ladrillo, perros en libertad.

«No, ninguna especie de libertad podría sacarme de aquí. ¿Qué gano con mentirme?», pensó el animal, resoplando. «Adquirí mis costumbres. Soy el perro de un señor, una criatura inteligente, conocí la buena vida. Además, ¿qué es la libertad? Un humo, un espejismo, una ficción... Un delirio de esos funestos demócratas». Luego la penumbra del cuarto de baño se le tornó siniestra; se arrojó contra la puerta y se puso a rasparla, gimiendo.

—¡Whuuuuuuuu!

Sus aullidos repercutían en todo el departamento, como dentro de un tonel.

«Volveré a destrozar la lechuza», pensó, lleno de rabia impotente. Las fuerzas lo abandonaron y se acostó. Súbitamente volvió a levantarse con todo el pelo erizado: le había parecido ver horribles ojos de lobo en la bañera.

Su angustia había llegado al paroxismo, cuando se abrió la puerta. Salió sacudiéndose y trató, de mala gana, de ir a refugiarse en la cocina; pero Zina lo tomó con mano firme por el collar y lo llevó arrastrándolo hasta la sala de curaciones. Sus patas resbalaban sobre el piso encerado.

¿Qué quieren de mí?, se preguntó sospechando algo. «Mi flanco está curado. No entiendo más nada».

Al llegar a la sala de curaciones lo invadió una inexplicable angustia. Inmediatamente lo impresionó la violencia de la luz: el globo blanco del cielorraso arrojaba una claridad que hería la vista. En medio de este deslumbramiento de blancura, un gran sacerdote tarareaba entre dientes algo acerca de las orillas sagradas del Nilo. Sólo un leve olor permitía reconocer en él a Filip Filipovich. Sus cabellos entrecanos y muy cortos estaban recubiertos por un gorro blanco que se asemejaba a la cofia de un patriarca. El dios vestía íntegramente de blanco, excepto un delantalcito de goma, atado sobre su ropa. Llevaba guantes negros en las manos. El mordido también tenía un gorro blanco. La gran mesa, totalmente abierta, estaba flanqueada por una mesita cuadrada montada sobre un pie brillante.

En ese instante Bola concibió un odio profundo por el mordido. Sus ojos, sobre todo, lo horrorizaron: habitualmente francos y audaces, rehuían ahora la mirada del perro. Eran intranquilos, falsos y ocultaban en el fondo algo malo, siniestro, por no decir francamente criminal.

—El collar, Zina —pronunció en voz baja Filip Filipovich— pero no lo asustes.

Los ojos de Zina se volvieron inmediatamente tan cautelosos como los del mordido. Se acercó al perro y lo acarició con manifiesta hipocresía. Éste la observó con tristeza y desprecio. «Claro, ustedes son tres... Si quieren, podrán dominarme. Pero deberían tener vergüenza. Si tan, sólo supiera yo lo que quieren hacerme...». Zina desabrochó el collar; Bola movió la cabeza y se sacudió. El mordido se acercó, precedido por un olor que provocaba deseos de vomitar. «Uff, que porquería... ¿Pero a qué viene esta angustia esta aflicción?», pensó retrocediendo frente al mordido.

—Más rápido, doctor —dijo Filip Filipovich con impaciencia.

Un fuerte olor dulzón flotaba en la habitación. Sin dejar de espiar al animal con sus ojos malvados, el mordido adelantó de pronto la mano derecha que hasta ese momento había tenido oculta detrás de la espalda y aplastó contra el hocico de Bola un tapón de algodón húmedo.

La sorpresa paralizó al perro, cuya cabeza comenzaba a perder la noción de las cosas que lo rodeaban, pero todavía logró echarse hacia atrás. El mordido saltó tras él y le cubrió totalmente el hocico con el tapón. Bola sintió que le faltaba el aliento, aunque consiguió zafarse una vez más. «Canalla», pensó fugazmente. «¿Por qué?». Volvieron a atraparlo enseguida. De pronto vio surgir en medio de la habitación un lago con botes llenos de alegres remeros, increíbles perros rosados. Las piernas, como privadas de huesos, se le aflojaron.

—¡Sobre la mesa!

La voz alegre de Filip Filipovich tronaba palabras surgidas quién sabe de donde, que estallaban en chorros color naranja. El miedo desapareció, reemplazado por alegría. Durante uno o dos segundos, Bola, que se sentía hundirse, amó al mordido.

Y el mundo entero osciló invirtiéndose. Sintió aún una mano fría pero agradable que se le deslizaba bajo el vientre. Finalmente, nada más.

IV

Permanecía tendido sobre la angosta mesa de operaciones y su cabeza inerte se bamboleaba sobre la almohada recubierta por un hule. Tenía el vientre afeitado y la máquina manejada por el doctor Bormental, jadeante y apresurado, atacaba ahora la pelambre de la cabeza. Con las palmas apoyadas en el reborde de la mesa, los ojos tan brillantes como la montura de oro de sus anteojos, Filip Filipovich seguía la operación y comentaba con voz emocionada:

—Iván Arnoldovich, el momento más delicado será cuando yo llegue a la silla turca. Usted tendrá que presentarme inmediatamente la hipófisis y empezar a coser. Si se declarase una hemorragia, habremos perdido nuestro tiempo y el perro a la vez. No existiría manera de salvarlo.

Filip Filipovich calló un instante, parpadeó y agregó, lanzando una mirada casi burlona sobre el ojo medio cerrado del animal:

—Sin embargo, me da pena. ¿Sabe? Había terminado por acostumbrarme a él.

Y con estas palabras levantó las manos como para bendecir la penosa proeza del infeliz animal: no quería que el menor grano de polvo viniese a manchar la goma negra de sus guantes.

Bajo la pelambre afeitada apareció el pellejo blancuzco. Bormental soltó la máquina y se armó de una navaja. Enjabonó el pequeño cráneo indefenso y se dispuso a dar el toque final a su obra. El pellejo crujía bajo el filo de la hoja y en algunos sitios brotaba un poco de sangre. Una vez terminada su tarea, el mordido limpió, con un taponcito de algodón empapado en un desinfectante, la cabeza y el vientre desnudo del perro. Finalmente anunció, jadeante:

—Está listo.

Zina abrió el grifo del lavabo y Bormental corrió a lavarse las manos. Luego Zina se las roció con alcohol.

—¿Puedo irme, Filip Filipovich? —preguntó mirando asustada la cabeza afeitada del perro.

—Puedes irte.

Zina desapareció. Bormental seguía atareado. Rodeó la cabeza de Bola con pequeños cuadrados de gasa y sobre la almohada apareció el espectáculo insólito de un cráneo calvo de perro unido a una extraña cara barbuda.

El Gran Sacerdote salió de su inmovilidad. Se irguió, miró la cabeza afeitada y dijo:
—Con tu bendición, Señor. Bisturí.

Bormental eligió entre los instrumentos dispuestos sobre la mesa un cuchillito de hoja encorvada y lo tendió al pontífice. Luego él también se puso guantes de goma negros.

—¿Está dormido? —preguntó Filip Filipovich.

—Está bien dormido.

Filip Filipovich apretó los dientes. Sus ojos adquirieron un brillo fulgurante mientras el bisturí trazaba sobre el vientre de Bola una línea larga y nítida. La piel cedió inmediatamente y la sangre salpicó hacia todos lados. Bormental se apresuró, taponó la herida con compresas de gasa y apretó los bordes con pequeñas pinzas semejantes a pinzas para azúcar. La sangre dejó de correr. En la frente de Bormental brotaban gotas de sudor. Filip Filipovich cortó de nuevo el pellejo y los dos hombres se pusieron a hurgar en el cuerpo de Bola con ganchos, tijeras, especies de garfios. Extirparon tejidos rosados y amarillos de los que goteaba un rocío sanguinolento. Filip Filipovich, que hacía girar su bisturí en el cuerpo del perro, gritó de pronto:

—¡Tijera!

Un instrumento brillante apareció como por arte de magia entre las manos del mordido. Filip Filipovich hurgó más hondo y con unos pocos movimientos ágiles retiró las glándulas genitales así como algunos trozos de carne.

Sudando a chorros, Bormental se precipitó hacia un frasco de vidrio del que sacó otras glándulas genitales, húmedas y flácidas. En las manos del profesor y de su asistente revolotearon algunos filamentos húmedos. Las agujas curvas chocaron contra las pinzas y las nuevas glándulas reemplazaron a las anteriores. El Gran Sacerdote se irguió, cubrió la herida con una compresa de gasa y ordenó:

—Cosa inmediatamente, doctor.

Volvió la cabeza para mirar el reloj blanco colgado en la pared:

—Catorce minutos ya —murmuró Bormental entre sus dientes apretados, mientras pinchaba una aguja curva en el tejido fofo.

Entonces los dos hombres empezaron a apresurarse como si los persiguiese la policía.

—¡Bisturí! —gritó Filip Filipovich.

El bisturí brotó solo entre sus manos.

El rostro del profesor adquirió un aspecto terrible. Un rictus descubría sus dientes de porcelana y oro. Con gesto rápido, trazó sobre la frente de Bola una corona roja; la

parte rasurada fue levantada como un escalpo y el hueso quedó al descubierto. Filip Filipovich gritó:

—¡Trépano!

Bormental le tendió una especie de berbiquí centelleante.

Mordiéndose el labio, el profesor comenzó a horadar alrededor del cráneo una serie de agujeritos separados un centímetro uno de otro. No demoraba más de cinco segundos en cada uno. Luego tomó una sierra de extraño aspecto, introdujo el extremo de la hoja en el primer agujero y empezó a aserrar como si se tratase de abrir una lata de conservas. El hueso crujía y vibraba ligeramente. Tres minutos más tarde, la calota craneana era retirada.

La bóveda del cerebro apareció entonces al desnudo, masa gris vetada de venas azuladas y manchas rojizas. Filip Filipovich acercó su tijera a la membrana duramáter y comenzó a cortar. En un momento dado brotó un chorro de sangre que estuvo a punto de regar el ojo del profesor y salpicó su gorro. Bormental se arrojó como un tigre, con una pinza en la mano, apretó, pellizcó y logró detener el chorro. El sudor le corría por el rostro que se le había encendido con manchas encarnadas; sus ojos iban incesantemente de las manos del profesor a la bandeja cargada de instrumentos de la mesita. En cuanto a Filip Filipovich, su expresión era propiamente aterradora. De su nariz escapaba un silbido y sus labios levantados descubrían los dientes mostrando las encías. Arrancó la envoltura y penetró más hondo, dejando al desnudo los hemisferios cerebrales. En ese instante Bormental palideció, posó la mano sobre el pecho de Bola y dijo con voz ronca:

—El pulso se debilita rápidamente...

Filip Filipovich le lanzó una mirada feroz, emitió un gruñido inarticulado y continuó manejando la tijera con mayor prisa. Bormental rompió una pequeña ampolla de vidrio, pasó su contenido a una jeringa y pinchó pérfidamente a Bola en la zona del corazón.

—Llego a la silla turca —exclamó Filip Filipovich.

Los guantes resbaladizos y ensangrentados extrajeron de la cavidad craneana el cerebro gris y amarillo del perro. Echó una breve mirada sobre la cara de Bola y Bormental se apresuro a romper una segunda ampolla llena de un líquido amarillo con el que llenó una larga jeringa.

—¿Al corazón? —preguntó tímidamente.

—¡Qué pregunta! —rugió el profesor, furioso—. De todas maneras, ya está diez veces muerto. Pínchelo. ¡Es increíble!

Su expresión era la de un bandido fanático.

El doctor hundió delicadamente la aguja en el corazón del perro.

—Vive aún, pero apenas.

—No es el momento de discutir si vive o no —exclamó Filip Filipovich, terrible—. Estoy en la silla. Si muere... Morirá de todas maneras... Al diablo...

Hacia las orillas sagradas del Nilo...

Déme la hipófisis.

Bormental le tendió un frasco lleno de líquido en el cual una especie de tapón blanco parecía pender del extremo de un hilo. Con una mano («Realmente, nadie lo iguala en Europa... ¡Qué hombre!», pensó confusamente Bormental), el profesor asió el taponcito blanco mientras que con la otra mano, armada de tijera, hurgaba entre los hemisferios separados y retiró otro tapón similar. Arrojó en un plato el de Bola y en su lugar colocó el otro; sus dedos cortos, que por milagro se habían vuelto finos y ágiles, se apresuraron para fijarlo mediante un hilo ambarino. Una vez terminada la operación, retiró del cráneo los separadores, una pinza, colocó nuevamente el cerebro en su lugar en la cavidad craneana, —retrocedió y preguntó con tono más calmo:

—¿Está muerto, naturalmente?

—El pulso es apenas perceptible —respondió Bormental.

—Aplíquele más adrenalina.

El profesor recubrió los hemisferios con su membrana, colocó exactamente la calota craneana, puso el escalpo encima y rugió:

—¡Cósalo!

Bormental cosió la cabeza en cinco minutos, no sin haber roto tres agujas.

Sobre la almohada, rodeada de sangre, se destacaba ahora la cara apagada y sin vida de Bola con el cráneo coronado por una herida circular.

Filip Filipovich se estiró totalmente, como un vampiro satisfecho; se quitó un guante en una nube de talco y de sudor, luego se arrancó el otro, lo arrojó al suelo y oprimió un botón contra la pared. Zina apareció en el marco de la puerta y volvió enseguida la cabeza para no ver a Bola ensangrentado.

Con sus manos de color de tiza, el Pontífice se quitó el gorro maculado de sangre y le gritó:

—Dame enseguida un cigarrillo, Zina. Y prepárame un baño y ropa limpia.

Con la barbilla apoyada en el borde de la mesa, Filip Filipovich levantó con dos dedos el párpado derecho del perro, miró el ojo moribundo y dijo:

—¡Caramba! Todavía no reventó. Pero de todas maneras no demorará en hacerlo. Es una lástima por el animal, doctor Bormental. Era afectuoso, aunque astuto.

V

Extracto del diario del Doctor Bormental

Un cuaderno delgado, de formato corriente, redactado por el doctor Bormental. Las dos primeras páginas son cuidadas, letra clara y apretada. Luego, su caligrafía se vuelve más abierta y nerviosa, con numerosos manchones de tinta.

22 de diciembre de 1924. Lunes.

Perro de laboratorio de aproximadamente dos años de edad. Macho. Raza: bastardo. Nombre: Bola. Pelo corto, enmarañado, parduzco con manchas rojizas. Cola de color crema. En el flanco derecho, huellas de una quemadura totalmente cicatrizada. Alimentación antes de haber sido encontrado por el profesor: mala; después de una semana: estado completamente satisfactorio. Peso: 8 kg (signos de admiración). Corazón, pulmones, estómago, temperatura...

23 de diciembre.

A las 8 y 5 de la noche se realizó por primera vez en Europa una operación por el método del profesor Preobrajenski: ablación bajo anestesia por cloroformo de los testículos de Bola reemplazados por testículos humanos con órganos anexos y conductos seminales extirpados a un hombre de veintiocho años, muerto 4 horas y 4 minutos antes de la operación y conservados en una solución fisiológica estéril, según el método del prof. Preobrajenski.

Inmediatamente después, trepanación de la calota craneana y ablación de la hipófisis, reemplazada por la del individuo antes mencionado.

Para la operación se utilizaron: ocho cubos de cloroformo, una jeringa de alcanfor, dos jeringas de adrenalina.

Observaciones: La experiencia de Preobrajenski con trasplante combinado de la hipófisis y de los testículos tiene por objeto dilucidar la cuestión del injerto de la

hipófisis y, a continuación, la de su influencia en el rejuvenecimiento del organismo en el hombre.

La operación ha sido realizada por el prof. F. F. Preobrajenski. Asistente: Dr. I. A. Bormental. Durante la noche que siguió a la operación: el pulso se debilitó varias veces en forma alarmante. Posibilidades de un desenlace mortal. Muy fuertes dosis de alcanfor según el método Preobrajenski.

24 de diciembre. Por la mañana, mejoría. Frecuencia de la respiración: duplicada. Temperatura: 42. Inyecciones subcutáneas de alcanfor y cafeína.

25 de diciembre. Nueva recaída. El pulso se percibe aún; enfriamiento de las extremidades; las pupilas no reaccionan. Adrenalina en el corazón, alcanfor según el método Preobrajenski, solución fisiológica por vía intravenosa.

26 de diciembre. Leve mejoría. Pulso 120, respiración 92, temperatura 41. Alcanfor, alimentación por vía rectal.

27 de diciembre. Pulso 152, respiración 50, temperatura 39,8. Las pupilas reaccionan. Alcanfor subcutáneo.

28 de diciembre. Sensible mejoría. A mediodía, sudación súbita y abundante. Heridas operatorias: sin complicaciones. Curaciones. Manifestación de apetito. Alimentación líquida.

29 de diciembre. Caída repentina del pelo en la frente y en los costados del tronco. Son llamados para consulta: el profesor Vasili Vasilievich Bundariev, titular de la cátedra de dermatología y el director del Instituto de Veterinaria de Moscú. Ninguna literatura anterior registró jamás un caso semejante. Diagnóstico reservado. Temperatura.

Anotaciones con lápiz.

Esta noche, primer ladrido (8h. 15). Cambio notable del timbre de voz, tono más grave. En los ladridos «aou-aou» se distinguen las vocales «a-o» con una entonación que en cierto modo se asemeja a un gemido.

30 de diciembre. La caída del pelo adquiere el aspecto de una alopecia general. Al ser controlado el peso, se obtuvo un resultado inesperado —30 kilos—, atribuido al crecimiento (alargamiento) de los huesos. El perro continúa acostado.

31 de diciembre. Apetito colosal.

Una mancha de tinta en el cuaderno,
seguida por una caligrafía apresurada.

A las 12 h. 12 el perro ladró claramente A-b-y-r.

Aquí el cuaderno se interrumpe y más lejos se lee,
error cometido sin duda bajo el efecto de la emoción

1.º de diciembre (tachado y corregido). 19 de enero de 1925. Esta mañana fue fotografiado. Encuentra placer en ladrar «Abyr» y repite la palabra con cierta alegría. A las 3 de la tarde (con letras grandes y destacadas) SE HA REIDO: Zina, la mucama, se desvaneció. Esta noche pronunció ocho veces seguidas la palabra «Abyr-valg», «Abyr».

Con lápiz, en caligrafía inclinada

El profesor descifró la palabra «Abyr-valg»: significa «Glavryba». Hay en esto algo de monstr...

2 de enero. Fue fotografiado con magnesio en el momento en que sonreía. Se levantó y se mantuvo con aplomo sobre sus patas posteriores durante media hora. Tiene casi mi estatura.

Hay una hoja intercalada en el cuaderno

La ciencia rusa estuvo a punto de experimentar una considerable pérdida.

Historia de la enfermedad del profesor F. F. Preobrajenski.

A la 1 y 13 minutos de la tarde, el profesor sufrió un síncope. Al caer se golpeó la cabeza con el travesaño de una silla. Temperatura.

En presencia de Zina y mía, el perro (si es que aún, puede llamárselo así) injurió groseramente al profesor Preobrajenski.

6 de enero (Escrito con lápiz, parte con tinta violeta).

Hoy, después que se le cayó la cola, pronunció muy claramente la palabra «cervercía».

El grabador graba.

Es una criatura del demonio.

* * *

Ya no sé qué pensar.

* * *

El profesor ya no recibe a nadie. Desde las cinco de la mañana, en la sala de curaciones ocupada por esta criatura, sólo se oyen las groserías más soeces y la expresión «otra copita».

7 de enero. Pronuncia numerosas palabras: «Cochero». «No hay más lugar», «Diario de la tarde», «El paraíso de los niños» y todas las obscenidades que contiene el vocabulario ruso.

Su aspecto es extraño. Sólo le quedó pelo en la cabeza, la barbilla y el pecho. El resto del cuerpo es lampiño, cubierto por una piel fofa. En lo que concierne a los órganos genitales, es casi un hombre. El volumen del cráneo aumentó considerablemente. La frente es baja y huidiza.

* * *

Estoy enloqueciendo.

* * *

Filip Filipovich no se ha restablecido aún. Soy yo quien se ocupa de la mayoría de las observaciones (grabaciones y fotográficas).

* * *

Por la ciudad empezó a difundirse el rumor del experimento.

* * *

Consecuencias incalculables. Durante todo el día, el pasaje vecino estuvo transitado por mujeres viejas y por vagabundos. Todavía hay curiosos que esperan bajo las ventanas. Los diarios de la mañana publicaron una información insólita: «Las presuntas noticias acerca de la presencia de un Marciano en el Pasaje Obukhov son totalmente infundadas. Fueron propaladas por los comerciantes de la Sukharevka y serán severamente reprimidas». ¿Qué significa esta historia de marciano? Es una verdadera pesadilla.

* * *

Las exageraciones y los disparates prosiguen. Un vespertino publicó la noticia de que había nacido un niño que toca el violín. También publica una ilustración: un violín y mi fotografía con la leyenda «El profesor Preobrajenski, quien practicó una operación cesárea a la madre».

Es increíble... Dice una nueva palabra: Miliciano.

* * *

Al fin de cuentas, la historia del violín fue por culpa de Daría Petrovna; como en un tiempo estuvo enamorada de mí, había sacado mi foto del álbum de Filip Filipovich. Cuando hice salir a los periodistas de la casa, uno de ellos se deslizó en la cocina, etc.

* * *

¡Lo que acontece a la hora de las visitas es increíble! Hoy hubo ochenta y dos llamados de la campanilla. El teléfono está desconectado. Todas las mujeres sin hijos han perdido la cabeza: nos acosan...

* * *

Reunión del Comité del edificio, bajo la presidencia de Schwonder. ¿Para qué? Ellos mismos lo ignoran.

8 de enero. El diagnóstico ha sido confirmado ya avanzada la noche. Como verdadero hombre de ciencia, Filip Filipovich reconoció su error: el reemplazo de la hipófisis no provoca el rejuvenecimiento sino una hominización completa (subrayado tres veces). Su sorprendente, asombroso descubrimiento no queda por ello disminuido.

Por primera vez caminó en el departamento. En el corredor, se rió al mirar la ampolla eléctrica. Luego, acompañado por Filip Filipovich y por mí, estuvo en el consultorio. Ya se mantiene firme sobre sus patas (tachado) sobre sus piernas y parece un hombrecillo deforme.

En el consultorio se rió mucho. Su sonrisa es desagradable, como artificial. Se rascó la nuca, echó una mirada alrededor de él y capté una palabra nueva, pronunciada con claridad: «Burgués». Blasfemó. Blasfema metódicamente, sin detenerse y, manifiestamente, sin razón alguna. Sus groserías tienen un poco el carácter de grabaciones fonográficas: parecería que esta criatura hubiese escuchado alguna vez obscenidades, las habría almacenado inconscientemente en su cerebro y ahora las larga en serie. Pero después de todo, no soy psiquiatra. Esas obscenidades producen una impresión muy penosa a Filip Filipovich. Por momentos olvida su papel de observador frío y metódico de los nuevos fenómenos y parece perder la paciencia. Así, en un momento en que el otro profería groserías, exclamó nerviosamente:

—¡Basta!

Pero sin resultado.

Después del paseo en el consultorio, tuvimos que unir nuestros esfuerzos para hacer regresar a Bola a la sala de curaciones.

A raíz de esto, Filip Filipovich y yo hemos intercambiado opiniones. Debo confesar que por primera vez veía a este hombre inteligente al máximo y tan seguro de sí mismo, dominado por el desconcierto. Tarareando como de costumbre, preguntó. «¿Y ahora, qué vamos a hacer?», y se contestó a sí mismo textualmente: El sastre, sí De Sevilla a Granada... El sastre, querido colega... Yo no entendía nada. Me explicó: «Hágame el favor, Iván Arnoldovich, de ir a comprarle ropa interior, un pantalón y una chaqueta».

9 de enero. Cada cinco minutos (como término medio) su vocabulario se enriquece con una palabra nueva y desde esta mañana forma frases. Se diría que esas frases, congeladas durante mucho tiempo en su conciencia, corren ahora que ha llegado el descongelamiento. Cada palabra nueva queda luego en uso. Desde anoche el grabador registró: «No empujen», «Patán». «Bájate del estribo», «Ya te voy a enseñar», «Reconocimiento de América», «Primus».

10 de enero. Lo hemos vestido. Aceptó de buen grado la camiseta; hasta se reía alegremente. Rehusó el calzoncillo, protestando con breves gritos roncós «A la cola, hijos de perra, a la cola». Ahora está vestido. Los calcetines le quedan un poco grandes.

(El cuaderno presenta aquí algunos dibujos esquemáticos, que verosímilmente representan las etapas de la transformación de la pata en pie humano).

La mitad posterior del esqueleto del pie se alarga. Los dedos se desarrollan. Uñas.

Enseñanza sistemática y reiterada del uso de los «toilettes». El servicio doméstico está consternado.

Pero hay que reconocer con justicia la capacidad de asimilación de la criatura. Todo marcha muy bien.

11 de enero. Se reconcilió totalmente con los pantalones. Pronunció una larga frase alegre: «Dame un cigarrillo y abotonaré mi bragueta».

En la cabeza, el pelo es suave y sedoso. Casi parece cabello. Pero las manchas rojizas en la parte superior persisten. Apetito colosal. Adora los arenques.

Esta tarde a las 5 se produjo un acontecimiento: por primera vez la criatura pronunció palabras que no eran independientes de los fenómenos ambientes, sino que se relacionaban con ellos. Cuando el profesor le dijo: «No arrojes las sobras al suelo», contestó inesperadamente: «Lárgate, miserable».

Filip Filipovich quedó estupefacto, pero dominándose le dijo:

—Si te atreves una vez más a hablar así, ya sea a mí o al doctor Bormental, te pesará.

Fotografié a Bola en ese preciso instante. Estoy seguro que había comprendido las palabras del profesor. Por su rostro se extendió una sombra de fastidio. Lanzó una mirada de reojo, malhumorado, pero se calmó.

¡Hurra! ¡Comprende!

12 de enero. Se pone las manos en los bolsillos. Ya no dice groserías. Silbó una cancioncilla. Mantiene una conversación.

No puedo evitar asentar algunas hipótesis. Al diablo con los problemas del rejuvenecimiento, al menos por ahora. Hay algo inconmensurablemente más importante: el asombroso experimento del profesor Preobrajenski reveló uno de los enigmas del cerebro humano. Ahora se conoce la función de la hipófisis: es lo que determina la fisonomía humana. Se puede decir que sus hormonas desempeñan un papel preeminente en el organismo: son las hormonas de la fisonomía externa. Un nuevo campo de acción se abre a la ciencia: un homúnculo ha sido creado sin recurrir a las retortas de Fausto. El escalpelo del cirujano ha dado vida a una nueva entidad humana. Profesor Preobrajenski ¡es usted un creador! (Manchón de tinta).

Pero me estoy extraviando... Decía pues que mantiene una conversación. De acuerdo con mis suposiciones, las cosas ocurrieron así: el injerto de la hipófisis puso en marcha el centro de la palabra en el cerebro del perro y los vocablos fluyeron como un torrente. Creo que estamos frente a un cerebro vivificado, un cerebro cuyas posibilidades han sido liberadas y no a una creación íntegramente nueva. ¡Oh, admirable confirmación de la teoría de la evolución! ¡Oh, cadena sublime desde el perro hasta el químico Mendeleiev! Formulo también otra hipótesis: En el curso del período canino de su vida, Bola acumuló una cantidad de nociones. Todas las palabras con las cuales comenzó a expresarse son palabras de la calle, que había oído y grabado en su cerebro. Ahora, cuando camino por la calle, miro a sus excongéneres que cruzo con secreto terror. Sólo Dios sabe lo que pueden contener sus cerebros.

* * *

Bola leía. Leía (tres signos de admiración). Me lo hizo comprender el Glavryba: leía, pero comenzando por el final de las palabras. Y también sé donde se encuentra la razón de este extraño hecho: en el cruce de los nervios ópticos en el perro.

* * *

En Moscú ocurren cosas que rebalsan la capacidad del entendimiento. Siete comerciantes de la Sukharevka ya fueron detenidos por haber difundido el rumor de que la llegada de los bolcheviques anunciaba el fin del mundo. Daría Petrovna me lo dijo, y hasta me pronosticó la fecha exacta: el 28 de noviembre de 1929, día de San

Esteban, mártir, la Tierra, chocará con el Eje celeste... Hasta hay pillos que organizan conferencias. Con esta hipótesis nos hemos metido en un buen lío; sólo tenemos un deseo: salir corriendo del departamento. A ruego de Filip Filipovich me instalé aquí y paso las noches en la sala de espera, con Bola. La sala de curaciones fue transformada en sala de espera. Schwonder tenía razón. El Comité del edificio continúa molestando. Ya no queda un solo vidrio de los armarios sano debido a los saltos de Bola. Nos hemos dado por vencidos.

* * *

Filip Filipovich observa una conducta extraña. Cuando le comuniqué mi hipótesis y mi esperanza de que Bola llegue a alcanzar un elevado desarrollo psíquico, se burló de mí y me contestó: «¿Lo cree?», con tono siniestro. ¿Me habré equivocado? ¿Tendría el viejo algo en mente? Mientras me ocupo de la historia clínica, él estudia los antecedentes del hombre cuya hipótesis hemos extraído.

* * *

(Hoja intercalada en el cuaderno).

Klim Grigorevich Tchugunkin, veintiocho años, soltero. Apolítico, simpatizante. Juzgado tres veces y sobreseído otras tantas: la primera por insuficiencia de pruebas; la segunda, por causa de sus orígenes sociales; la tercera condenado a quince años de trabajos forzados, con sobreseimiento. Robos. Profesión: ejecutante de balalaika en las posadas.

Estatura baja, conformación débil. Hígado dilatado (alcoholismo). Causa de la muerte: cuchillada en el corazón durante una riña en una cervecería (la Signal-Stop, cerca de la barrera Preobrajenski).

* * *

El viejo trabaja sin descanso estudiando la personalidad de Klim. No entiendo por qué. Rezongó algo por el hecho de que no se le había ocurrido examinar detenidamente el cadáver de Klim en el departamento anátomo-patológico. No comprendo lo que busca. ¿Qué importancia puede tener la persona a quien pertenecía la hipótesis?

17 de enero. Estos últimos días no hice anotaciones en el diario. Tenía gripe. Entretanto, Bola ha adquirido su aspecto definitivo.

- a) Estructura corporal totalmente análoga a la de un hombre.
- b) Peso: 50 kg, aproximadamente.

- e) Estatura: baja.
 - d) Cabeza: pequeña.
 - e) Comenzó a fumar.
 - f) Ingiere alimentos humanos.
 - g) Se viste solo.
 - h) Se expresa con facilidad.
- ¡He ahí el trabajo de la hipófisis!, (manchón de tinta).

* * *

Termino aquí este diario. Estamos en presencia de un organismo nuevo: hay que estudiar todo desde el comienzo.

Documentos adjuntos: estenogramas de los discursos, grabaciones fonográficas, fotografías.

Firmado: El asistente del profesor F. F. Preobrajenski, Doctor Bormental.

VI

Una noche de invierno. A fines de enero, en el marco de la puerta de la sala de espera ha sido fijada una hoja de papel blanco en la que se reconoce la caligrafía de Filip Filipovich:

Prohibido comer semillas de girasol en el departamento.

F. Preobrajenski.

Y en grandes letras escritas con lápiz azul por mano de Bormental:

Prohibido tocar instrumentos de música entre las cinco de la tarde y las siete de la mañana.

Luego, la caligrafía de Zina:

Cuando usted vuelva dígame a Filip Filipovich que no sé adónde fue. Fiodor dijo que estaba con Schwonder.

Escrito por Preobrajenski:

¿Tendré que esperar al vidriero durante ciento siete años?

Finalmente, por Daría Petrovna (en caracteres de imprenta):

ZINA FUE A LA TIENDA, DIJO QUE EL VIDRIERO IBA A VENIR.

El comedor había adquirido su aspecto nocturno debido a la lámpara cubierta por la pantalla roja. La luz se reflejaba en el aparador cuyos espejos trizados habían sido remendados por medio de tiras de papel pegadas en cruz. Inclinado sobre la mesa, Filip Filipovich se hallaba absorbido por la lectura de un periódico de gran tamaño. Tenía el rostro alterado y murmuraba entre dientes breves frases sin ilación. He aquí el artículo que tenía bajo la vista:

«No cabe duda alguna de que se trata de un hijo ilegítimo (como se decía en la podrida sociedad burguesa). Éstas son, pues, las diversiones de nuestra burguesía seudosabia. Un cualquiera puede permitirse el lujo de ocupar siete habitaciones hasta

el día en que la espada implacable de la justicia caiga sobre él entre resplandores rojos».

Schw...r.

En una habitación vecina alguien tocaba obstinadamente la balalaika con incansable virtuosismo y las sutiles variaciones de «Brilla la luna» venían a agregarse al contenido del artículo, formando en la cabeza de Filip Filipovich una odiosa amalgama. Luego de terminar su lectura escupió vigorosamente por encima de su hombro y se puso a tararear maquinalmente y a media voz:

—Brilla la luna... Brilla la luna... Brilla la... Maldita melodía. Ahora también se me contagia a mí.

Tocó el timbre. La cabeza de Zina apareció en la puerta.

—Dile que termine, son las cinco; y por favor, hazlo venir aquí.

Filip Filipovich estaba sentado en un sillón junto a la mesa. Entre los dedos de su mano izquierda sostenía un cigarrillo en cuyo extremo brillaba el punto rojo de la lumbre. Un hombre de pequeña estatura y aspecto poco atractivo se apoyaba en el marco de la puerta. Tenía la cabeza cubierta de cabellos rígidos semejantes a una mata de maleza en un campo desbrozado y una pradera hirsuta le cubría las mejillas. El escaso desarrollo de la frente llamada la atención: casi inmediatamente encima del pelo negro de las cejas separadas comenzaba el cepillo duro de los cabellos.

Vestía una chaqueta agujereada bajo el brazo izquierdo, salpicada de briznas de paja y un pantalón a rayas cuya pierna derecha estaba rota en la rodilla mientras la izquierda ostentaba numerosas manchas moradas. Llevaba al cuello una corbata de violento tono azul, adornada con un alfiler que lucía un falso rubí. El color de esta corbata era tan agresivo que por momentos, al cerrar los ojos cansados, Filip Filipovich veía aparecer en el cielorraso o en la pared un lampo flameante rodeado por un halo azul. Y cuando volvía a abrirlos era cegado nuevamente por el haz de luz que proyectaban desde el suelo los botines charolados del hombre, cubiertos en parte por polainas blancas.

«Parecen galochas», pensó Filip Filipovich, fastidiado, resoplando y sacando una bocanada de humo de su cigarrillo medio apagado. Desde el umbral, el hombre lo observaba con mirada distraída, fumando un cigarrillo cuya ceniza le caía sobre la pechera de la camisa. El reloj de pared colocado junto a una perdiz de madera, indicaba las cinco. El eco de las campanadas se prolongaba aún cuando Filip Filipovich comenzó a hablar.

—Creía haberle dicho ya en dos ocasiones que no duerma en la cocina. ¡Y con mayor razón durante el día!

El hombre soltó una tosecilla ronca, como si quisiera despejarse la garganta y contestó:

—El aire es mejor en la cocina.

Tenía una voz extraña, bronca y que, al mismo tiempo, resonaba como si brotase del interior de un pequeño barril.

Filip Filipovich agitó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde encontró ese horror? Me refiero a su corbata.

Los ojos del hombre siguieron la dirección del dedo y miraron amorosamente la corbata por encima de los labios prominentes.

—¿Qué «horror»? Es una corbata de lujo. Me la regaló Daría Petrovna.

—Daría Petrovna le regaló un espanto, así como esos botines: ¿qué son esas inepticias centelleantes? ¿De dónde vienen? ¿Qué le había dicho yo? De comprarse calzado a-de-cua-do; mire lo que lleva en los pies. ¿No me dirá que los eligió el doctor Bormental, supongo?

—Le dije que los quería charolados. ¿Acaso soy peor que el resto de la gente? Vaya a ver por la ciudad, todos tienen botines charolados.

El profesor agitó nuevamente la cabeza y prosiguió, recalcando sus palabras:

—Basta de dormir en la cocina. ¿Comprendido? ¡Qué coraje! Allí molesta. Hay señoras.

El rostro del hombre se volvió huraño y una mueca le hinchó los labios.

—Señoras, señoras... ¡Hágame el favor! Simples sirvientas y se consideran tan importantes como mujeres de comisarios del pueblo. Es esa Zinka quien anda todo el tiempo diciendo chismes.

Filip Filipovich le lanzó una mirada severa.

—¡Le prohíbo que llame «Zinka» a Zina! ¿Entendido?

Silencio.

—¿Entendido, le pregunto?

—Entendido.

—Se va a quitar esa porquería del cuello... Usted... En fin, mírese un poco al espejo. Parece un payaso.

Y no tire sus colillas en el suelo, se lo repito por centésima vez. ¡Que yo no oiga más un solo insulto en este departamento! Prohibido escupir. Aquí tiene una salivadera. Aprenda a usar correctamente el orinal. Y deje de fastidiar a Zina. Se quejó de que usted está siempre acosándola en la oscuridad. ¿Y quién contestó a un paciente: «¡Qué sé yo, hijo de perra!»? ¿Dónde se cree que está? ¿En un tugurio?

—Usted no deja de reprenderme por todo, papaíto —lloriqueó el hombre.

Las mejillas de Filip Filipovich se encendieron y sus ojos lanzaron destellos.

—¿De dónde saca eso de papaíto? ¿Qué familiaridades son éstas? ¡No quiero volver a oír jamás esas palabras! ¡Lámeme por mi nombre y mi patronímico!

En el rostro del hombre se dibujó una expresión insolente.

—Siempre lo mismo... Prohibido escupir... Prohibido fumar... Prohibido ir allá... Uno parece estar en un tranvía. ¿No puede dejarme vivir un poco? En cuanto a lo de «papaíto», está perdiendo el tiempo. ¿Acaso yo le pedí que me hiciese esta operación?

El hombre ladraba con indignación.

—¡Ésta sí que es buena! Toman un animal, le tajan el cráneo a cuchilladas y todavía se hacen los delicados. ¿Me preguntaron si yo estaba de acuerdo para que me operasen? Además (el hombre alzó la mirada hacia el cielorraso como buscando recordar alguna fórmula), tampoco mis padres fueron consultados. Tal vez tengo derecho a iniciar una acción judicial.

Los ojos de Filip Filipovich se volvieron completamente redondos, el cigarrillo se le cayó de los dedos. «He aquí al hombre», pensó fugazmente.

—¿Se queja de que lo hemos transformado en ser humano? —preguntó arrugando el ceño—. ¿Quizá prefiera seguir revolviendo los tachos de basura? ¿O helarse bajo los portales? Si yo hubiese sabido...

—Siempre me está reprochando algo; la basura, la basura... ¿Y si me hubiese muerto en la mesa de operaciones? ¿Qué me puede contestar, camarada?

—¡Filip Filipovich! —gritó el profesor, furioso—. Y no soy su «camarada». ¡Es monstruoso!

«Una pesadilla, una verdadera pesadilla», pensó.

—Desde luego... —dijo irónicamente el hombre, cuadrándose sobre sus piernas con gesto de triunfo. No somos camaradas. Ni mucho menos. No hemos estudiado junto en la universidad ni ocupamos departamentos de quince habitaciones con cuartos de baño. Pero ya es tiempo de olvidar todo eso. Hoy toda la gente tiene derecho a...

Palideciendo, Filip Filipovich escuchaba los razonamientos del hombre. Éste se interrumpió y se dirigió ostensiblemente hacia el cenicero, sosteniendo en su mano un cigarrillo mordisqueado. Tenía un aspecto caótico. Aplastó la colilla apoyándole encima repetidas veces el dedo pulgar con una expresión que significaba claramente: «¡Toma, toma y toma!». Después de haber apagado la colilla castañeteó los dientes y se metió la nariz bajo la axila.

—¡Las pulgas se sacan con los dedos! ¡Con los dedos! —exclamó Filip Filipovich iracundo—. Y no comprendo cómo se las arregla para agarrarlas.

—¿Acaso cree que hago cría de pulgas? —se ofendió el hombre—. Aparentemente, son ellas quienes me quieren a mí...

Sus dedos hurgaron en el forro de la manga y sacaron un trozo de algodón rojizo.

Filip Filipovich levantó la vista hacia las guiraldas del cielorraso y tamborileó sobre la mesa con los dedos. Después de haber matado la pulga, el hombre fue a sentarse en una silla, y apoyó las manos en las solapas de su chaqueta. Bajó la mirada hacia el

piso y se puso a contemplar sus botines, lo cual pareció proporcionarle una inmensa satisfacción. Filip Filipovich lanzó un vistazo a los botines de extremos cuadrados que despedían vivos reflejos, entornó los párpados y prosiguió:

—¿Tiene algo más qué decirme?

—Sí, algo muy simple. Filip Filipovich: necesito un documento de identidad.

Filip Filipovich experimentó un leve estremecimiento.

—¡Humm!... ¡Diablos! ¡Un documento de identidad! Bueno de una manera u otra se podrá tal vez...

La voz revelaba inquietud y falta de seguridad.

—Perdóneme —contestó el hombre con decisión—, pero ¿qué puedo hacer sin documentos? Usted sabe muy bien que está absolutamente prohibido vivir sin ellos... En primer término, el comité del edificio...

—¿Qué tiene que ver con esto?

—¡Cómo, qué tiene que ver! Cada vez que me encuentro con alguien me preguntan: ¿cuándo vas a ir a registrarte?

—¡Dios mío! —exclamó Filip Filipovich desalentado—, se encuentran, preguntan... Imagino lo que les contesta. Sin embargo le prohibí andar vagando por la escalera.

—¡Vamos, al fin de cuentas no soy un presidiario! (La conciencia que tenía de sus derechos parecía dar mayor brillo a su rubí de pacotilla). «¿Y qué es eso de vagando?» Sus palabras son más bien ofensivas. Camino, como toda la gente, y al decir estas palabras golpeaba el piso con sus botines charolados.

Filip Filipovich calló y desvió la mirada. «Tengo que contenerme», pensó. Fue hasta el aparador y se sirvió un vaso de agua que bebió de un sorbo.

—Muy bien —prosiguió con mayor calma—, sólo es cuestión de palabras, no tiene importancia. Entonces ¿qué le dijo el adorable comité del edificio?

—¿Qué quiere que diga? Y no tiene por que tratarlo de «adorable». Defiende intereses.

—¿Los intereses de quién?... si puedo preguntárselo.

—¡De los trabajadores; todo el mundo lo sabe!

Filip Filipovich, abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Por qué? ¿Usted es un trabajador?

—Evidentemente. No soy un inútil.

—Bueno. ¿Qué más necesita el comité para defender sus intereses revolucionarios?

—Usted lo sabe. Tengo que registrarme. Dicen que jamás se ha visto que alguien viva en Moscú sin estar registrado. Pero lo más importante son los documentos militares. No quiero ser un desertor. También están el sindicato, la bolsa de trabajo...

—¿Y puede decirme dónde tengo que registrarlo? ¿En este mantel o en mi pasaporte? Hay que considerar su situación. No olvide que usted es... Hmm... es, digamos, una aparición nueva, una criatura de laboratorio.

El tono de Filip Filipovich se volvía cada vez menos firme.

El hombre se encerró en un silencio triunfal.

—Muy bien. ¿Qué hay que hacer, por fin, para registrarlo y dar amplia satisfacción a su comité del edificio? Usted no tiene nombre ni apellido.

—No es verdad. Puedo elegirme un nombre. Basta con anunciarlo en un periódico y asunto terminado.

—¿Y cómo quiere llamarse?

El hombre enderezó el nudo de su corbata y anunció:

—Poligraf Poligrafovich.

—No se haga el imbécil —repuso refunfuñando Filip Filipovich—, le hablo en serio. Una sonrisa sarcástica torció el bigote del hombre:

—Hay algo que no entiendo —prosiguió en tono cordial y razonable—. No debo blasfemar, no debo escupir. Y todo lo que usted me dice es «Imbécil, Idiota». Aparentemente, sólo los profesores tienen el derecho de decir palabras groseras en la U.R.S.S.

El rostro de Filip Filipovich se congestionó. Fue a servirse un vaso de agua que se le cayó de las manos y se rompió; se sirvió otro y pensó: «No va a demorar en aleccionarme y tendrá toda la razón. No sé dominarme».

Volvió junto al hombre, se inclinó con exagerada cortesía y pronunció con voz firme y glacial:

—Per-dó-ne-me. Tengo los nervios excitados. Su nombre me pareció extraño. ¿Puedo saber dónde lo encontró?

—Me lo aconsejó el comité del edificio. Buscaron en el calendario. Me preguntaron cuál quería y elegí.

—En ningún calendario puede encontrarse un nombre así.

El hombre sonrió.

—Me sorprende. En la sala de curaciones tiene uno colgado.

Sin moverse de su lugar, Filip Filipovich oprimió un timbre bajo la mesa y apareció Zina.

—El calendario de la sala de curaciones.

Zina regresó pocos instantes después con el calendario.

—¿Dónde? —preguntó el profesor.

—Se celebra el 4 de marzo.

—A ver... hmm... Diablos... Arrójelo al fuego, Zina, ¡jenseguida!

Zina salió aprisa con el calendario mirando con ojos asustados al profesor, y el hombre meneó la cabeza con reprobación.

—¿Y puedo conocer su apellido?

—Estoy dispuesto a conservar mi apellido hereditario.

—¿Hereditario? ¿Es decir?

—Bolla. Con elle.

* * *

En el consultorio del profesor se encontraba Schwonder, presidente del comité del edificio. Vestía una chaqueta de cuero y permanecía de pie junto al escritorio. El doctor Bormental estaba sentado en un sillón. Tenía las mejillas avivadas por el frío (acababa de entrar) y parecía tan desamparado como Filip Filipovich, sentado junto a él.

—¿Qué debemos escribir? —preguntó este último.

—Nada complicado —comenzó Schwonder—. Redacte un certificado, ciudadano profesor, declarando que el portador del presente es efectivamente Bolla Poligraf Poligrafovich... este... engendrado en su departamento ...

Bormental se sentía incómodo en su sillón. Un tic nervioso agitaba el bigote de Filip Filipovich.

—Hmm... ¡Diablos! No se puede imaginar nada más estúpido. Engendrado no es el término exacto, sino simplemente... en fin...

—Que haya sido engendrado o no, es cosa suya —comentó Schwonder con perversa alegría—. Al fin de cuentas, profesor, fue usted quien realizó el experimento. ¡Usted creó al ciudadano Bolla!

—Es muy simple —ladró Bolla, que admiraba en el espejo de la biblioteca el reflejo de su corbata.

—Le quedaré agradecido si no se inmiscuye en la conversación —protestó el profesor. De nada vale decir que es muy simple, cuando en realidad dista mucho de ser simple.

—¡Cómo! ¿No tengo derecho a inmiscuirme? —rezongó Bolla, ultrajado.

Schwonder tomó inmediatamente su defensa.

—Permítame, profesor, el ciudadano Bolla tiene toda la razón. Está en su derecho de participar en una discusión que decide su suerte, y tanto más cuanto se trata de documentos de identidad: ¡los documentos son lo más importante que existe en el mundo!

En ese momento la campanilla ensordecedora del teléfono interrumpió todas las conversaciones. Filip Filipovich descolgó el receptor, dijo: «Sí», su rostro se encendió de ira y rugió:

—Le ruego no molestarme por sandeces. ¿A usted qué le importa? —Y volvió a colgar violentamente el tubo.

El rostro de Schwonder reflejaba una beatífica alegría.

—Ahora terminemos de una vez —exclamó Filip Filipovich, arrebatado.

Arrancó una hoja de un anotador, escribió algunas palabras y leyó con voz irritada:

—«Por la presente certifico». —Al diablo si... Hmm... «que el portador de la presente resulta de un experimento de laboratorio durante el cual fue practicada una intervención en su cerebro y que necesita documentos de identidad»... De todas maneras estoy en contra de estas idioteces de papeleos... Firmado: Profesor Preobrajenski.

—Resulta bastante extraño, profesor —se ofuscó Schwonder—, que pueda tratar esos documentos de idioteces. No puedo admitir en esta casa la presencia de un inquilino desprovisto de documentos de identidad y que, por añadidura, no está registrado en las listas de conscripción. ¿Qué pasaría si llegara a estallar la guerra contra los buitres del imperialismo?

—Jamás iré a pelear —chilló de pronto Bolla, mirando la biblioteca.

—Sus palabras revelan una gran inconsciencia, ciudadano Bolla. Es imprescindible figurar en las listas de conscripción.

—Acepto que se me inscriba, pero para pelear ¡al cuerno! —replicó Bolla con aplomo, reajustándose el nudo de la corbata.

Le tocó entonces a Schwonder alterarse. Preobrajenski dirigió a Bormental una mirada furiosa y apenada a la vez: Linda moral ¿no le parece? El doctor respondió moviendo significativamente la cabeza.

—Fui herido gravemente durante la operación —gimió Bolla sombrío—. Vea cómo me remendaron —agregó, mostrando su frente surcada por una cicatriz reciente.

—¿Acaso sería usted un anarco-individualista? —preguntó Schwonder levantando bien alto las cejas.

—Me otorga el derecho a eximirme —replicó Bolla.

—Muy bien, de acuerdo, ya veremos más adelante —respondió Schwonder sorprendido. Por el momento vamos a enviar el certificado a la policía para obtener los documentos.

—Es que... —lo interrumpió de pronto Filip Filipovich visiblemente acosado por una idea fija— ¿no tendría usted una habitación libre en la casa? Estoy dispuesto a comprarla.

Los ojos pardos de Schwonder se llenaron de chispas amarillentas.

—No, profesor, lo lamentamos mucho. Y no hay ninguna en perspectiva.

El profesor frunció los labios y no contestó. La estridente campanilla del teléfono volvió a sonar. Sin pronunciar una sola palabra, Filip Filipovich arrancó violentamente el receptor del aparato y lo dejó balancearse al extremo del hilo azul. Todos se habían sobresaltado. «El viejo no da más de los nervios», pensó Bormental. Schwonder ametralló a los presentes con sus miradas, saludó y salió. Bolla corrió tras él haciendo crujir las suelas de sus zapatos.

El profesor y Bormental quedaron solos.

Después de un instante de silencio, Filip Filipovich meneó suavemente la cabeza y dijo:

—Es una pesadilla, una verdadera pesadilla.

—¿No lo vio? Le juro querido doctor, sufrí más en dos semanas que durante los últimos catorce años. ¡Qué individuo!

Se oyó a lo lejos el ruido apagado de un vidrio roto, luego un grito de mujer, agudo pero breve. Una fuerza maligna se coló por los cortinados del corredor, dirigida hacia la sala de curaciones; de pronto hubo un estrépito y el ruido siguió en dirección inversa. Resonó un portazo. De la cocina llegó el débil eco de un grito lanzado por Daría Petrovna. Luego el de un aullido proferido por Bolla.

—¡Por Dios! ¿Qué pasa ahora? —exclamó Filip Filipovich lanzándose hacia la puerta.

«Un gato» pensó Bormental; y salió corriendo detrás del profesor. Los dos hombres atravesaron a toda prisa el corredor, irrumpieron en el vestíbulo y se dirigieron al cuarto de baño. Zina salió de la cocina y se arrojó literalmente en brazos de Filip Filipovich.

—¿Cuántas veces repetí que no dejaran entrar gatos? —gritaba éste, fuera de sí—. ¿Dónde está? ¡Iván Arnoldovich, por amor del cielo, vaya a tranquilizar a los pacientes que están en la sala de espera!

—¡En el cuarto de baño, el maldito! ¡Está en el cuarto de baño! —gritaba Zina sin aliento.

Filip Filipovich se arrojó contra la puerta del cuarto de baño, que ofreció fuerte resistencia.

—¡Abra inmediatamente!

Por toda respuesta algo saltó contra las paredes y detrás de la puerta cerrada; se oyó un ruido de palanganas rotas y la voz de Bolla que rugía: ¡Voy a matarlo aquí mismo! El agua corría ruidosamente por las cañerías.

Filip Filipovich forcejeaba con la puerta, tratando de hacerla ceder. Daría Petrovna apareció en el umbral de la cocina, sudorosa, con el rostro descompuesto. Una pequeña claraboya situada a nivel del cielorraso entre la cocina y el cuarto de baño se rajó; algunos fragmentos de vidrio se desprendieron y tras los mismos surgió, como un polizonte, un enorme gato atigrado de increíble tamaño, que llevaba una cinta azul alrededor del cuello. Cayó en pleno sobre la mesa, en medio de una gran fuente que se partió en dos; saltó al suelo, se mantuvo un instante en equilibrio sobre tres patas, agitando la cuarta como si ensayase una figura de ballet y desapareció por un angosto intersticio que daba a la escalera de servicio. El intersticio se ensanchó y en lugar del gato apareció la cara de una vieja envuelta en una pañoleta. Una falda con lunares blancos hizo su entrada en la cocina. La vieja se restregó la boca desdentada entre el índice y el pulgar, recorrió la cocina con sus ojillos penetrantes y exclamó:

—¡Señor Jesús!

Filip Filipovich, lívido, atravesó la cocina y le preguntó con tono amenazador:

—¿Qué quiere?

—Me gustaría mucho ver el perro que habla —respondió obsequiosa la anciana y se santiguó.

Filip Filipovich palideció aún más, se acercó a la vieja hasta tocarla y profirió con voz ahogada:

—¡Desaparezca de aquí enseguida!

La mujer retrocedió y dio la vuelta, exclamando con tono ofendido:

—¡Es usted realmente mal educado, señor profesor!

—¡Afuera, dije!

Los ojos de Filip Filipovich se habían vuelto tan redondos como los de un búho. Después que se marchó la vieja, fue a cerrar la entrada de servicio dando un portazo.

—Daría Petrovna, le había recomendado muy bien...

Darí Petrovna se retorció los puños de desesperación.

—Pero Filip Filipovich ¿qué quiere que haga? Es así todos los días, la misma multitud... Dan ganas de abandonar todo.

En el cuarto de baño el agua seguía corriendo con ruido sordo y amenazador, pero las voces habían callado. Apareció el doctor Bormental.

—Iván Arnoldovich, escúcheme por favor... Hmm... ¿Cuántos pacientes hay?

—Doce.

—Dígales que se marchen. Hoy no atenderé a nadie.

Filip Filipovich golpeó la puerta con los nudillos y gritó:

—¡Salga inmediatamente! ¿Por qué se encerró?

—¡Uau! ¡Uau! —respondió la voz quejosa y malhumorada de Bolla.

—¡No entiendo nada, caramba! ¡Cierre el agua!

—¡Uau, uau!

—¡Cierre el agua! ¡No entiendo lo que hace!...

Filip Filipovich chillaba, fuera de sí. Daría y Zina contemplaban el espectáculo desde la cocina. El profesor recomenzó a desquitarse contra la puerta.

—¡Allí está! —gritó Daría Petrovna desde la cocina.

Filip Filipovich se precipitó. Por la claraboya rota asomaba la cabeza de Poligraf Poligrafovich. Tenía el rostro convulsionado, los ojos llorosos y sobre la nariz se extendía la huella de un arañazo reciente.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Filip Filipovich—. ¿Por qué no sale?

—Me encerré con llave.

—Gire la llave, pues. ¿Nunca vio una cerradura?

—No quiere abrirse.

—¡Dios mío! ¡Puso el seguro! —exclamó Zina juntando las manos.

—¡El botón, encima de la cerradura! —gritaba Filip Filipovich esforzándose por cubrir el ruido del agua—. ¡Empújelo hacia abajo! ¡Apoye hacia abajo! ¡Hacia abajo!

Bolla desapareció y volvió a aparecer algunos instantes más tarde por la abertura.

—¡No veo más nada! —ladró aterrorizado.

—¡Encienda la luz! ¡Se ha vuelto rabioso!

—Ese gato asqueroso rompió la lamparilla —respondió Bolla—. Iba a atraparlo, a ese granuja, pero abrió un grifo y ahora no lo encuentro más.

El agua se filtraba bajo la puerta del cuarto de baño inundando el corredor. Daría Petrovna puso un trapo de piso y los tres, juntando las manos para sostenerlo, permanecían inmóviles en esa postura.

El doctor Bormental enrolló la alfombra del corredor que colocó en lugar del trapo de piso y unió sus esfuerzos a los de las mujeres, a fin de evitar el paso del agua, por debajo de la puerta.

Por fin llegó Fiodor, el portero, a quien Filip Filipovich había ido a llamar. Alumbrándose con un cirio que sin duda había servido en la boda de Daría Petrovna, y trepado sobre un taburete, Fiodor trataba de alcanzar la claraboya. El fondo de su pantalón a grandes cuadros grises apareció un instante suspendido en el aire y luego desapareció por la abertura.

—Wuuu-uuu...

A través del estrépito del agua, Bolla proseguía sus lamentos. Se oyó la voz de Fiodor.

—Habrá que abrir, Filip Filipovich. Paciencia por el agua; la secaremos en la cocina.

El trío abandonó su puesto sobre la alfombra y la puerta del cuarto de baño se abrió y el agua inundó violentamente el corredor. Se formaron tres corrientes: la primera se escurrió hacia el «toilette» de enfrente, la segunda tomó la dirección de la cocina y la tercera invadió el vestíbulo a la izquierda. Chapaleando y dando pequeños saltos, Zina fue a cerrar la puerta de servicio, que Fiodor había dejado abierta al entrar.

Con el agua hasta los tobillos, Fiodor sonreía sin saber por qué. Estaba completamente empapado.

—Me costó bastante, había mucha presión —explicó.

—¿Y el otro, qué se hizo de él? —preguntó Filip Filipovich levantando una pierna y profiriendo una imprecación.

—Tiene miedo de salir —explicó Fiodor sonriendo tontamente.

—¿Me va a pegar, papaíto?

Era la voz quejumbrosa de Bolla que llegaba desde el cuarto de baño.

—¡Idiota! —se limitó a responder Filip Filipovich.

Zina y Daría Petrovna con las faldas levantadas hasta las rodillas, luego Bolla y el portero, descalzos y con los pantalones arremangados, embebían el agua del piso de la cocina con trapos que retorcían en la pileta y en baldes. El horno, olvidado, roncaba.

El agua que salía por la puerta de servicio ya corría por la escalera y bajaba, hasta el subsuelo.

En el vestíbulo, Bormental, en puntas de pies en medio de un enorme charco, parlamentaba con los pacientes a través de la puerta entreabierta, retenida por la cadena.

—Hoy no hay consultas, el profesor no se siente bien. Hagan el favor de apartarse de la puerta, se rompió un caño de agua...

—Y cuándo se reanudarán las consultas —insistía una voz detrás de la puerta—. Sólo me bastan unos pocos minutos...

—Imposible (Bormental apoyó los tacos en el suelo). El profesor está en cama y se rompió un caño. ¡Mañana! ¡Zina! Sea amable, venga a secar aquí, de lo contrario el agua correrá por la escalera principal.

—Los trapos de piso no alcanzan.

—Vamos a tomar utensilios —gritó Fiodor—. ¡Enseguida!

La campanilla seguía sonando repetidas veces y Bormental continuaba con los pies en el agua.

—¿Para cuándo la operación?

La voz insistía y el hombre pugnaba por deslizarse por la puerta entreabierta a pesar de la cadena.

—Se rompió un caño...

—Tengo galochas ...

Tras la puerta se agolpaban siluetas oscuras.

—Imposible, vuelvan mañana...

—Pero reservé turno para hoy.

—Mañana. La rotura del caño causó un desastre.

Con un jarro en la mano, Fiodor se dedicaba a secar el lago extendido a los pies del doctor. Bolla, por su parte, había imaginado un nuevo procedimiento: había confeccionado un grueso rollo de trapo que empujaba ante él, reptando en el agua desde el vestíbulo hasta el «toilette».

Daríá Petrovna estaba furiosa.

—¿No podrías retorcerlo en el inodoro, en vez de arrastrarlo así por todo el departamento, bribón?

—¿Qué inodoro? —respondía Bolla revolviendo el agua turbia—. ¿No ve que va a correr hacia afuera?

Apareció un taburete crujiente gracias al cual Filip Filipovich, con calcetines rayados azul y blanco, se deslizaba lentamente por el corredor esforzándose por mantener el equilibrio.

—No atienda más, Iván Arnoldovich, y váyase a descansar a su habitación; le voy a dar chinelas...

—No es nada, Filip Filipovich; son tonterías.

—Por lo menos póngase galochas.

—Importa poco. De todas maneras ya tengo los pies empapados.

—¡Dios mío! —exclamó el profesor.

—¿Vio lo que hizo ese desdichado animal? —exclamó de pronto Bolla, quien, en cuclillas, recogía el agua con una sopera.

Bormental cerró la puerta y no aguantando más, soltó una carcajada. Las aletas de la nariz de Filip Filipovich palpitaban; a través de los lentes, sus ojos arrojaban destellos.

—¿De quién está hablando? —preguntó a Bolla desde lo alto de su taburete.

—¡Hablo del gato, ese canalla! —respondió Bolla desviando la mirada.

El profesor lanzó un profundo suspiro.

—¿Quiere que le diga una cosa, Bolla? En toda mi vida jamás encontré una criatura tan desvergonzada como usted.

Bormental rió brevemente y el profesor prosiguió:

—Usted no es más que un granuja. ¿Cómo se atreve? No le basta con ser el causante de todo esto, sino que todavía se permite... ¡Es increíble!

—Dígame, Bolla —intervino Bormental ¿durante cuánto tiempo va a seguir persiguiendo gatos? ¿No le da vergüenza? ¡Es monstruoso! ¡Usted es un verdadero salvaje!

Bolla refunfuñó.

—¿Salvaje, yo? Nada de eso. Pero no puedo soportar un gato en el departamento. Siempre quieren robar algo. Éste había comido el relleno preparado por Daría, quise darle una lección.

—Es usted quien necesita lecciones —repuso Filip Filipovich—. Mírese en el espejo.

—Casi me saca un ojo —concluyó Bolla con tono lúgubre llevándose una mano negra a su ojo.

Cuando el piso ennegrecido por la humedad comenzó a estar algo seco, todos los espejos estaban empañados y las campanillas ya no sonaban, Filip Filipovich se encontraba en el vestíbulo, calzado con pantuflas de cuero marroquí color rojo.

—Sírvase Fiodor, esto es para usted.

—Muchas gracias.

—Vaya a cambiarse enseguida. Espere: dígame a Daría Petrovna que le sirva un poco de vodka.

—Se lo agradezco también. (Fiodor vaciló un instante, pero se decidió). Hay algo más, Filip Filipovich. Pero es respecto al vidrio del departamento número siete. —El ciudadano Bolla tiró piedras...

—¿Contra un gato?

—No, no... Fue más bien contra el dueño del departamento que quería denunciarlo ante la justicia.

—¡Diablos!

—Había besado a su cocinera. Ella lo echó. Entonces riñeron y...

—¡Por amor de Dios! Avíseme si vuelve a oír cosas de esa índole. ¿Cuánto le debo?

—Un rublo y medio.

Filip Filipovich sacó de su bolsillo tres monedas brillantes y se las entregó a Fiodor.

—Vaya una desgracia dar un rublo y medio a semejante patán —dijo una voz sorda junto a la puerta.

Filip Filipovich se volvió, se mordió el labio y sin pronunciar palabra alguna empujó a Bolla hacia la sala de espera donde lo encerró con llave. Desde dentro Bolla protestó enérgicamente y enseguida, se puso a dar puñetazos en la puerta.

—¡Basta! —exclamó Filip Filipovich con voz doliente.

—Efectivamente, es un hecho —comentó Fiodor en tono significativo—, que jamás he visto en mi vida un insolente igual.

Bormental pareció surgir del suelo.

—Por favor, Filip Filipovich, no se preocupe.

El enérgico esculapio abrió la puerta, entró en la sala de espera y con voz que se oyó desde afuera, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Cree que está en una taberna?

—Eso es... —aprobó Fiodor, sentencioso—. Así es como hay que hacer. Y una buena bofetada ...

—Vamos, vamos, Fiodor —murmuró tristemente Filip Filipovich.

—Perdóneme, Filip Filipovich, pero me da pena por usted.

VII

—¡No, no y no! —insistía Bormental, le ruego que se la ponga.

—Poner qué... poner... —balbuceó Bolla, malhumorado.

—Se lo agradezco, doctor —dijo amablemente Filip Filipovich—, en lo que a mí respecta, ya renuncié a formular observaciones.

—De todas maneras no le permitiré comer hasta que no se la ponga. Zina, quítele la mayonesa.

—¿Cómo, quitármela?, se afligió Bolla, Me la pongo, me la pongo.

Y protegiendo con una mano el plato que Zina había hecho ademán de llevarse, con la otra se colocó la servilleta alrededor del cuello, lo cual lo hacía parecer un cliente que aguarda el barbero.

—¡Y con el tenedor! —agregó Bormental.

Bolla lanzó un profundo suspiro y comenzó a bañar trozos de esturión en la salsa espesa.

—¿Me pueden dar otro poco de vodka? —preguntó.

—¿No tomó bastante? —inquirió Bormental—. Me parece que estos últimos tiempos está abusando de la vodka.

—¿Acaso quiere economizarla? —preguntó Bolla con mirada astuta.

—No diga tonterías —intervino Filip Filipovich severo.

—Déjeme, profesor, yo me ocuparé de él. Escúcheme, Bolla. Usted dice tonterías y lo peor de todo es que las dice con aplomo, en un tono que no admite réplica. Evidentemente, no tengo motivos para economizar la vodka, tanto más cuanto no es mía, sino del profesor. El hecho es que primero, le hace daño y, segundo, aun sin vodka no sabe conducirse correctamente.

Bormental hizo un gesto hacia el aparador cuyo espejo estaba torpemente remendado.

—Zinuchka, dame un poco más de pescado, por favor —dijo el profesor.

Entretanto Bolla se había apoderado del botellón, sirviéndose una copa de vodka mientras miraba de reojo a Bormental.

También hay que servir a los demás —hizo notar el asistente—. Y en este orden: primero a Filip Filipovich, luego a mí y en último término a usted.

Con una sonrisa irónica apenas visible, Bolla llenó las copas.

—En esta casa todo está medido y ordenado como papel pautado: la servilleta aquí, la corbata allí, «perdóneme», «por favor», «gracias». La verdadera vida es otra cosa. Ustedes se preocupan de todo eso como si todavía estuviésemos en el tiempo de los zares.

—¿Y puedo preguntarle qué se hace en la verdadera vida?

Bolla no contestó esta pregunta de Filip Filipovich, pero alzó su copa y brindó:

—Pues bien, les deseo a todos...

—Lo mismo para usted —interrumpió Bormental con cierta ironía.

Bolla vació su copa, hizo una mueca, acercó a su nariz un trozo de pan, lo husmeó y lo engulló mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—El pasado —murmuró de pronto Filip Filipovich, como perdido en sus pensamientos.

Bormental lo miró sorprendido.

—¿Cómo dijo?

—El pasado —repitió el profesor—. No hay nada que hacer. Klim.

Bormental lo miró a los ojos súbitamente interesado.

—¿Lo cree así, Filip Filipovich?

—No lo creo, estoy seguro.

—¿Sería posible?...

Bormental se interrumpió y observó a Bolla. Éste tenía el rostro enfurruñado como si sospechase algo.

—Spater... —dijo Filip Filipovich a media voz.

—Gut —respondió el asistente.

Zina trajo la pavita asada. Bormental sirvió a Filip Filipovich una copa de vino tinto y le ofreció a Bolla.

—No quiero. Prefiero vodka.

Con el rostro reluciente, la frente sudorosa, Bolla empezaba a animarse. El vino parecía haber suavizado un poco el humor de Filip Filipovich; ahora, con la mirada más serena consideraba con mayor benevolencia a Bolla, cuya cabeza negra se destacaba sobre la servilleta blanca como una mosca en un tazón de leche.

Reanimado por la comida, Bormental se sentía lleno de entusiasmo.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer esta noche? —preguntó a Bolla.

Éste parpadeó.

—Ir al circo, es lo mejor que existe.

—Todos los días al circo —observó Filip Filipovich, bonachón—, me parece que resulta bastante aburrido. En su lugar trataría de ir alguna vez al teatro.

—No iré al teatro —contestó Bolla, hostil, y se llevó la mano a la boca para signarse.

—Eructar en la mesa corta el apetito a las otras personas —observó maquinalmente Bormental—. Perdóneme, pero... ¿qué tiene en contra del teatro?

Bolla miró en su copa vacía como en un larga-vista, reflexionó un instante y contestó engolando los labios:

—Es bueno para los imbéciles... Hablan, hablan... no es otra cosa más que contrarrevolución.

Filip Filipovich se apoyó contra el respaldo gótico y estalló en una carcajada que hizo brillar en su boca una verdadera empalizada de oro. Bormental se limitó a menear la cabeza.

—Debería leer un poco —propuso—, de lo contrario, sabe...

—Pero yo leo, leo...

Y con gesto rápido y ávido, Bolla volvió a servirse media copa de vodka.

—Zina —exclamó Filip Filipovich alarmado—, llévate la vodka, no queremos más. ¿Y qué lee?

En el espíritu del profesor se corporizó una imagen: una isla desierta, una palmera, un hombre vestido con pieles de animales... Lo que le haría falta leer es Robinson...

—Leí la... como se dice... la Correspondencia de Engels con ese... cómo diablos... Kautsky.

El tenedor de Bormental que llevaba a su boca un trozo de carne blanca quedó suspendido en el aire, y Filip Filipovich volcó un poco de vino sobre el mantel. Bolla aprovechó para beberse su vodka.

El profesor apoyó los codos sobre la mesa y dijo a Bolla mirándolo fijo:

—Permítame preguntarle lo que retuvo de esa lectura.

Bolla se encogió de hombros.

—No estoy de acuerdo.

—¿Con quién? ¿Con Engels o con Kautsky?

—Con ninguno de los dos.

—Realmente, muy interesante... Y personalmente, ¿qué propondría usted?

Si alguien se atrevía a reclamar

—¿Lo que hay que proponer? Escriben, escriben... Un congreso por aquí, alemanes por allá... La cabeza estalla. Lo que hace falta es tomarlo todo y distribuirlo.

—Era exactamente lo que yo pensaba —exclamó Filip Filipovich golpeando la mesa con la mano—. ¡Estaba seguro!

—¿Y conoce el medio de lograrlo? —preguntó Bormental, interesado.

—No hace falta buscar el medio —explicó Bolla a quien la vodka había vuelto locuaz—, no es complicado: algunos tienen departamentos de siete habitaciones y

cuarenta pantalones, mientras otros vagan por las calles y buscan su comida en los tachos de basura.

—¿Naturalmente, al hablar de departamentos de siete habitaciones, alude a nosotros? —preguntó el profesor, altanero y arrugando el ceño.

Bolla agachó la cabeza y se quedó callado.

—Muy bien, no estoy en contra de la distribución. ¿A cuántos pacientes mandó ayer de vuelta, doctor?

—A treinta y nueve —contestó inmediatamente Bormental.

—Hmmm... Trescientos noventa rublos. Considerando tres personas —no tendremos en cuenta a las señoras Daría Petrovna y Zina—, significa que usted me debe ciento treinta rublos. Tenga a bien pagármelos.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Bolla asustado—. ¿Y a qué viene?

—¡Por el grifo y el gato! —estalló Filip Filipovich abandonando el tono de tranquila ironía.

—¡Filip Filipovich! —exclamó Bormental, alarmado.

—Espere. Por el escándalo que causó y nos obligó a suspender las consultas. ¡Es intolerable! ¡Un hombre que se larga a saltar como un salvaje por todo el departamento, que arranca los grifos! ¿Y que mató el gato de la señora Polasuker? Que...

Bormental enfatizó:

—Y anteayer mordió a una señora en la escalera, Bolla.

—Usted está... —rugió Filip Filipovich.

—Me había golpeado el hocico —chilló Bolla—, no es un hocico público.

—Lo hizo porque le había pellizcado el pecho —exclamó Bormental volcando un frasco, usted es un...

Los enfurecidos gritos de Filip Filipovich cubrieron la voz del doctor.

—Usted está en el nivel más bajo de la escala de evolución, es una criatura que recién empieza a formarse, un ser mediocre desde el punto de vista del desarrollo intelectual, todos sus actos son propiamente bestiales, y en presencia de dos personas de formación superior se atreve, con intolerable desenvoltura, a dar consejos de orden cósmico, y con una estupidez también cósmica, opina respecto a la distribución de bienes... ¡Y además de todo eso, se ceba con dentífrico!

—¡Anteayer! —precisó Bormental.

—¡Ahí tiene! ¡Y métaselo bien en la cabeza! ¿Con qué objeto se sacó la pomada de óxido de cinc que tenía en la nariz?... Tendría que callarse y hacer caso a lo que se le dice. Estudiar, para llegar a ser un miembro más o menos aceptable de la sociedad socialista. A propósito, ¿quién es el atorrante que le dio ese libro?

—Para usted todos son atorrantes —respondió Bolla espantado y aturdido por ese ataque en dos frentes.

—Creo que lo adivino —proclamó Filip Filipovich enrojeciendo de ira.

—Bueno, de acuerdo. Me lo dio Schwonder. No es un atorrante... Era para procurarme una formación...

—¡Ya veo qué formación le procuró Kautsky! —gritó el profesor que se empezaba a poner lívido.

Presionó rabiosamente un botón en la pared.

—El ejemplo de hoy lo demuestra a las mil maravillas. ¡Zina!

—¡Zina! —gritó Bormental.

—¡Zina! —aulló Bolla, aterrorizado.

Zina acudió, completamente pálida.

—Zina, allá en la sala de espera... ¿Está realmente en la sala de espera?

—Sí, está —contestó humildemente Bolla— tiene las tapas color verde cardenillo.

—Un libro de tapas verdes...

—¡Claro, lo van a quemar! —exclamó Bolla, desesperado—. ¡Pertenece al Estado, viene de una biblioteca!

—La Correspondencia de... cómo se llama... Engels con ese otro demonio... ¡Al fuego!

Zina desapareció.

—Ese Schwonder —exclamó Filip Filipovich desquitándose con un alón de pavita—, le juro que lo colgaría en el primer árbol que encontrase, palabra de honor. Ese cerdo increíble se enquistó en la casa como un flemón. No le basta con escribir imbecilidades difamatorias en los periódicos...

Bolla ladeó la vista hacia el profesor con los ojos llenos de perversa ironía. Filip Filipovich le devolvió su mirada torva y permaneció callado.

—«En este departamento no ocurrirá nada bueno», —pensó de pronto, proféticamente, Bormental.

Zina trajo, sobre una fuente redonda, una torta roja por un lado y rosada por el otro y colocó una cafetera sobre la mesa.

—No comeré torta —amenazó Bolla.

—Nadie le invitó a hacerlo. Manténgase con corrección. Sírvase, doctor.

La comida terminó en silencio.

Bolla sacó un cigarrillo arrugado de su bolsillo y se puso a fumar. Filip Filipovich acabó su café, miró su reloj e hizo sonar el cuarto de las ocho. Luego, como solía hacerlo con frecuencia, se reclinó en el respaldo gótico y tomó el diario que estaba en la mesita.

—Por favor, doctor, acompañelo al circo. Pero por amor de Dios, fíjese que en el programa no figuren gatos.

—¿Dejan entrar a esos canallas en los circos? —inquirió Bolla con tono sombrío.

—Dejan entrar un poco de todo —contestó ambiguamente Filip Filipovich, y tendiéndole el diario a Bormental, preguntó:

—¿Qué programas hay?

En el circo Solomonsky —comenzó a leer Bormental—, están los cuatro... lusemes y «el hombre del punto muerto».

—¿Qué son esos lusemes? —preguntó Filip Filipovich, receloso.

—Sólo Dios lo sabe. Es la primera vez que veo tal nombre.

—Entonces mejor mirar qué hay en el Nikitin. Es necesario que todo sea absolutamente claro.

—En el Nikitin... Nikitin... Aquí está, hay elefantes y «los reyes de la acrobacia».

—Muy bien. ¿Qué tiene que decir de los elefantes, mi querido Bolla? —interrogó escéptico el profesor.

Bolla se ofuscó.

—¡Qué! ¿Se imagina que no entiendo nada? Un gato es otra cosa... Los elefantes son animales útiles.

—Perfecto. Ya que son útiles, vaya a verlos. Trate de obedecer a Iván Arnoldovich. ¡Y no vaya a vagar por el buffet! Por favor, doctor, nada de cerveza para Bolla.

Diez minutos más tarde, Iván Arnoldovich y Bolla, que llevaba una gorra de ancha visera y vestía un abrigo de paño con el cuello levantado, salían para ir al circo. La calma renació en el departamento.

Filip Filipovich entró en su consultorio. Encendió la lámpara que cubría una pesada pantalla verde y una tranquila claridad iluminó el amplio cuarto. El profesor empezó a caminar a lo ancho y a lo largo del consultorio. Durante largo rato la brasa verdosa de su cigarro brilló en la habitación. Filip Filipovich tenía las manos en los bolsillos y sombríos pensamientos atormentaban su ancha frente de hombre de ciencia. Chasqueaba los labios, tarareaba entre dientes y murmuraba algo sin cesar. Finalmente dejó su cigarro en el cenicero, se aproximó a un armario de vidrio y encendió las tres potentes lámparas que inundaron de luz el consultorio. Del tercer estante sacó un frasco de dimensiones reducidas y lo observó con aire preocupado. En el líquido denso y transparente se hallaba suspendido el pequeño tapón blancuzco que había sido extraído del cerebro de Bolla. Con los hombros encogidos, la boca crispada, profiriendo gruñidos desarticulados, Filip Filipovich lo devoraba con los ojos, como si buscara descubrir en esa diminuta esfera flotante la clave de los increíbles acontecimientos que habían alterado la paz de la casa de la Prechistienka.

¿Acaso halló el sabio esa clave? El hecho es que después de terminar su examen, volvió a colocar el frasco en el armario, cerró la puerta del mismo con llave, guardó ésta en el bolsillo del chaleco y se dejó caer en el diván de cuero con la cabeza hundida entre los hombros y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Permaneció largo tiempo así, masticando el extremo de un segundo cigarro y, finalmente, igual que un viejo Fausto, exclamó en la soledad verdosa del consultorio:

—Por Dios, creo que lo haré.

Nadie le contestó. En el departamento reinaba el silencio más absoluto. Como se sabe, después de las once de la noche el tránsito de la calle Obukhov cesa casi por completo. De tanto en tanto resonaban los pasos de algún transeúnte rezagado que pasaba detrás de los cortinados corridos y desaparecía en la noche. Llevándose una mano al bolsillo del chaleco, Filip Filipovich escuchaba la suave música de su reloj de repetición... Aguardaba con impaciencia el regreso de Bolla y del doctor Bormental.

VIII

Es difícil saber lo que había resuelto Filip Filipovich. Durante la semana siguiente no emprendió nada en especial y tal vez a causa de esa inactividad, la vida de la casa pareció enriquecerse excepcionalmente con varios sucesos.

Seis días después del episodio del agua y del gato, Bolla recibió la visita del joven que se había revelado ser una jovencita. Le entregó los documentos de identidad que Bolla guardó inmediatamente en su bolsillo. Luego llamó al doctor Bormental.

—¡Bormental!

—¡No! Ya le dije que me llame por mi nombre y mi patronímico, —respondió el doctor, demudado el rostro.

(Conviene hacer notar que en el curso de esos seis días, el cirujano había hallado la manera de reñir ocho veces con su alumno. En el departamento de la calle Obukhov la atmósfera estaba tensa).

—Entonces llámeme también por mi nombre y mi patronímico —repuso Bolla con indiscutible lógica.

—¡No! Tronó Filip Filipovich desde el umbral de la puerta. —No le permitiré usar ese nombre ni ese patronímico en mi casa. Si no quiere que lo llamemos familiarmente «Bolla», el doctor Bormental y yo le diremos «Señor Bolla».

—¡No soy un señor, los señores están todos en París! —ladró Bolla.

—¡Otro trabajo de Schwonder! —gritó Filip Filipovich—. Más tarde me ocuparé de ese bribón. Mientras yo viva en este departamento, sólo habrá «señor». En caso contrario alguien tendrá que marcharse de aquí y será más bien usted y no yo. Hoy mismo publicaré un aviso en los periódicos y créame, le encontraré una habitación.

—¡Claro! Y yo seré bastante idiota como para irme de aquí —respondió Bolla en un tono que no permitía dudar de sus intenciones.

—¿Qué? —dijo Filip Filipovich con el rostro tan alterado que Bormental corrió hacia él y lo retuvo por la manga con solícita actitud.

—¡No sea insolente, señor Bolla!

Bormental casi gritaba. Bolla retrocedió un paso y sacó de su bolsillo tres hojas de papel: una verde, una amarilla y una blanca, y señalándolas con el dedo, dijo:

—Aquí tiene. Soy miembro de la asociación de inquilinos del edificio y tengo derecho a ocupar una superficie de cinco metros cuadrados en el departamento número cinco del inquilino-responsable Preobrajenski.

Bolla reflexionó un instante y agregó algunas palabras que Bormental registró maquinalmente como una nueva expresión de la criatura: «A buen entendedor, pocas palabras».

Filip Filipovich se mordió el labio y tuvo la imprudencia de enunciar:

—Juro que terminaré por matar a ese Schwonder.

Los ojos de Bolla revelaron el vivo interés que le despertó esa expresión.

—Filip Filipovich, vorsichtig... —comenzó Bormental en alemán, con tono precavido para ponerlo en guardia.

—Sí, pero con ese grado de bajeza... —prosiguió Filip Filipovich en ruso. Téngase por enterado, Bolla... Señor, que si se permite otro atrevimiento lo privaré de comidas y, en general, le suprimiré todo alimento en esta casa. ¿Cinco metros cuadrados? ¡Perfecto! ¡Pero ese papelucho no me obliga a mantenerlo!

Bolla se asustó y entreabrió la boca.

—No puedo quedarme sin comer —balbuceó, ¿dónde hallaré mi pitanza?

—¡Entonces, pórtese correctamente! —replicaron a coro los dos esculapios.

Bolla se calmó sensiblemente y ese día no molestó a nadie, excepto a sí mismo; aprovechando una breve ausencia de Bormental, tomó su navaja y se hizo un tajo tan profundo en la mejilla que el profesor y el doctor tuvieron que aplicarle algunos puntos de sutura, lo cual provocó llantos y alaridos.

A la noche siguiente, Filip Filipovich y el fiel y abnegado Bormental permanecieron en la penumbra verde del consultorio del profesor. Todos dormían ya en la casa. El profesor vestía su bata azul y estaba calzado con sus pantuflas rojas. Bormental, en mangas de camisa, lucía tiradores azul marino. La mesita, entre los dos hombres, estaba cargada con un grueso álbum, una botella de coñac, un platillo lleno de tajadas de limón y una caja de cigarros. En la habitación, donde flotaba una nube de humo, los dos hombres de ciencia discutían apasionadamente la última hazaña de Bolla: esa misma noche había robado dos billetes de diez rublos que se encontraban sobre el escritorio debajo de un pisapapeles; además, el sujeto había desaparecido del departamento, regresando completamente ebrio. Pero eso no era todo. Había traído consigo a dos desconocidos, que luego de producir un alboroto descomunal en la escalera, manifestaron la intención de pasar la noche en el departamento en calidad de huéspedes de Bolla. Los individuos se marcharon después que Fiodor, que había presenciado toda la escena, se echó un abrigo liviano sobre su camión y telefoneó a la comisaría policial número cuarenta y cinco. Se largaron en cuanto Fiodor cortó la comunicación. Luego de su partida se notó la falta de un cenicero de malaquita que siempre había estado sobre la consola del vestíbulo. También habían desaparecido la

toca de castor de Filip Filipovich y su bastón que llevaba la inscripción, en letras de oro: Al querido y estimado Filip Filipovich, los internos agradecidos... y más abajo el número romano X.

—¿Quiénes son esos individuos? —había preguntado el profesor amenazando a Bolla, con los puños cerrados.

Éste, titubeando y sosteniéndose de los abrigos colgados en el vestíbulo, había balbuceado que no los conocía, que no eran hijos de perra, sino buenas personas.

—Lo más sorprendente es que ambos estaban totalmente borrachos... ¿Cómo hicieron? —se había sorprendido Filip Filipovich mirando el lugar, ahora vacío, antes ocupado por el valioso bastón.

—Especialistas —había explicado Fiodor antes de ir a acostarse con el rublo de propina en el bolsillo.

Respecto a los veinte rublos, Bolla negó categóricamente y agregó explicaciones confusas de las que se deducía que no estaba solo en el departamento.

—¡Ajá! ¿Quizá los robó el doctor Bormental? —había inquirido Filip Filipovich con voz suave pero amenazadora.

Bolla había vacilado y, abriendo sus ojos nublados, había sugerido una hipótesis:

—Tal vez los tomó Zina...

—¿Qué? —había gritado Zina irguiéndose en la puerta como una aparición, cruzando sobre el pecho las solapas de su blusa desabrochada—. ¿Pero como se atreve?...

El cuello del profesor estaba congestionado.

—Calma, Zinuchka —le había contestado haciendo un gesto conciliador—, no te preocupes, ya vamos a arreglar este asunto.

Zina se había puesto a chillar, con la boca distendida y la mano a la altura de la clavícula.

—¿Zina, no le da vergüenza? Quién lo creería... ¡Qué vergüenza! —había comenzado a decir Bormental, simulando estar perplejo.

Y el profesor:

—Vamos, Zina, permíteme decirte que eres una imbécil.

El llanto de Zina se detuvo bruscamente y todos permanecieron callados. Bolla había comenzado a sentirse mareado. Golpeándose la cabeza contra la pared emitía un sonido que no era ni una «i» ni una «e» sino algo así como «eueueu». Tenía el rostro pálido y la mandíbula le temblaba.

—¡Hay que darle un balde, a este descarado! ¡Hay uno en la sala de curaciones!

Y todos habían empezado a apresurarse y a agitarse en torno de Bolla, enfermo. Cuando lo llevaron a acostar, había articulado con esfuerzo, apoyándose en Bormental, una serie de insultos en voz muy suave y melodiosa.

Todo esto había ocurrido alrededor de la una de la madrugada. Ahora eran casi las tres, pero en el consultorio, los dos hombres excitados por el coñac y el limón se sentían llenos de entusiasmo. Habían consumido tantos cigarros que el humo flotaba en la habitación en nubes espesas que ninguna ondulación agitaba.

Pálido, pero con la mirada muy decidida, el doctor Bormental levantó una copa delicadamente tallada y declaró con emoción en la voz:

—Filip Filipovich, jamás olvidaré el día en que, hambriento estudiante, me presenté a usted y me acogió a la sombra de su cátedra. Créame, Filip Filipovich, para mí usted es más que un profesor, más que un maestro... La inmensa estima que le profesó... Permítame que lo abrace, querido Filip Filipovich...

—Desde luego, estimado amigo... —articuló con voz pastosa el profesor emocionado, levantándose para acercarse a Bormental.

Éste lo estrechó y lo besó sobre los bigotes espesos que el tabaco había teñido de un tinte amarillento.

—Le juro, Filip Fili...

—Estoy muy conmovido, realmente muy conmovido... Le agradezco, querido amigo... Algunas veces mientras opero, suelo gritar; perdone el mal humor de un anciano. En el fondo, estoy tan solitario...

De Sevilla a Granada...

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa, Filip Filipovich? —exclamó sinceramente indignado el fogoso Bormental—. Si no quiere ofenderme, no vuelva a hablarme de ese modo.

—Gracias, gracias...

Hacia las orillas sagradas...

Gracias. Y me encariñé con usted porque es un médico valioso.

—¡Filip Filipovich, tengo que decirle algo! (Bormental se levantó, fue a cerrar cuidadosamente la puerta del corredor y continuó con un murmullo). Es la única solución. Yo no tendría la audacia de aconsejarle, pero considere, está usted completamente agotado; ¡no puede seguir trabajando en estas condiciones!

—¡Absolutamente imposible! —admitió Filip Filipovich con un suspiro.

—En efecto, es inconcebible. La última vez dijo que temía por mí y no puede imaginar, querido profesor, hasta qué punto me emocionó. Pero ya no soy un niño y me doy buena cuenta de las cosas terribles que pueden resultar. Estoy absolutamente convencido de que no hay otra solución.

El profesor se levantó, hizo un gesto hacia el doctor y se puso a caminar a través de la habitación quebrando la quietud de las nubes de humo.

—No trate de tentarme, no me diga nada, no le escucharé más. Trate de comprender un poco lo que sucedería si nos llegaran a descubrir. Dado el «estrato social» al cual pertenecemos, no habría ningún atenuante para nosotros, aunque sea la primera vez que nos hallemos ante un tribunal.

—¿Pues supongo, querido amigo, que su origen no ha de ser el que debería ser?

—¡Por favor! Mi padre era juez de instrucción en Vilno —respondió tristemente Bormental, vaciando su copa de coñac.

—Ya ve. Es un mal antecedente. No se puede imaginar nada peor. Además, si no me equivoco, el mío es aún peor. Mi padre era arcipreste de una catedral. Gracias.

De Sevilla a Granada...

Y en eso estamos...

—Filip Filipovich, es usted una celebridad mundial y por causa de un hijo de perra... ¡disculpe la expresión! ¿Pero cómo se atreverían a tocarlo?

—Mayor razón para que no lo hagan —objetó pensativamente Filip Filipovich deteniéndose ante el armario de vidrio.

—¿Y por qué?

—Porque usted no es una celebridad mundial.

—Ya lo sé...

—Ahí está. En cuanto a abandonar a un colega y ampararme en mi renombre, perdóneme...

Soy un universitario moscovita, no un Bolla. Filip Filipovich irguió altivamente los hombros y de pronto se asemejó a un antiguo rey de Francia.

—¡Ah! ¡Filip Filipovich! —exclamó tristemente Bormental—. ¿Qué hará entonces? ¿Va a esperar que ese granuja se transforme en hombre?

El profesor lo detuvo con un gesto de la mano, se sirvió un poco de coñac, bebió un sorbo, chupó una rebanadita de limón y finalmente dijo:

—Iván Arnoldovich, ¿cree que entiendo algo de la anatomía y de la fisiología del aparato cerebral humano? ¿Qué opina?

—¿Qué pregunta me plantea, Filip Filipovich! —respondió acaloradamente Bormental alzando los brazos.

—Pues bien. Sin falsa modestia, también creo poder adelantarle que en ese dominio tampoco soy el último de Moscú...

Bormental lo interrumpió con vehemencia:

—¡Yo digo que es el primero no sólo de Moscú sino también de Londres y de Oxford!

—Admitamos que así fuese. Por lo tanto, futuro profesor Bormental, escuche bien lo que voy a decirle: nadie podrá lograrlo. No cabe la menor duda. Es inútil plantearlo. Cíteme pura y simplemente y diga: Preobrajenski lo asegura, finita, Klim. (En eco al solemne grito de Filip Filipovich, el armario de vidrio devolvió un «klim» sonoro).

Usted, Bormental, es, pues, el primero de mis discípulos y como pude comprobarlo hoy, mi amigo. Es al amigo a quien voy a confiar un secreto, y sé muy bien que no defraudará la confianza del viejo asno que soy. Le diré pues que Preobrajenski manejó toda esta operación como un principiante. Desde luego, se realizó un descubrimiento y usted conoce su importancia. (El profesor extendió tristemente sus dos manos en dirección de la ventana, como queriendo tomar la ciudad por testigo). Pero sepa, Iván Arnoldovich, que el único resultado de este descubrimiento es que a Bolla lo vamos a tener aquí (el profesor se golpeó el cuello tieso); ¡puede estar seguro! ¡Si a alguien se le hubiese ocurrido la idea de acostarme boca abajo y darme una buena paliza, yo le daría gustoso cincuenta rublos por ello! De Sevilla a Granada... ¡Al diablo! Me pasé cinco años extrayendo hipófisis... Usted lo sabe, proporcioné una cantidad inimaginable de trabajo. Y ahora me pregunto: ¿con qué finalidad? Para llegar un día a transformar un perro adorable en un monstruo que nos hace erizar los cabellos.

—Efectivamente, era una empresa excepcional.

—Estoy de acuerdo con usted. He aquí lo que sucede, doctor: cuando un investigador, en vez de seguir a la naturaleza paso a paso, violenta las cosas, y trata de levantar una parte del velo: pues bien, ¡agárrate ese Bolla y arréglate con él!

—¡Pero profesor! ¿Y si se hubiese tratado del cerebro de un Baruch Spinoza?

—¡Sí! —gruñó Filip Filipovich—. ¡Sí! Y todavía fue necesario que ese desdichado perro no muriese en la mesa de operaciones, y usted vio lo que representaba esa operación. ¡En verdad yo, Filip Filipovich, jamás hice nada tan difícil en mi vida! Se podría injertar la hipófisis de un Spinoza o de cualquier otro pobre diablo y convertir a un perro en un ser de nivel excepcional. Pero ¿para qué diablos?, le pregunto. ¿Para qué fabricar artificialmente Spinozas cuando cualquier mujer, en cualquier momento, puede engendrarlos? La señora de Lomonosov se las arregló sola para dar a luz a su ilustre hijo. Doctor, es la humanidad misma la que se encarga, a lo largo del proceso de la evolución, día tras día, de hacer surgir de entre toda la clase de desechos, algunas decenas de genios eminentes, honor del globo terrestre. ¿Comprende ahora, doctor, por qué rechacé las conclusiones a las cuales usted llegó en el caso de Bolla? Mi descubrimiento, al que quiere dar tanta importancia, no vale un cobre. No, no proteste, Iván Arnoldovich, ahora veo claro. Jamás opino en el aire, y usted lo sabe. ¡El interés teórico es indiscutible, de acuerdo! Los fisiólogos estarán entusiasmados. Moscú delira... Pero prácticamente ¿qué obtuvimos?

El profesor apuntó un dedo en dirección de la sala de curaciones donde dormía Bolla.

—Un crápula empedernido.

—Y ¿quién es? Klim, Klim Tchugunkin.

Bormental abrió la boca.

—Aquí lo tiene: dos condenas, alcoholismo, «distribuirlo todo», un sombrero y veinte rublos que desaparecieron (en ese instante Filip Filipovich pensó en su bastón-recuerdo y el rostro se le enrojeció aún más). En resumen, un granuja y un cerdo... En fin, terminaré por encontrar mi bastón. En pocas palabras: la hipófisis es la clave de la personalidad humana. ¡De la personalidad de un hombre determinado! De Sevilla a Granada... (Filip Filipovich gritaba, revolvía los ojos, furiosos). La hipófisis es, en miniatura, el propio cerebro. Me importa un comino lo que pueda sucederle, se puede ir al demonio. Lo que me interesa es lo eugenésico, el mejoramiento de la especie humana. Y caí en el problema del rejuvenecimiento. ¿Cree que hago todo esto por dinero? ¡Ante todo soy un hombre de ciencia!

—¡Usted es un gran sabio! —afirmó Bormental, sorbiendo un trago de coñac. (Tenía los ojos inyectados en sangre).

—Hace dos años, cuando obtuve de la hipófisis un extracto de hormona sexual, resolví realizar un pequeño experimento. ¿Y qué resultó? ¡Ah, Dios mío, esas hormonas de la hipófisis!

Le aseguro, doctor, llevo al colmo de la desesperación, me siento completamente extraviado.

Bormental se arremangó los puños de la camisa y, con la mirada levemente torcida, expresó:

—Pues bien, querido profesor, con su permiso, asumiré yo mismo el riesgo de envenenar a esta criatura. Paciencia, si mi padre fue juez de instrucción. Porque, al fin de cuentas, sólo se trata de una criatura experimental, es obra de usted.

Filip Filipovich perdió de pronto todo su ardor, de pronto pareció privado de toda energía. Se dejó caer en un sillón y dijo:

—No, hijo mío, no le permitiré hacer tal cosa. Tengo sesenta años, puedo darle consejos. Nunca se deje tentar a cometer un crimen, sea cuales fuesen sus motivos. Mantenga las manos puras hasta su muerte.

—Perdóneme, Filip Filipovich, ¿pero qué ocurrirá si Schwonder sigue ocupándose de su educación? ¡Dios mío! ¡Comienzo apenas a vislumbrar en lo que puede llegar a convertirse este Bolla!

—¡Ajá! ¿Lo comprende ahora? Yo lo había comprendido diez días después de la operación. Pero Schwonder es un imbécil de la peor especie. No entiende que Bolla es una amenaza aún peor para él que para mí. Trata por todos los medios de predisponerlo en mi contra sin darse cuenta que si alguien a su vez predispone a Bolla en contra de Schwonder, este último será quien quede completamente destruido.

—¡Sólo le interesan los gatos! Un hombre con corazón de perro.

—¡Oh, no, no! —protestó dolidamente Filip Filipovich— usted comete un grave error, doctor. No calumnie al perro, por favor. Los gatos, es algo pasajero... Es una

cuestión de disciplina, puede durar dos o tres semanas. Se lo certifico. Un mes a lo sumo, y dejará de perseguirlos.

—¿Y por qué no ahora?

—Es natural, Iván Arnoldovich ¿qué tiene de extraño? La hipófisis no está suspendida en el aire. No hay que olvidar que está injertada en un cerebro de perro: déle el tiempo de adaptarse. Actualmente ya no presenta sino muy pocos vestigios de conducta canina y compéndalo, los gatos son lo mejor de todo lo que hace. El drama es que ya no tiene corazón de perro, sino corazón de hombre. ¡Y el corazón de hombre más crápula que existe!

Bormental sintió que su exaltación llegaba al máximo. Apretó sus puños musculosos encogió los hombros y declaró resuelto:

—Basta. Lo mataré.

—¡Se lo prohíbo! —respondió categóricamente Filip Filipovich.

—Permit...

El profesor tendió el oído y alzó un dedo:

—Un instante... Me pareció oír pasos.

Los dos hombres hicieron silencio y escucharon, pero en el corredor todo estaba en calma.

—Yo había creído... —y el profesor reanudó, en alemán, su apasionado discurso. Las palabras rusas «acto criminal» fueron repetidas varias veces.

—Espere —lo interrumpió a su vez Bormental, dirigiéndose hacia la puerta.

Ahora se oía claramente el eco de pasos que se aproximaban, acompañados de gruñidos. Bormental abrió la puerta y el asombro le hizo dar un salto hacia atrás mientras el profesor permanecía clavado en su sillón.

En el rectángulo de luz del corredor apareció Daría Petrovna vestida tan sólo con un camisón transparente; tenía las mejillas encarnadas, los ojos llenos de venganza. El profesor y su asistente se sintieron deslumbrados por la generosidad de las formas del cuerpo potente que aparecía semidesnudo ante sus miradas espantadas. Daría Petrovna tenía algo entre sus manos vigorosas, algo que forcejeaba arrastrándose en el suelo, unas piernas cortas cubiertas de abundante vello negro. Ese «algo» era evidentemente Bolla, completamente atónito, apenas repuesto de su borrachera, con el pelo desgredado y que por una prenda de vestir sólo llevaba su camisa.

Majestuosa, en su velada desnudez, Daría Petrovna sacudía a Bolla como si hubiese sido una bolsa de papas:

—¡Mire un poco, señor profesor, el estado de nuestro visitante Telegraf Telegrafovich! Yo fui casada, pero Zina es aún una jovencita inocente. Afortunadamente me desperté...

Después de este discurso, Daría Petrovna tuvo un repentino acceso de pudor, lanzó un grito, se cubrió el pecho con las manos y huyó. Filip Filipovich pareció recobrar su buen sentido.

—Por amor de Dios, perdónenos, Daría Petrovna —le gritó ruboroso.

Bormental levantó un poco más las mangas de su camisa y caminó hacia Bolla. Filip Filipovich cruzó su mirada y sintió miedo:

—¿Qué va a hacer, doctor? Le prohibo...

Bormental asió a Bolla por el cuello y lo sacudió con tal violencia que la tela de la camisa se rompió.

Filip Filipovich se interpuso y trató de arrancar el débil cuerpo de Bolla de entre las garras del cirujano.

—¡No tiene derecho a pegarme! —gritaba Bolla, quien, medio estrangulado, se esforzaba por retomar contacto con el piso.

De pronto la lucidez le había vuelto.

—¡Doctor! —tronó Filip Filipovich.

Bormental tomó a su vez un respiro y soltó a Bolla que se largó a lloriquear.

—Muy bien —silbó Bormental—, esperemos hasta mañana. Le reservo una sorpresa cuando despierte y después que se le haya pasado del todo la borrachera.

Y tomando a Bolla bajo las axilas, lo arrastró a la sala de curaciones.

Bolla intentó una última zancadilla, pero sus piernas lo traicionaron.

Filip Filipovich se cuadró firmemente sobre sus pies, sacudiendo los faldones de su bata; elevó la mirada hacia la lámpara del techo y alzando los brazos al cielo exclamó:

—Vamos, esta vez...

IX

La sorpresa anunciada por el doctor Bormental no tuvo lugar a la mañana siguiente por la sencilla razón que Poligraf Poligrafovich había desaparecido de la casa. Bormental se enfureció, se desesperó, se trató de burro por no haber escondido la llave de la puerta de entrada, chilló que era imperdonable y concluyó deseando que a Bolla lo aplastara un autobús. Filip Filipovich se encontraba en el consultorio, con los dedos hundidos entre sus cabellos.

—Imagino lo que va a hacer afuera... Lo imagino muy bien... De Sevilla a Granada... ¡Dios mío!

—¡Tal vez ande metido nuevamente con los del comité del edificio! —exclamó de pronto Bormental, y salió del departamento como si se lo llevara el demonio.

En la sede del comité del edificio se encaró tan violentamente con Schwonder, que éste se propuso redactar una protesta dirigida al tribunal popular del barrio denunciando que su papel no era vigilar al pensionista del profesor Preobrajenski, tanto más cuanto el Poligrafovich en cuestión era un pillo quien, la víspera a la noche había retirado siete libros de la caja del comité con el pretexto de comprar manuales en la cooperativa.

Fiodor, que en tal oportunidad fue gratificado con tres rublos, revolvió la casa de arriba abajo sin encontrar huellas de Bolla.

Todo lo que llegó a saberse fue que Bolla se había marchado con su gorra, su bufanda y su abrigo, llevándose todos sus documentos además de una botella de aguardiente de peras silvestres que había encontrado en el aparador, así como los guantes del doctor Bormental. Daría Petrovna y Zina no ocultaron su júbilo y manifestaron la esperanza de que Bolla no regresase. La víspera misma le había pedido prestados a Daría Petrovna tres rublos con cincuenta kopecks.

—¡Para que le sirva de lección! —rugió Filip Filipovich levantando el puño.

Durante esa tarde y a lo largo de todo el día siguiente las llamadas telefónicas fueron incesantes y los dos médicos recibieron un número poco habitual de pacientes. El tercer día consideraron oportuno avisar a la policía para que se comenzase a buscar a Bolla en el torbellino de la capital.

Apenas había sido pronunciada la palabra «policía» cuando el venerable silencio del pasaje Obukhov fue quebrado por el rugido del motor de un camión. Los vidrios de la casa temblaron. Sonó un timbre y Poligraf Poligrafovich hizo su entrada con inusitada dignidad. Sin pronunciar una sola palabra se quitó la gorra, colgó su abrigo en el vestíbulo y apareció entonces bajo un aspecto totalmente insólito. Vestía una chaqueta de cuero, demasiado amplia para él, pantalón raído del mismo material y altas botas inglesas cerradas con cordones que le llegaban hasta la rodilla. Al mismo tiempo la habitación fue invadida por un increíble olor a gato. Preobrajenski y Bormental, como obedeciendo a una orden tácita, se cruzaron de brazos, se cuadraron frente a la puerta y aguardaron las primeras explicaciones de Poligraf Poligrafovich. Éste se alisó los cabellos tiesos, tosió y lanzó una mirada circular en torno de él; visiblemente, su desenvoltura no tenía otro objeto que ocultar su turbación.

Finalmente abrió la boca:

—Filip Filipovich, encontré un empleo.

Ambos médicos emitieron un ruido inarticulado con la garganta y se agitaron. Preobrajenski fue el primero en recobrase; extendió una mano y dijo:

—Déme el papel.

La hoja llevaba el siguiente texto: «El portador de la presente, camarada Poligraf Poligrafovich Bolla asume la dirección efectiva de la Sub-Sección de Depuración de Animales Errantes (gatos, etc.) de la ciudad de Moscú».

—Me doy cuenta —pronunció penosamente Filip Filipovich—. ¿Quién le hizo entrar allí?

—Bueno, creo que no es difícil adivinarlo.

—Sí, es Schwonder —convino Bolla.

—¿Y puedo preguntarle de dónde viene ese olor hediondo que emana de usted?

Bolla husmeó su chaqueta visiblemente molesto.

—Sí, huele... Huele a trabajo: ayer no paramos de retorcerle el pescuezo a montones de gatos.

Filip Filipovich se sobresaltó y lanzó una mirada a Bormental. Los ojos de éste parecían dos cañones de escopeta apuntados hacia Bolla para descerrajarle un tiro a quemarropa. Sin previo aviso caminó hacia Poligraf Poligrafovich y lo sujetó de la garganta con mano firme, sin esfuerzo aparente.

—¡Socorro! ¡Auxilio! —chilló Bolla palideciendo.

—¡Doctor!

—No cometeré ninguna desconsideración, no se aflija, Filip Filipovich —replicó Bormental en tono glacial. Y llamó—: ¡Zina! ¡Daría Petrovna!

Las dos mujeres aparecieron en el vestíbulo.

—Ahora repita —dijo Bormental empujando y apretando imperceptiblemente el cuello de Bolla contra uno de los abrigos colgados en la percha—. Repita: Les pido muy humildemente...

—Está bien, repito... —respondió Bolla con voz sibilante, completamente aterrorizado.

Retomó aliento, hizo un movimiento brusco para liberarse y trató de gritar «¡Socorro!», pero el grito no le salió de la garganta y su cabeza fue empujada dentro del abrigo.

—¡Doctor, se lo suplico!

Bolla sacudió la cabeza para dar a entender que se sometía e iba a repetir.

—Le pido muy humildemente perdón a usted, Daría Petrovna y a usted, Zinaida...

—Prokofievna —precisó Zina en un murmullo asustado.

—... Prokofievna... —repitió Bolla con voz ronca—... haberme permitido...

—El vergonzoso denuesto de aquella noche en que me hallaba en estado de ebriedad... —de ebriedad...

—Jamás volveré...

—Jamás...

—Déjelo, Iván Arnoldovich —suplicaron al mismo tiempo ambas mujeres— ¡lo va a estrangular!

Bormental devolvió a Bolla su libertad y preguntó:

—¿El camión lo espera?

—No, tan sólo me trajo.

—Zina, dígale al chofer que puede irse. Ahora pasemos a otra cosa: ¿vuelve al departamento de Filip Filipovich?

—¿Adónde quiere que vaya? —contestó Bolla con timidez y con una mirada vaga.

—Muy bien. En ese caso que no se lo vea más, que no se lo oiga más. De lo contrario tendrá que entenderse las conmigo si llega a cometer cualquier otro escándalo. ¿Está claro?

—Está claro.

Durante toda esta escena, Filip Filipovich, refugiado bajo el dintel de la puerta, había guardado silencio royéndose las uñas y con la mirada obstinadamente fija en el suelo. De pronto alzó la vista hacia Bolla y preguntó con voz sorda, una voz de autómeta:

—¿Qué hace con los gatos que mata?

—Se toman sus pieles —explicó Bolla—. Servirán para confeccionar abrigos para los trabajadores.

Después de lo cual el silencio volvió a reinar en el departamento, un silencio que duró dos días.

Poligraf Poligrafovich salía por la mañana en camión, regresaba por la noche y comía sin pronunciar una palabra en compañía del profesor y de Bormental.

Aunque ambos dormían en la sala de curaciones, Bormental y Bolla no se hablaban. Bormental fue el primero en cansarse de esta situación.

El tercer día, una mujer delgaducha, con los ojos maquillados y con las piernas envainadas en medias color crema, hizo su aparición en el departamento y se mostró muy impresionada por el lujo del lugar. Vestía un pobre abrigo gastado y seguía a Bolla. En el vestíbulo tropezó con el profesor, que se detuvo, desconcertado, y preguntó arrugando el ceño:

—¿Puedo saber a quién...?

—Voy a inscribirme con ella en el Registro Civil. Es nuestra dactilógrafa, va a vivir conmigo. Habrá que expulsar a Bormental de la sala de curaciones. Él tiene su propio departamento.

Bolla había dado esas explicaciones en tono hostil y desganado. Filip Filipovich entornó los párpados, reflexionó un instante considerando a la joven que se ruborizaba y le preguntó con la mayor cortesía:

—¿Quiere usted seguirme a mi despacho?

—Yo también voy —se interpuso Bolla, sospechando algo.

Instantáneamente Bormental pareció surgir del suelo.

—Lo lamento, el profesor tiene que hablar con la señorita. Nosotros nos quedaremos aquí.

—No quiero —repuso rabiosamente Bolla tratando de seguir al profesor y a la joven que se había puesto roja de vergüenza.

—No, por aquí, si le parece —dijo Bormental tomando a Bolla por la muñeca y arrastrándolo hacia la sala de curaciones.

Durante cinco minutos ningún ruido provino del consultorio, pero de pronto se oyeron unos sollozos ahogados.

Filip Filipovich estaba de pie ante su escritorio, frente a la joven que lloraba en un sucio pañuelo de encajes.

—El miserable me dijo que había sido herido en el combate.

—¡Miente!

Filip Filipovich meneó la cabeza y prosiguió:

—La compadezco sinceramente, pero el hecho de aceptar a cualquier hombre por su posición... Hija mía, es una ignominia... Sí, eso es...

Filip Filipovich abrió un cajón del escritorio y sacó tres billetes de diez rublos.

Terminaré envenenándome —sollozó la joven—. Todos los días, en la cantina, carne salada... Él me amenazó... Me dijo que era comandante en el Ejército Rojo... Conmigo, decía, vivirás en un departamento lujoso... Anticipos cada día... El fondo es bueno, decía, pero los gatos me horrorizan... Me tomó mi anillo como recuerdo...

—¡El fondo es bueno! ¡Vaya, vaya! De Sevilla a Granada... Recupérese, es usted tan joven...

—¿Y realmente lo encontró en un portal?

—¡Vamos, tome el dinero que se le presta! —rugió el profesor.

Luego, la puerta se abrió majestuosamente y a pedido de Filip Filipovich, Bormental hizo entrar a Bolla. Éste tenía la mirada huidiza y los cabellos se le erizaban sobre la cabeza como un cepillo.

—¡Miserable! —exclamó la mujer, con los ojos embadurnados de rimmel y la nariz surcada de huellas húmedas.

—¿Qué origen tiene la cicatriz que lleva en la frente? Tenga el bien de explicárselo a esta señorita —ordenó pérfidamente Filip Filipovich.

Bolla jugó su carta:

—Fui herido combatiendo contra Koltchak.

La joven se levantó y se dirigió hacia la puerta sollozando ruidosamente.

—¡Deténgase! —chilló el profesor—. ¡Espere un instante! ¡El anillo, Bolla, por favor! Sumiso, éste se quitó del meñique un grueso anillo adornado con una esmeralda.

—Está bien —aulló de pronto con rabia—, ya me las pagarás. Mañana mismo procederé a una reducción del personal.

—No le tema —gritó Bormental—, no le permitiré hacer nada.

Se volvió y miró en tal forma a Bolla que éste retrocedió y fue a golpearse con la cabeza contra el armario.

—¿Cómo se llama ella? ¡Le pregunto su nombre! —rugió Bormental con real salvajismo.

—Vasnetsova —respondió Bolla buscando con la vista una salida.

—Todos los días —prosiguió Bormental tomándolo por las solapas de la chaqueta—, iré personalmente a comprobar que la ciudadana Vasnetsova no haya sido despedida, yo... Lo mataré aquí mismo con mis propias manos. ¡Tenga cuidado, Bolla, no bromeo!

Como fascinado, Bolla no desprendía su mirada de la nariz de Bormental.

—Yo también puedo conseguir un revólver —tartamudeó sin convicción alguna y, logrando liberarse, aprovechó para escapar por la puerta sin rechistar.

—¡Tenga cuidado! —lo persiguió la voz de Bormental por el corredor.

En el curso de la noche y durante la primera mitad del día siguiente pesó en el departamento un silencio que presagiaba tormenta. Todos callaban. Pero cuando Poligraf Poligrafovich, a quien desde la mañana atenazaba un siniestro presentimiento, hubo tomado con actitud taciturna y preocupada el camión que lo conducía a su trabajo, el profesor Preobrajenski recibió, a una hora totalmente insólita, a uno de sus expacientes, un hombre alto y corpulento que vestía uniforme militar. Había insistido

mucho en obtener una entrevista y por fin logró conseguirla. Al entrar en el consultorio golpeó ceremoniosamente los tacos por deferencia hacia el profesor.

—¿Y bien, amigo mío, le han vuelto los dolores? —preguntó Filip Filipovich con el rostro demacrado—. Siéntese, por favor.

—Meri No, profesor —respondió el visitante apoyando su casco en un ángulo del escritorio, le quedo muy agradecido... Hum... Lo que me trae es un asunto muy diferente... La estima que siento por usted... es un medio de avisarle... Pequeñeces, desde luego, pero es un granuja... (El paciente hurgó en su portafolios y sacó una hoja de papel). Felizmente me informaron en seguida...

Filip Filipovich se ajustó los lentes y comenzó a leer, murmurando entre dientes a medida que la expresión de su rostro iba cambiando: y amenazando también matar al presidente del comité del edificio, camarada Schwonder, lo cual comprueba que posee armas de fuego. También mantiene conversaciones contrarrevolucionarias y hasta ordenó a su mucama Zinaida Prokofievna Bunina que arrojase al fuego a Engels; además, observa una notoria conducta de burgués con su asistente Bormental Iván Arnoldovich que vive clandestinamente en el departamento sin haber sido registrado.

«Firmado: El director de la Sub-Sección de Depuración, P. P. Bolla. Confirmado por el Presidente del comité del edificio, Schwonder y el secretario, Prestrukin».

—¿Me permite conservar este pliego? —preguntó Filip Filipovich; tenía el rostro marmolado con manchas lívidas—. ¿A menos que, permíteme, lo necesite para proveer al curso legal del caso?

—Disculpe, profesor —se indignó el paciente, las aletas de la nariz le latían— pero tiene muy mal concepto de nosotros. Yo...

—¡Perdone, querido amigo, perdone! —se disculpó Filip Filipovich—, no era mi intención ofenderle. No se enfade, me siento tan cansado...

—Ya lo creo —respondió el paciente, quien de pronto se volvió conciliante—. Pero de todas maneras ¡qué crápula! Me siento curioso por verlo. Por Moscú circulan verdaderas leyendas respecto a usted...

Filip Filipovich se limitó a levantar una mano con gesto de desaliento y el paciente observó que el profesor estaba un poco encorvado y que sus cabellos parecían haber encanecido durante las últimas semanas.

Como siempre, el crimen largamente meditado se comete súbitamente. Poligraf Poligrafovich volvió en camión con el corazón oprimido por una sorda inquietud. La voz de Filip Filipovich lo invitó a entrar en la sala de curaciones. Bolla obedeció, un poco extrañado, y halló al profesor en compañía de Bormental que aguardaba de pie, serio, sin expresión en el rostro. En torno del asistente parecía flotar una nube tormentosa y un leve temblor agitaba el cigarrillo que sostenía con su mano izquierda, apoyada sobre el respaldo deslumbrante de la silla metálica.

Con una calma que no auguraba nada bueno, Filip Filipovich ordenó:

—Junte inmediatamente sus cosas: pantalón, abrigo y todo lo que es suyo y lárguese de aquí.

—¿Cómo, largarme? —interrogó Bolla sinceramente sorprendido.

—Lárguese hoy mismo —repitió el profesor en tono monocorde, absorbiéndose en la contemplación de sus uñas.

Un espíritu maligno pareció apoderarse de Poligraf Poligrafovich. Sintiendo aproximarse la salida fatal y consciente del abismo que se abría bajo sus pies, se arrojó él mismo en brazos del destino y ladró rabiosamente, en forma entrecortada:

—¿Qué significa esto? ¿Cree que me voy a dejar manosear así como así? Tengo derecho a mis cinco metros cuadrados y me propongo quedarme aquí.

—Mándese a mudar de este departamento —susurró el profesor con voz ahogada.

Bolla corrió por sí mismo hacia su perdición. Levantó su brazo izquierdo cubierto de mordeduras que despedía un insoportable olor a gato y lo agitó en un gesto obscuro hacia el profesor. Luego sacó un revólver de su bolsillo para neutralizar al temible Bormental. El cigarrillo saltó como una estrella fugaz de la mano del doctor. Pocos instantes más tarde Filip Filipovich, horrorizado, se abalanzaba, entre astillas de vidrios rotos, hacia la silla donde yacía el director de la Sub-Sección de Depuración. A horcajadas encima de él, Bormental trataba de ahogarlo con una pequeña almohada blancuzca.

Al cabo de algunos minutos, el doctor Bormental salió, con el rostro alterado, y fue a colocar en la puerta de entrada, junto al botón de la campanilla, el siguiente aviso:

«Hoy no habrá consultas. El profesor está indispuesto. Tenga a bien no llamar».

El doctor cortó el hilo de la campanilla con un pequeño cortaplumas de hoja brillante; en el espejo del vestíbulo se escudriñó el rostro surcado de arañazos sangrientos y se observó las manos agitadas por un leve temblor. Luego se dirigió hacia la puerta de la cocina y desde el umbral exclamó, para Zina y Daría Petrovna:

—El profesor les pide que no salgan del departamento.

—Está bien —contestaron tímidamente las dos mujeres.

—Si me lo permiten, voy a cerrar la puerta de la entrada de servicio y me quedaré con la llave —agregó Bormental que trataba de ocultarse detrás de la puerta, cubriéndose el rostro con la mano—. Es sólo temporario; no es por desconfianza hacia ustedes, pero alguien podría venir de afuera y abrir, y no queremos que nadie nos moleste. Tenemos algo que hacer.

—Está bien —volvieron a contestar ambas, muy pálidas.

Bormental cerró la puerta de servicio, la puerta principal y la que separaba el corredor del vestíbulo; luego se oyó el eco de sus pasos que se dirigían hacia la sala de curaciones.

El silencio invadió el departamento, penetrando en todos sus rincones. Furtivas y perversas, las sombras del crepúsculo se insinuaron, en la casa que poco a poco quedó

sumida en tinieblas. Si bien es cierto que más tarde los vecinos afirmaron que aquella noche, las ventanas de la sala de curaciones que daban al patio brillaban con todas sus luces y algunos insistieron haber visto pasar el gorro blanco del propio profesor... Pero es difícil comprobarlo.

Después que todo terminó, Zina contó también el terror pánico que le había causado Iván Arnoldovich en el consultorio del profesor, después que los dos hombres abandonaron la sala de curaciones: en cuclillas frente a la chimenea, el doctor quemaba con sus propias manos un cuaderno de tapas azules semejante a los que el profesor utilizaba para sus anotaciones clínicas.

Siempre de acuerdo con lo que dijo Zina, el rostro del doctor estaba verde y además, sí, cubierto con huellas de arañazos. Aquella noche Filip Filipovich también estaba irreconocible. Y más aún... Pero es posible que todo lo que cuenta la inocente jovencita de la Prechistienka no sea más que una serie de mentiras...

Un hecho es seguro: aquella noche, en todo el departamento, reinó un silencio absoluto, espantoso...

Epílogo

Una noche, exactamente diez días después del pugilato en la sala de curaciones, en el departamento del profesor Preobrajenski, calle Obukhov, resonó un violento timbrazo.

—¡Policía criminal y juez de instrucción! ¡Sírvanse abrir!

Hubo ruidos de pasos, golpes en la puerta, y la sala de espera brillantemente iluminada se llenó con una multitud de gente. Había allí dos hombres con uniforme de milicianos, otro con abrigo negro que traía un portafolios bajo el brazo, el presidente Schwonder, pálido y de aspecto siempre tan malvado, el jovencito que en realidad era una jovencita, el portero Fiodor, Zina, Daría Petrovna y Bormental a medio vestir que trataba púdicamente de ocultar su garganta desprovista de corbata.

La puerta del consultorio se abrió para dejar paso a Filip Filipovich, vestido con su famosa bata azul claro. Todos pudieron comprobar a simple vista que su aspecto había mejorado considerablemente en el curso de la última semana. Y fue el verdadero Filip Filipovich, lleno de energía y autoridad, quien acogió a sus visitantes nocturnos excusándose de recibirlos en bata.

—No se preocupe, profesor...

Fue el personaje con ropas civiles, que parecía muy turbado, quien dijo esas palabras y prosiguió con tono vacilante:

—Ésta es una situación muy desagradable. Tenemos una orden de cateo y... (el hombre lanzó una mirada oblicua hacia el bigote de Filip Filipovich)... y una orden de detención, según los resultados.

Los ojos del profesor se empequeñecieron.

—¿Cuáles son los cargos, si puedo preguntarle, y quién es el acusado?

El hombre se rascó la mejilla, sacó una hoja de su portafolios y declamó:

—Preobrajenski, Bormental, Zinaffla Bunina y Daría Petrovna están acusados de asesinato contra la persona del director de la Sub-Sección de Depuración de los servicios municipales de la ciudad de Moscú, Poligraf Poligrafoovich Bolla.

Las últimas palabras fueron cubiertas por el llanto de Zina. Siguió cierto revuelo. Filip Filipovich se encogió de hombros, adoptando una actitud imperial:

—No comprendo quien es ese Bolla... Ah, perdónenme: se refiere usted a mi perro, el que operé...

—Permítame, profesor, ya no era un perro, sino un hombre. En ello radica todo el caso.

—Quiere decir que hablaba. Eso todavía no significa ser un hombre.

—Además, poco importa. El perro Bola sigue viviendo y nadie pensó jamás en matarlo.

El hombre de negro enarcó las cejas, aparentemente muy sorprendido.

—En este caso, profesor, nos lo tendrá que presentar. Hace diez días que desapareció y, perdóneme, en circunstancias que parecen bastante sospechosas.

—Doctor Bormental, ¿quiere usted traer a Bola para que lo vea el señor juez? —ordenó Filip Filipovich, apoderándose de la orden.

El doctor Bormental, salió con una sonrisa ambigua en los labios.

Muy pronto reapareció, silbó y un extraño perro salió del consultorio.

Ciertas partes de su cuerpo eran lampiñas, mientras que en otras el pelo había vuelto a crecer por zonas. Avanzó a la manera de un perro de circo, sobre sus patas traseras, luego cayó sobre sus cuatro patas y miró en torno de él. Un silencio sepulcral cubrió, como un manto de helada, a todos los presentes. Esta aparición de pesadilla, que tenía una cicatriz purpúrea alrededor de la frente, volvió a alzarse sobre sus patas traseras y fue a sentarse, sonriendo, en un sillón.

El segundo miliciano se santiguó de pronto y retrocedió de un brinco, aplastando al mismo tiempo los pies de Zina.

El hombre de negro, que se había quedado con la boca abierta, balbuceó:

—Pero cómo... Permítame... Trabajaba en la depuración...

—No fui yo quien lo había enviado —respondió Filip Filipovich—. A menos que me equivoque, creo que lo había recomendado el señor Schwonder.

—No entiendo más nada —dijo el hombre de negro, desconcertado.

Se volvió hacia el primer miliciano.

—¿Es él?

—Él es. Absolutamente —respondió el miliciano con voz apagada.

—Él mismo —intervino Fiodor—, pero le creció el pelo, al muy canalla...

—Pero hablaba...

—Sigue hablando, aunque cada vez menos. Aproveche la oportunidad antes de que se quede completamente callado.

—¿Por qué? —preguntó débilmente el hombre de negro.

Filip Filipovich se encogió de hombros.

—La ciencia ignora aún los medios de transformar a los animales en hombres. Lo intenté, pero sin éxito, como ustedes ven. Habló durante algún tiempo, luego empezó a volver a su estado primitivo. El atavismo.

—¡Prohibido blasfemar! —ladró de pronto el perro, y abandonó el sillón.

El hombre de negro se puso lívido, dejó caer su portafolios y perdió el conocimiento; uno de los milicianos logró sostenerlo de un costado mientras Fiodor acudía para retenerlo hacia atrás. Del desorden que provocó esta escena emergieron tres frases:

Filip Filipovich: —Valeriana. Es un síncope.

Doctor Bormental: —Si Schwonder aparece una vez más en el departamento del profesor Preobrajenski, lo arrojaré con mis propias manos por la escalera.

Schwonder: —Pido que esas palabras sean consignadas en el parte.

Los caños de la calefacción hacían oír su armonía gris. Detrás de los cortinados cerrados se extendía la noche profunda de la Prechistienka, perforada por su estrella solitaria. El ser superior, el gran bienhechor de los perros, estaba sentado en su sillón. Bola se hallaba recostado sobre la alfombra, junto al diván de cuero. Por la mañana las brumas de marzo le causaban dolores de cabeza que irradiaban a lo largo de la cicatriz que le circundaba el cráneo. Pero la tibieza de las noches se los calmaba. Ahora el dolor había pasado y por su espíritu de perro se deslizaban pensamientos suaves y tranquilos.

—«¡Qué suerte tuve, qué suerte!... Una suerte simplemente increíble. Ahora estoy definitivamente instalado en este departamento. Desde luego, existe algo que no es muy claro en mi origen. Debo tener alguna herencia terranova. Mi abuela, que Dios tenga en la gloria, era una buena pillita. Es verdad que me tajearon la cabeza, quién sabe para qué, pero ya sanaré del todo. No hay que preocuparse por eso». De las profundidades del departamento llegaba el tintineo apagado de probetas entrechocadas. El mordido ponía orden en los armarios de la sala de curaciones. El viejo mago tarareaba en su sillón:

—Hacia las orillas sagradas...

El perro veía cosas espantosas.

Un hombre introducía gravemente, en un recipiente, sus manos revestidas de guantes viscosos y sacaba un cerebro; el hombre obstinado, obcecado, trataba siempre de lograr algo, cortaba, examinaba y cantaba con los ojos entrecerrados:

—Hacia las orillas sagradas...